3 1761 09373133 9

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/mispasatiemposal02trig

Novelas contenidas en este Tomo 2°

La hija del Vizir de Tarnal	5 a 48
El Mundo sin vicios	49 a 78
El Juez astuto	79 a 90
El Paraiso de Shedad	91 a 105
El Santon Hasan	106 a 120
Vida de Alfonso Perez de Guzman	121 a 180
Los dos desesperados	181 a 215
El Egipcio Generoso	216 a 219
El Conberis Caballero andante	220 a 309

MIS PASATIEMPOS

ALMACEN DE FRUSLERÍAS

AGRADABLES.

LS
T8287m

MIS PASATIEMPOS

ALMACEN DE FRUSLERÍAS

AGRADABLES,

POR

EL ULTIMO CONTINUADOR

DE LA GALATEA,

DON CÁNDIDO MARIA TRIGUEROS.

Qui mores hominum multorum vidit, et urbes.

TOMO II.

Robert Watson Wade

MADRID: POR LA VIUDA DE LOPEZ,

CALLE DE LAS AGUAS, AÑO 1804.

460871

LA HIJA DEL VISIR

DE GARNAT,

CUENTO ARABIGO-HISPANO.

Desde que las mentiras comenzáron á ser mucho mas estimadas que las verdades, ha sido tan prodigiosa su multiplicacion, y tanta su propagacion, que por todas partes nos comemos á embustes. Esta fecha es ciertamente muy antigua, porque aunque en esto como en todo, hay muchas y muy contrarias opiniones y mentiras; pero un antiquísimo libro, cuyo primitivo autor es únicamente quien no puede mentir ni engañarse, dixo muchos siglos hace, que ya entónces eran todos los hombres embusteros, si

acaso no es otra cosa lo que quieren decir las palabras *omnis homo mendax*. Es, pues, el fluxo y costumbre general de mentir los hombres tan añeja y rancia, que pudiera competir en quanto á la antigüedad con los primeros fundamentos de nuestra raza.

¡Valasme, mi buen Dios! ¡quántos y quán muchos serán los mentirones, que habrán esparcido en el espacio de tantos siglos tantos millones de embusteros! ¡Y de quántos y quán diversos modos se habrá mentido á estas horas cada antigua mentira! No cabe esto en cálculo alguno. Tantos falsificadores de profesion, cuyo inmenso estudio se ha dirigido con incansable fatiga á disimular unos engaños con otros, ha hecho inagotable el tesoro de las mentiras.

Hasta aquellos eminentes varones, que aspirando con todo

empeño á pasar por oráculos de la razon y de la verdad, son unos elegantes, reverendos y profundos embusteros, distinguidos sobre el resto de los hombres con el título de filósofos, tan falso como ellos: hasta estos sobresalientes charlantes no solo llenan el mundo de engaños, que pretenden hacer pasar por verdades, no solo se empeñan en que las verdades mas seguras sean tenidas por supersticiones y engaños; pero quando ó por interés ó por acaso se esmeran en publicar algunas verdades, que no se desdeñan de creer que lo son: temerosos de que como tales han de espantar á las gentes, y perder todo su mérito, las disfrazan y publican con trage y nombre de ficciones.

En tan estupendo conjunto de doctas y no doctas mentiras, un mero aficionado de falsedades,

que es como si á la italiana dixéramos *virtuoso di buggie*, el qual se presenta despues de tantos y tan dignos profesores, ¿qué podrá mentir que no esté mentido ya mil veces? ¿Y cómo podrá hacer nuevo ni aun el modo de mentir las mentiras añejas? Empresa es esta muy superior á las fuerzas de un embustero novel, que comienza á mentir quando todo está ya mentido, en todas las formas *mentibles*, si es lícito usar de esta palabra.

¿Qué remedio pues? Mintamos, si hemos de mentir, pero mintamos sin la presuncion y vanidad de que estrenamos mentiras: reproduzcamos las mentiras ya mentidas, y pues no es posible hallarlas inauditas, escojámoslas por lo ménos increibles. Ya que no podamos otra cosa, ribeteemos á nuestro placer las mentiras agenas, acaso conseguí-

rémos así que los ribetes falsifiquen á las mismas falsificaciones; y aparentando lo que no son harémos algo que sin serlo parezca nuevo, lo qual se aproxîmará un poco á ser un nuevo embuste.

Arreglado á este buen deseo voy á mentir en este quaderno unas quantas mentirillas á la moda oriental, ya mentidas otras veces, pero que yo ribetearé como mejor pudiere. Mano, pues, á la obra, y la mentira por delante.

Quando los árabes dominaban en la mayor parte de España en un año de la egira, que no tengo bien averiguado, era Rey en Granada un gran morazo, que no es del caso saber como se llamaba: otro mozo prieto y robustote, que habia sido su cocinero, era entónces su gran Visir, pero tampoco ha llegado á nosotros su nombre, y no importa mucho: sin él nos pasarémos.

El eloqüente *Hasan ibn-Muley el-tolaitlan*, historiador tan seguro, puntual y verídico como el mismo *Cidi Hamete ben engueli*, al referir estos admirables sucesos omite muchas cosas, y entre ellas estos nombres. Paréceme despues de mucha reflexîon, que ó no convendria que se supiesen, ó no los sabria él, ó no querria decirlos, ó se le olvidaria ponerlos; de qualquiera manera es preciso contentarnos, y el que no quedare satisfecho con tan evidente razon, estudie, trabaje y averigue si puede los tales nombres, que mi permiso tiene, y yo no me hallo con suficiente lugar para tanto.

Tenia el no mencionado Rey una hija, que tampoco han querido los historiadores que sepamos cómo se llamaba, y han hecho muy bien porque era envidiosilla: el Visir estaba al propio

tiempo muy hueco con tener otra que se decia *Ghulnaz*. Eran tan bellas ámbas, que mas apreciables las hacia su hermosura que su alta calidad, en todos los ricos reynos de la vasta region de Andalus, y hasta en las provincias del otro lado del mar eran entrámbas el mas delicioso y general objeto y pábulo de las conversaciones: la aficion de los hombres y la envidia de las mugeres, las traia siempre de boca en boca: los soberanos y sus herederos aspiraban á porfia por su mano, y los mas esclarecidos campeones consagraban á su donosura las empresas y motes de sus escudos, qual á la una, qual á la otra, qual á entrambas; mas de dos veces rodáron por la arena de la liza en los torneos muy esforzados caballeros, que á lanzadas presumiéron conseguir que confesase todo el mundo ser la sin par la que en-

tre ellas habia escogido cada uno por única reyna y señora de sus estériles galantéos.

En medio de tan igual celebridad era muy dificultoso determinar qual era en realidad mas digna del amor de todos; pero una cierta viveza de ojos, la dulzura del genio, la igualdad del trato, su agradable porte, sus modales suaves y complacientes, hiciéron que la hija del Visir fuese poco á poco grangeándose entre las personas que trataban de cerca á las dos, un partido que se propagó despues afuera, y decidió al fin la duda á favor de Ghulnaz.

Dolióle tanto esta preferencia á la hija del Rey, y tan sin moderacion se entregó al dolor interno que la ocasionaba su envidia que cayó muy presto en una profunda melancolía, por la qual se desarregló su salud, y estaba

amenazada con el fin de su vida.

Asustado y sobresaltado el padre con el peligro de su amada hija, hizo que la visitasen y exâminasen los mas famosos fisicos, y estos le afirmáron unanimemente que la enfermedad de la princesa procedia de alguna secreta pasion de ánimo, que sin otros antecedentes no era posible adivinar.

Estrechó el padre á la doliente hija, y la instó con las mayores veras para que le descubriese su congoja, ofreciéndola con juramento que la concederia lo que desease sin detencion alguna, aunque le pidiese la mitad de su reyno, y aunque quisiese que la casase con el último de los esclavos infieles.

La princesa estaba tan léjos de querer revelar á nadie los vergonzosos zelos que la consumian, que hubiera querido, si posible fuese ocultárselos así misma; pe-

ro ablandándose con las tiernas caricias de su padre, y con los esmeros que hácia ella mostraba, no supo permanecer en su primera dureza, y sin resistirse mas, le confesó que Ghulnaz causaba su enfermedad, y que no era posible que consiguiese alivio alguno miéntras su rival no estuviese apartada á mucha distancia de ella y de su noticia.

Esforzóse el padre quanto pudo para consolarla, y la aseguró que no tardaria mucho en verse libre de la molesta y perniciosa presencia de una muger tan atrevida, que habia tenido la criminal avilantez de ser mas hermosa ó mas amable que la hija de su señor y dueño.

En conseqüencia de esta promesa, llamó el Rey á su Visir, y le dixo que aunque era muy doloroso para su blando corazon el habérselo de mandar, no podia

dexar de insistir en que sacrificase su amor paternal, quitando para siempre de la presencia y noticia de su corte, y si necesario fuese de todo el mundo, á su hija Ghulnaz: que conocia muy bien que no podia dexar de afligirle semejante resolucion, pero que dependiendo de ella la salud y aun la vida de la princesa, debia esperar que con su absoluta obediencia le daria una nueva prueba de la sumision que siempre le habia profesado.

Sobrecogido el Visir con semejante propuesta, y dividido entre la ternura paternal y la obligacion de favorecido, no sabia á qué determinarse; mas como conocia que el Rey su amo era muy capaz de hacerse obedecer, y en darle gusto con pronta resignacion era tan interesada su ambicion y su amor propio, á fuer de buen cortesano hizo ca-

llar los gritos de la naturaleza, y resolvió proceder como mal padre, desprendiéndose de su hija por medio de una venta para otro reyno; pero un residuo del amor de padre, ó mas bien su propia vanidad le sugirió que no expusiese la hija de un gran Visir á la desgracia de una venta pública.

Para ocurrir á uno y á otro intento llevó su hija á una posesion que tenia en el confin del reyno de Murcia, y encerrándola en un gran cofre hizo que conduciéndola el pregonero á la mas cercana ciudad de aquel reyno pregonase la venta de aquel cofre y lo que contenia en quatrocientos aspros, con la precisa condicion de que el comprador no habia de ver lo que habia dentro del cofre, ni recibir su llave hasta que despues de pagado le hubiese acarreado á su casa.

Hizo el pregonero lo que le

habia mandado el Visir; pero la condicion propuesta era precisamente lo que separaba á todos de la intencion de hacer tal compra. Entretantos un mozo despierto y avisado, que era acarreador de agua en Murcia, mas atrevido ó mas atinado que los demas, sospechó que en este asunto habia gran misterio, y resolvió por tanto aventurarse á comprar el cofre: tomó prestado de un mercader conocido el dinero que le faltaba, y despues de pagar al pregonero, se llevó el cofre á su posada.

Volvió por la llave segun lo convenido en la condicion de la venta, y fué igual á su gozo la sorpresa que recibió, quando abriendo de prisa el cofre, halló en él una admirable doncella de poca edad, y de una belleza incomparable. — "Maravillosa *Huri* (1),

(1) *Huri*, muger celeste é inmortal.

(dixo) pues sin duda alguna eres una de aquellas angelicales compañeras, que el cielo ha formado y colocado en el paraiso, para premio y deleyte de sus elegidos: ¿por qual extraña y quasi increible casualidad has sido encerrada en este venturoso cofre?

La hija del Visir, que no queria descubrir quien era, le respondió. — No es una bienaventurada *Huri* la que tienes presente; es solo una desventurada criatura mortal, que se ve reducida á ser un juguete de los infortunios. El destino me ha hecho tu esclava; vive seguro de que hallarás en mí toda la sumision y fidelidad que debo á mi señor y verdadero dueño.

La admirable Ghulnaz era tan estupendamente bella, que no podia ver su comprador. Sin embargo de que era su esclava, y podia disponer de ella como gus-

tase, aun en materia de amores era tan delicado y escrupuloso, qual no parecia corresponder á un hombre de su esfera, su felicidad misma si solo la debiese á la resignacion y á la obediencia, le hubiera parecido diminuta, y deseaba debérsela enteramente al amor.

Formó desde luego el proyecto de dar á Ghulnaz su libertad, y unirse á ella despues con los vínculos del matrimonio y del amor; pero ántes de poner en execucion su designio, queria exâminar maduramente si era digna del nombre y del lugar á que la destinaba.

Condúxola pues á la morada de su madre, que vivia en una aldegüela á ménos de un dia de camino de Murcia. — "Madre (la dixo sin que nadie los oyese) tengo intencion de casarme con esta bellísima esclava que entrego

y confio á vuestro cuidado: exâminad con atencion su conducta, y ved si su entendimiento y su juicio son iguales á su hermosura. = Despidióse inmediatamente de su madre y de Ghulnaz asegurándolas que muy presto estaria de vuelta.

La graciosa esclava se grangeó en muy poco tiempo la aficion de la madre de su señor, la qual estaba contentísima con la dulzura, suavidad y complacencia de su genio, y la amaba como si fuera su propia hija. Aunque la buena muger habia tolerado mucho tiempo las angustias y molestias de la escaséz y la pobreza: despues que estaba con Ghulnaz se afligia de tal manera al verla participar de su miseria, que por primera vez deseó ser rica sin otro objeto que el de tenerla en un estado mas cómodo y correspondiente á sus virtudes.

Esta misma amable doncella viendo por su parte perseguida de la necesidad á una persona que la trataba con tan cordial bondad, no cesaba de pensar como proporcionaria algun expediente que pudiese ocasionarla consuelo: puso pues en sus manos algunos esquisitos diamantes que tenia guardados quando su cruel padre la encerró en el cofre, y la dixo que los vendiese y no los diese en ménos de dos mil cequíes. Como los tales diamantes ademas de ser grandes eran de primer agua, tardó muy poco la buena vieja en encontrar quien los comprase, y la diese por ellos algo mas del último precio señalado, y volvió llena de gozo, llamando á Ghulnaz su muy amada hija.

Compró Ghulnaz una casa y la amuebló con elegante comodidad, con lo qual comenzaba á con-

solarse de su desventura, mas resignada en su amarga suerte, quando nuevas turbulencias la hiciéron objeto aun mas digno de lástima que lo que hasta allí habia sido.

Sin embargo de que seguia una vida retirada, saliendo muy rara vez de su habitacion, y siempre cubierta con un velo, no obstante la fama de su mucha hermosura se extendió por todo el pueblo en que vivia en tanto grado que un mancebo se apasionó de ella. No advierte ibn-Muley si la habia visto el tal mancebo, ni como ó quando, ó donde la habló; pero lo cierto es, que estremadamente enamorado de ella, tuvo el descaro necesario para declararla su deseo con el poco comedimiento, y con los términos que le pareciéron correspondientes á la despreciable esclava de un aguador.

No habiendo tenido su teme-

ridad el efecto que se habia prometido, su amor, ó por mejor decir su furioso deseo se convirtió en rabia, y resolvió vengarse del modo mas ruin, de una malaventurada que solamente habia cometido el grave delito de ser honrada y honesta, y desdeñar sus impuras ofertas.

Pasó sin dilacion á la ciudad, y buscando al pobre aguador. — "La compasion (le dixo) me obliga á venir en demanda tuya, que aunque seas un miserable aguador, no mereces ser tratado como lo eres: tengo lástima de tí, que manteniendo con tanto trabajo á una despreciable esclava, recibes por galardon de ella la mas escandalosa ingratitud, y miéntras aquí estás tú agobiado y oprimido con el peso de la fatiga, ella está en tu pueblo nadando en una criminal abundancia que se grangea por medio de re-

petidas tramas y aventuras amorosas.

Inflamada con tal noticia la pasion del aguador de Murcia, se arrebató, y sin averiguar como correspondia, qué fundamento y verdad tuviese semejante informe, se puso al instante en camino con resolucion de vengarse. La elegancia de la casa en que su madre moraba y el aseo y buen gusto de los muebles que en ella vió, contribuyéron á confirmarle en el error de que su ingrata esclava le habia hecho traicion.

Entró llamando á Ghulnaz, la qual no teniendo temor, ni sospecha alguna, porque de nada la acusaba la conciencia, salia alegre á recibirle con el mas cordial cariño; pero apénas él la vió, se abalanzó furioso á ella hiriéndola con una daga que llevaba oculta debaxo del alquicél,

y viendo que no habia caido con el primer golpe, iba á descargar otro; mas sorprehendida y desatentada ella, sin saber como libertarse, huyó gritando hácia la ventana y se arrojó por ella, todo con tanta prontitud, que él se quedó parado, y como sin saber por donde se habia desaparecido su enemiga.

Un mercader judío, que por allí pasaba para salir del pueblo, y acudiendo al golpe, vió una hermosa doncella que se revolcaba en su sangre, la recogió condolido en un carro cubierto que llevaba con mercancías, y la llevó á su casa, que estaba en la mas cercana ciudad marítima, habiéndola ligado ántes con cuidado la herida.

Entretanto la madre del aguador, que se hallaba en una pieza inmediata, habia acudido á los gritos de Ghulnaz, y hallan-

do á su hijo enfurecido, y que retorcia á todas partes la vista, con la daga ensangrentada en la mano. — ¿Qué has hecho, hijo? (le dixo) ¿qué ha sido de Ghulnaz? — Este acero (respondió) me ha vengado de esa miserable pérfida, que me ha vendido. — ¡Qué injusta atrocidad has cometido! exclamó con extremo dolor la buena vieja. ¡Quántas lágrimas te ha de costar esta inconsiderada injusticia! ¡Ay, hijo! ¡has asesinado sin ningun motivo la mas amable, la mas honesta y virtuosa doncella del universo, la esclava mas inocente, y que de todo corazon te amaba! ¿qué es lo que has hecho?"

Paróse él al escuchar esto, como si fuera una estátua de mármol, temblando y mudándose de nuevo de color, y su madre en pocas palabras le informó de los procedimientos de la desventura-

da esclava, y del generoso é inocente modo con que por su misma mano habia adquirido medios para libertarla de la incomodidad y de la miseria.

Perdido soy, exclamó al oirlo el zeloso aguador afligido hasta el mayor extremo: corrió hácia la calle imaginando encontrar aun allí á su amada Ghulnaz; vió con los ojos anegados en llanto, los rastros de su sangre; pero no encontró otro resquicio de ella: recorrió todo el pueblo, preguntó á todo el mundo; mas no logró adquirir la mas leve noticia de su paradero: con lo qual desatentado, y sin saber lo que hacia, se puso de nuevo en camino para la ciudad.

Entretanto, habiendo llegado á su casa el mercader, hizo llamar un cirujano, que le aseguró que la herida de la no conocida hija del Visir no era mortal;

y no se engañó, pues dentro de pocos dias recobró Ghulnaz su perfecta sanidad, y con ella su irresistible hermosura. No pudo entónces el mercader verla sin admirarla, y sin sentir en su corazon toda la eficacia de sus atractivos. Declaróla al momento sus deseos, y se los declaró en términos que indicaban con sobrada claridad, que aspiraba á ser satisfecho y obedecido sin réplica y sin dilacion alguna.

Estremeciéndose Ghulnaz por lo grande é inminente de peligro que la amenazaba, y no encontrando medio alguno para escaparse, como que tenia en nada la pérdida de su vida, si con ella lograse conservar intacto su honor, tomó la pronta resolucion de arrojarse al mar, que tocaba con sus olas á las paredes de la casa del mercader; pero como no podia poner en execucion su

designio si el amante no se ausentaba, fingió resignarse á satisfacer sus deseos, con tal que la permitiese tomar ántes á sus solas el baño.

Apénas salió del quarto el mercader, para que pudiese bañarse á su salvo, determinada ella á darse un baño final, que conservase limpia la pureza de su honor, defendiendo su integridad, abrió la ventana, y se arrojó sin detenerse al mar.

Tres hermanos que estaban pescando allí cerca, acudiéron al verla sumergir en las olas, y como eran diestros nadadores lográron sacarla por los cabellos y el vestido, y poniéndola en su barquilla bogáron con tan preciosa pesca hasta desembarcarla en un solitario prado de la playa, hácia la parte opuesta de la ciudad.

Con su asistencia se fué reco-

brando fácilmente la perseguida hija del Visir, y quando seca ya la ropa y el cabello, y restaurado el natural vigor, se restableció igualmente la hechicera gracia de su hermosa tez, se vió expuesta de nuevo á un riesgo de la misma naturaleza que el anterior, pero mucho mas terrible por las circunstancias de la situacion, y del número y calidad de los combatientes.

Hizo tan fuerte impresion en los tres hermanos su extraordinaria hermosura luego que estuvo bien restaurada, que despues que todos ellos se explicáron sin rodeos, con la energía y claridad que tan trivial es en su profesion, comenzáron á altercar, y muy presto riñéron sobre qual la habia de poseer. Estaban ya para venir á las manos, quando el acaso conduxo allí un mancebo á caballo, al qual de comun acuer-

do nombráron los tres por árbitro, informándole de los motivos de su altercacion.

"La casualidad, (dixo el caballero despues de haberlos oido, y mirado con suma atencion á la infeliz Ghulnaz) la casualidad, que es quien me ha traido á impedir que riñais, esa misma ha de ser tambien quien decida de vuestras pretensiones: dispararé tres flechas á tres distintos, pero iguales puntos; el primero que me entregare una de ellas, despues de recogerla en su paradero, habiendo salido todos á un tiempo en busca suya, ese será el poseedor de esta hermosa doncella."

Pareció bien la propuesta á los tres hermanos, y se convinié-ron fácilmente en que se executase como el caballero lo ordenaba. Tomó este su arco, y disparó con toda su fuerza tres flechas con

direccion muy diversa, y los tres hermanos saliéron á toda carrera con esperanza cada uno de ser quien ganase el premio.

Miéntras ellos corrian, huyendo, dígamoslo así, y vuelta la espalda á su deseada Ghulnaz, el caballero la puso á las ancas de su caballo, y apretándole las espuelas desapareciéron como un viento, sin cesar de correr hasta que llegáron á la vista de otra ciudad bastante distante de su salida.

Era destino de Ghulnaz el que se enamorasen furiosamente de ella quantos la favorecian, ó por mejor decir quantos la veian; apénas se apeó el caballero para descansar en un prado solitario la declaró con suma viveza la mas solícita y vehemente pasion, y viendo la doncella quan dificultoso era libertarse de tan urgente peligro de otro modo que contemporizando y valiéndose de algun

extraordinario ardid, escuchó su patética y enérgica declaracion sin dar la menor muestra ni indicio de su desagrado, ántes bien fingiendo que su reconocimiento por haberla libertado de aquellos tres hombres toscos y brutales, y la destreza con que los habia engañado, no ménos que el cortés comedimiento con que la explicaba su pasion, tenia enteramente ganada su aficion; pero que deseaba disfrutarla con segura comodidad; y para ello propuso diferir hasta la noche el logro de sus mútuos deseos.

Un pensamiento (añadió) me pasa ahora por la imaginacion, el qual aunque parezca en algun modo ridículo, puede sin embargo contribuir á perfeccionar nuestro recíproco contentamiento. Aquí no me conoce nadie: dadme uno de vuestros vestidos, y disfrazada con él podré hacer creer que soy

un mancebo pariente ó conocido vuestro, que vuelvo ahora de paises lejanos; y no sospechando ni sabiendo nadie lo que en realidad soy, si no solamente vos, podrémos vivir á placer y contento, sin que temais á rival alguno.

Al llegar á este pasage exclama ibn-Muley lleno de entusiasmo: *¡oh soberana fuerza del destino! ¿cómo era posible, si por ella no fuese que el caballero no reparara en las extravagancias de tal propuesta? ¿y sobre todo en la increible ridiculéz de venir dos tales caballeros en un solo caballo, y á las ancas del que se habia retirado poco el que venia de muy léjos? Los comentadores de esta historia se hallarán muy enredados, si no recurren al inevitable hado, y al atolondramiento amoroso, que por efecto suyo tenia aturdido al buen caballero.*

Sea como fuere el enamorado mancebo sacó de la maleta un ves-

tido, que aunque no va advertido llevaba en la gurupa maleta y aun mochila, y autores hay que aseguran que la maleta era verde, y la mochila carmesí. Púsose el tal vestido la señora retirada detrás del caballo, aunque sin afectar muchos dengues femeniles. Despues que con él estaba tal que parecia el mas gallardo mancebo, salvo las barbas que podian no hecharse ménos por la poca edad. — Para mayor seguridad vuestra, (dixo) para satisfaccion mia, y para que os certifiqueis de que puedo muy bien pasar por individuo del sexô que con este vestido represento; quiero que por vuestros ojos veais quan poco se me aventajaran los mas diestros hombres en el manejo de la gineta y de exercitar un caballo con gallardía y seguridad.

Miéntras decia estas palabras saltó en la silla con grande agili-

dad, donayre y firmeza, y con mucho primor hizo que el caballo formase algunas evoluciones de picadero. En tanto que el mancebo admiraba como embebido su destreza y su gracejo, ella, puestas las espuelas, fué apartándose sin que él lo percibiera, y quando la pareció estar á suficiente distancia, para que no pudiera alcanzarla con una flecha, apretó la carrera escapando á todo galope hasta desaparecerse de su vista como un relámpago.

Temerosa de que la persiguiese caminó todo el resto del dia y la siguiente noche siempre á buen paso, y quando amaneció se ocultó en un espeso bosque bien provisto de yerba y de fresca agua, donde ella y su caballo descansáron á la sombra completamente y cobráron nuevas fuerzas.

Alimentáronse allí con yerbas saludables, y con alguna pro-

vision que restaba en la maleta, la qual debe advertirse que era grande y rica, siendo segun los mejores comentadores de paño teñido con kermes, aunque otros dicen que era de un encarnado obscuro como de rubia: tenia algunas divisiones con varias cosas útiles para el camino, y en una de ellas habia una mediana bolsa, la qual aseguran que era de correal, y contenia buena cantidad de monedas de plata, y hasta veinte de oro segun el escritor que mas se extiende, pues no estan conformes en el número fixo.

Prosiguió su camino la prez y flor de las constantes doncellas, descansando de dia en dehesas ó montañas, y viajando en la obscuridad de las noches, siempre fuera de camino trillado, y sin que hasta verse muy léjos de la tierra en que tantos infortunios habia padecido, quisiera entrar ni

aun acercarse á poblacion alguna de las muchas que descubrió, como no fuese tal qual aldegüela ó cortijo donde llegó á comprar algun alimento.

Quando ya se habia asegurado de que estaba bien léjos del pais de sus desventuras y persecuciones, descubrió un dia al querer salir el sol, una grande poblacion; y como ademas de que deseaba saber donde se hallaba, tenia necesidad de muchos artículos necesarios, y una decente provision de monedas para adquirirlos en un pueblo que aparentaba ser muy rico; determinó entrar en esta ciudad, y enderezó hácia ella sus pasos.

¡Quál seria su sorpresa y su admiracion quando en el mismo punto de salir el sol, se abriéron de pronto las puertas, y haciendo grandes aclamaciones y muestras de regocijo general, se viniéron

ron hácia ella y la rodeáron muchas quadrillas de habitantes de uno y de otro sexô, unos á pie y otros á caballo!

Nuestro Rey (la dixo un venerable anciano que venia en un soberbio castaño quatralbo) ha fallecido ayer sin dexar heredero que tenga forzoso derecho para sucederle en el trono de Zaragoza, y temiendo que se fomente alguna guerra civil, que destruya su amado pueblo, ha dexado ordenado por última voluntad aceptada y jurada por nosotros, que la primera persona que encontrémos dirigiéndose á caballo hácia la ciudad al abrir hoy las puertas en el preciso punto de salir el sol; tenga el honor de ser sucesor suyo. Vos, gallardo mancebo, sois esta venturosa persona: entrad con nosotros en la ciudad, y sereis nuestro soberano.

Recibió Ghulnaz con mages-

tuosa afabilidad los respetos de sus nuèvos vasallos, los quales estaban muy léjos de sospechar qual era su verdadero sexô: y preguntándole su nombre, dixo que se llamaba Abdelmelik, que era el nombre del aguador su amo. Atravesó las principales calles de la ciudad entre las aclamaciones de un inmenso pueblo, y tomó al fin posesion del magnífico y fuerte alcázar donde habia residido su antecesor, el qual estaba ya depositado en el enterramiento de los soberanos del pais.

Luego que subiendo al trono tomó las riendas del gobierno se aplicó enteramente á establecer en todo el mejor órden: hizo eleccion de Visires, que mas bien fuesen ilustres por su integridad, que por su calidad, su instruccion, su talento ó su riqueza; y se mostró mas solícito que lo que se acostumbra en hacer á todos

justicia sin parcialidad.

Admiraban sús vasallos, y elogiaban á porfia la sabiduría de su administracion, y bendecian el destino que les habia asignado un soberano, que mas deseaba promover la felicidad y comodidad de su pueblo, que la suya propia, la qual decia continuamente que dependia y estaba íntimamente unida con aquella.

Despues que el muy amado Abdelmelik habia reynado algun tiempo con extremo contento de todo el estado, mandó labrar y colocar delante de la puerta por donde habia entrado en la ciudad, una muy magnífica fuente, y quando estuvo acabada, ordenó que un diestro pintor hiciese su retrato muy parecido, pero sin advertir la razon que á ello le movia, mandó que la pintase con el trage y adornos de una esclava.

Colocóse este retrato en la parte superior y mas visible de la fuente, y á la vista y cercanías de ella distribuyó Abdelmelik algunos soldados con órden de llevar á su presencia qualquiera persona, que mirando la pintura con extraordinaria atencion, suspirase ó diese otra señal de dolor y pasion interior.

Por este tiempo el aguador de Murcia, que no habia podido consolarse desde que por sus violentos é infundados zelos perdió su hermosa esclava, y de resultas su propia madre, que murió del pesar: despues de haber recorrido todas las ciudades de la mayor parte de los reynos de Andalus: por ver si en alguna de ellas encontraba indicios de su paradero; al ir á entrar en Zaragoza, reparando en el retrato que habia sobre la fuente, se quedó como helado, viendo en

él todas las facciones de su amado objeto, y considerando quan semejantes eran las que ofrecia aquella pintura á las que estaban tan profundamente gravadas en su corazon, se mudó de color, y lanzó involuntariamente algunos suspiros y sollozos.

Prendiéronle al momento los soldados que estaban á la vista, y le lleváron á la presencia del Rey, al qual no pudo él conocer, ya por el disfraz en que se hallaba habiéndose esmerado en desfigurarse mas de lo ordinario, ya porque el respeto impedia que el humilde preso le mirase y reparase con mucha atencion.

Mandóle el Rey, afectando un tono severo y mezclado de amenazas; que con toda verdad le contase la causa porque habia suspirado á la vista de aquella pintura que estaba sobre la fuente. El refirió sencillamente todas

sus desgracias, sin ocultar, ni disimular cosa alguna, y con indubitables señas de un inmenso y sincero dolor. Abdelmelik, aunque tan enternecido como correspondia á Ghulnaz, disimuló no obstante, y le mandó encerrar en la cárcel. ¡Nueva desventura para el afligido y enamorado aguador! pero desventura mas feliz que lo que él podia imaginar.

Algun tiempo despues los tres hermanos pescadores, que se encaminaban á ganar la vida en la pesquería de los alfaques: el caballero que se dirigia con deseo de concurrir á un célebre tornéo que se habia pregonado; y el judío que conducia preciosos géneros á una famosa feria: llegáron en dias diversos, y habiéndose parado igualmente á contemplar el retrato, suspiráron como el aguador y fuéron presos, presen-

rados, qüestionados, y despues encerrados como él.

Quando la hija del Visir tuvo juntas y aseguradas todas estas personas, que tan principales eran en la farsa de su vida, las hizo traer un dia todas á su presencia, y las dixo. — Si la persona que es causa de vuestros suspiros se presentase ahora delante de vosotros, ¿la conoceriais? Todos seis clamáron á una voz, *que sí*; y quitándose ella con mucha prontitud el vestido exterior, se quedó con el trage propio de su sexô, y semejante al que tenia en el retrato.

Postráronse todos humildemente á sus pies, y la suplicáron que les perdonase los excesos á que los habia arrastrado la pasion que en ellos habia encendido su maravillosa hermosura, y el irresistible fuego de su amor.

Hízolos levantar Ghulnaz con

tono de complacencia, y tomando por la mano al aguador de Murcia, le colocó en su solio, y mandó que le vistiesen las insignias reales: juntó despues sin demora los principales personages de su estado, les contó toda su historia, y les propuso, que admitiesen por Rey á su señor, rematando su harenga.—"Pues Abdelmelik es yà vuestro Rey jurado, no teneis que hacer mutacion alguna, pues este solo es Abdelmelik, y yo no soy mas que Ghulnaz su sierva, su amante y su esposa. Conviniéron todos en su propuesta por lo mucho que la querian, y habiéndose desposado se celebráron poco despues las bodas con la magnificencia que correspondia á su actual estado y dignidad.

El mercader, los tres pescadores y el caballero, despues de haber sido muy bien regalados, y

tratados con suntuoso agasajo, partiéron para sus diferentes destinos, llenos de envidia de la felicidad de Abdelmelik, el aguador de Murcia.

Advierte el puntual historiador *Hasan ibn-Muley eltolaitían* al fin de esta historia que por mas averiguaciones que ha hecho, no ha podido descubrir noticia alguna de lo que despues de la venta del cofre aconteció al afligido Visir, al tierno Rey y á su zelosa hija, como tampoco del paradero del enamorado picaruelo que levantó el falso testimonio á la honesta esclava del aguador.

Sin embargo por otros escritores se puede rastrear que este pereció á puñaladas de resultas de otra empresa igual á la anterior; que la hija del Rey sin nombre se escapó de su corte con un esclavo tuerto: que el Visir fué empalado por no haberlo sabido

y estorbado en tiempo; y que el Rey sin nombre se volvió á casar, y se olvidó muy presto de todo.

Sea como fuere, Hasan dice al rematar su historia. — *No hagais caso, lectores mios, de frívolos escrúpulos, y aunque algunas cosas parezcan increibles, y combinaciones démasiado inverisímiles, crean todos los piadosos lectores que no es mas verdadero el sagrado contexto del Alcoran, que la historia que acabo de referir de la bellísima hija del Visir de Garnat: guarézcala el misericordioso Alah en el paraiso, convertida en huri de su Abdelmelik el aguador de Murcia.*

EL MUNDO SIN VICIOS,

SUEÑO.

En aquel remoto pais donde el monte Tauro elevando su altanera cima mas allá del terrible taller de las tempestades, apénas presenta á la vista de los caminantes otra cosa que rocas inaccesibles y escarpadas, de las quales se precipitan con estrépito espumosos torrentes, y que rodean mil variadas escenas de la silvestre é inculta naturaleza: en tan horrendo sitio, como á la mediacion de su espantosa corpulencia, léjos de toda sociedad, y detestando el comercio de los hombres, vivia ó mas bien vegetaba el melancólico misántropo Asem.

Habia este hombre tétrico pasado su juventud entre aquellos mismos hombres, que ahora abor-

recia, y por espacio de mucho tiempo habia participado de sus placeres, y sentido la mas viva amistad hácia ellos. Agotó enteramente su hacienda empleándola en socorrer los infelices, algunos de los quales por medio de sus beneficios se pusiéron en estado de dexarlo de ser: jamas recurrió á él en vano ningun pobre, y el caminante fatigado, nunca dexó de encontrar hospitalidad en su casa; en una palabra, Asem no cesó de hacer bien á los demas hombres, hasta que absolutamente dexó de tener con que hacerle.

Despues de haber gastado todos sus bienes en continuos exercicios de la mas gratuita beneficencia, no dudaba que encontraria algunos socorros, quando no en todos los hombres que pudiesen franquearlos, á lo ménos en aquellos, que mas reconocimientos debian mostrar, porque habian sido mas favo-

recidos de él, con tal esperanza quando mas necesitado se halló, recurrió á ellos con la mas confiada seguridad; pero estos hombres ingratos, ó no le socorriéron, ó si lo hiciéron alguna vez, dentro de poco le desecháron como importuno, y dexáron de mirarle con la debida conmiseracion, porque de todas las pasiones y afectos humanos la compasion es la que ménos dura.

Comenzó entónces Asem á ver el género humano, baxo un aspecto muy diferente del que hasta entónces le habia agradado tanto: descubrió innumerables vicios donde ántes de ninguno habia sospechado, y á qualquier lado que se volvia, el disimulo, la cautela, la falsedad y la ingratitud que percibia, aumentaban su horror á la sociedad.

Una caverna le servia de abrigadero contra la inclemencia del ayre: frutas silvestres que con di-

ficultad recogia en la pendiente de la montaña le suministraban su único alimento, y agua de algun torrente su bebida. Feroz y solitario pasaba la vida entregado á profundas meditaciones, y se envanecia con poder vivir en tan absoluta independencia de todo el género humano.

Al pie de la montaña habia una grande y clara laguna, en cuya tersa superficie, se reflexaban como en un espejo las horrendas rocas que le rodeaban: Asem baxaba algunas veces hasta la orilla de este vasto lago, cuya vista le causaba algun recreo, y al descender hácia él por tanta aspereza solia detenerse para descánsar, y tal vez para lograr un plácido sueño á la sombra de algun antiguo y desaliñado árbol, ó al abrigo de alguna socabada breña.

"¡Oh quan admirable es la na-

turaleza! (exclamaba un dia, derramando la vista sobre la extensa superficie de la laguna que tenia tan visitada) ¡oh! quan admirable, ¡quan hermosa es aun en sus mas silvestres aspectos! ¡Que sublime contraposicion hace esta unida y tersa faz, que presenta á mis ojos el agua con la espantosa masa de ese monte, cuyas puntas se encubren dentro de las nubes! Pero aun es inferior á su utilidad la hermosura de estos admirables objetos. ¡Quan grande es el número de rios que de aquí se deriva! ¡cómo corren todos ellos, y llevan la vida, la fecundidad y la delicia á los diversos terrenos por donde dirigen su curso! todo quanto exîste en el universo, todo es hermoso, todo es bueno, todo es justo, todo, ménos el hombre."

"¿Es por ventura el hombre algun error de la naturaleza? ¿es el único monstruo entre todo lo

criado? ¡ah, quan grande es su degradacion! Hasta las tempestades y los uracanes son muchas veces provechosos; pero el hombre, ingrato y criminal aparece como una fea mancha de la belleza original. ¡Oxalá no fuera yo individuo de esta odiosa especie! sus vicios son, á lo ménos á mis ojos, el único reproche de la sabiduría eterna."

"Sin duda permaneceria siempre sin perturbarse en la naturaleza la uniformidad, el órden y la hermosura, si los hombres no fuesen viciosos. ¿Y por qué son viciosos? ¿de qué sirve este decantado freno, que llaman razon? ¿cómo prevalece la ley de sus miembros á la ley de su espíritu? ¿Por qué no consigue la perfeccion de vivir sin vicios la obra principal del agente mas perfecto? ¡oh, Alah! ¿es posible que me dexeis así sepultado en dudas, en

tinieblas, en desesperaciones?:::: ¡Ah!:::: no es posible que así permanezca yo mas tiempo.... no es posible.

Así discurria este hombre atrabiliario, no ménos temerario, extravagante y filósofo que los mas famosos locos, que en nuestros dias son admirados y celebrados con este nombre, y con epitecto de pensadores sublimes: ¡tanto puede deslumbrar un conjunto de sofismas! Al pronunciar Asem las últimas palabras, iba á precipitarse en la honda laguna, impaciente por desembarazarse de sus incertidumbres, y poner fin á sus congojas; pero de repente divisó una persona admirable, que caminaba con segura magestad sobre las aguas, y se dirigia hácia él.

Un objeto tan imprevisto contuvo el designio de Asem, que observándole atentamente creyó ver alguna cosa divina.— Hi-

jo de Adam (le dixo el celestial ministro) apártese de tí la cruel desesperacion: el padre de los creyentes, que ha visto tus infortunios, y tu desmesurado dolor por ellos, me envia para que te consuele. Dame la mano, y sígueme sin temor: yo soy *el Genio del Convencimiento*, á quien emplea el gran profeta en sacar de sus errores á los que padecen engaños, no por un vano espíritu de curiosidad, sino con loables intenciones. Ven conmigo.

Asem obedeció con sumision á su conductor, el qual le hizo caminar algun tiempo sobre el lago, hasta que llegando á su comedio, se sumergiéron los dos, baxando al parecer muchos centenares de codos: Asem temia haberse perdido para siempre, pero al llegar al fondo con su celestial guia se encontráron en otro mundo donde jamas habia puesto sus

pies hombre alguno terreno.

No es posible explicar el pasmo de Asem al ver allí otro sol igual al que acá nos alumbra, un cielo sereno que se extendia sobre su cabeza, y por alfombra de sus pies un mullido prado esmaltado de verde, no ménos agradable que el que pudiera ofrecerle en nuestro mundo el clima mas benigno y delicioso.

"Maravillado estás, hijo de Adam (dixo el Genio del Convencimiento) pero suspende por un rato tu maravilla. Este mundo que causa tu pasmo, fué formado por Alah á ruego, y conforme á los deseos del gran profeta, que padeció un dia las propias dudas, que á tí te congojaban, quando saliéndote al encuentro estorbé sus funestas conseqüencias, librándote de tí mismo."

"Los habitantes de este mundo extraordinario son todos se-

gun tú deseas que sean los hombres del corrompido mundo en que naciste: estan absolutamente sin vicios, y jamas han hecho ni harán mal alguno; sin embargo en todo lo demas este mundo es perfectamente semejante á la tierra. Si este globo, despues de bien exâminado de cerca, te pareciere mejor que tu antigua patria, por ser como tú deseabas que fuese aquella, en tu mano estará el pasar aquí el resto de tu vida; pero ántes que te resuelvas es conveniente y necesario que conozcas tus compañeros de morada."

"¡Un mundo sin vicios! (exclamó Asem arrebatado por su interior gozo) ¡unos hombres que jamas han hecho mal! ¡todos, todos así! póstrome, ó grande Alah, ante vuestra presencia, y os doy las mas humildes, las mas sinceras, las mas encarecidas gracias, porque al fin habeis oido los rue-

gos de vuestro siervo: aquí es sin duda, aquí es donde se ha de encontrar el gozo interior, la verdadera ventura y el sosiego perdurable. ¡Un mundo sin vicios!"

"Déxate de estériles exclamaciones, (replicó el celestial ministro) derrama la vista por todas partes, reflexîona sobre quanto observares, y dame sincera cuenta de tus observaciones y reflexîones. Recorrerémos el pais, camina hácia donde quieras: yo te seguiré, te desengañaré, y te ilustraré é instruiré en lo que convenga."

Largo trecho caminâron callados Asem y su compañero: mantenia el silencio el pasmo que tenia confuso al buen misántropo, hasta que poniéndose al fin algo mas sobre sí, reparó que el campo, comparado con otro igual de nuestro mundo, conservaba mas rastros del aspecto rudo y

silvestre, que corresponde á un terreno jamas cultivado ni beneficiado por el sudor humano.

"Veo, (dixo poco despues Asem) veo en aquel lado algunos animales carniceros que persiguen con ferocidad la presa, y veo otros que huyen de ellos quanto pueden. ¡Cómo los despedazan y sacian en ellos su voracidad! parece que estas endebles y desventuradas criaturas no han sido criadas sino para servir á las otras de alimento. En esta parte no va muy léjos este mundo del otro; y si hubiera sido permitido que un humilde siervo diese un consejo al gran Profeta, hubiera procurado que en este mundo sin vicios no hubiera estos animales sanguinarios y destructores, que solamente se emplean en atormentar á los otros. — Tu beneficencia, (dixo sonriéndose el Genio del Conven-

cimiento) y tu buena voluntad á favor de los mas débiles irracionales, es muy digna de loa; pero en lo que toca á todas las criaturas que no estan dotadas de razon, este mundo es puntualmente semejante al otro, y conviene que así sea, por una razon muy fácil de entender."

"¿Cómo podria ser suficiente ningun terreno para alimentar á todos los diversos animales, que le pueblan, si todos hubieran de sustentarse únicamente de vegetables? Consumirian los brutos lo que los hombres necesitan, y todas especies padecerian notable detrimento y escaséz. El bien general debe prevalecer al particular: animales de especies diversas que se sustentan unas á otras, en vez de disminuir su multitud, subsisten en el mayor número que es posible, y los productos de la tierra que solo

podrian sustentar á quatro, mantienen así indirectamente á diez ó doce... Pero caminémos hácia donde está mas habitado, y veamos lo que se presenta para instruccion tuya."

Presto atravesáron el bosque, y entráron en una campiña donde veian los hombres sin vicios; Asem se complacia de antemano con la idea del Contentamiento, que iba á disfrutar en sociedad tan inocente; pero apénas salian del bosque encontráron un hombre quasi desnudo, que huia corriendo á mas no poder, asustado y perseguido por una caterva de comadrejas. — ¡Buen Dios! (exclamó Asem) ¿de quién huye este hombre? ¿puede tener miedo de animalillos tan despreciables y débiles, que con los piés pudiera sin mas auxîlio arredrarlos y aun aniquilarlos?"

Como esto dixese, percibió

dos perrillos que perseguian á otro hombre que huia no ménos espantado que el primero. — "Muy extraño es esto (dixo Asem) y no puedo concebir la razon que para esto pueda haber. — Todas las especies de brutos (respondió el Genio) se han hecho aquí muy poderosas, y tanto mas atrevidas, tanto se han acrecentado en mayor número, quanto los hombres sin vicios han creido que seria injusto destruir á los individuos de ellas para alimentarse ó vestirse; por lo mismo este pais se ve á cada paso perturbado y saqueado por los animales. — No va esto bien (replicó el misántropo) convendria haberlos combatido, rechazar á los que acometen, y destruir á los destructores; viéndose está el pernicioso efecto de esta negligencia."

"¿Y adónde se ha ido ahora

(dixo el Genio) adonde se ha ido aquel tierno afecto, aquella suave conmiseracion que mostrabas á favor de los entes débiles y que no usan de razon? no son ellos movidos por ningun odio ó rencor, sino por su primera necesidad. Paréceme que te has olvidado muy presto de tus máxîmas de equidad."

"Confieso mi error (dixo Asem despues de un breve silencio) estoy convencido de que es absolutamente necesario, que seamos en algun modo injustos, y como tiranos para rechazar los acometimientos de los entes que no pueden ser contenidos por la razon, si queremos vivir con sosiego y tranquilidad. Pero no nos detengamos mas en las relaciones de los hombres con los brutos, exâminémoslos en sus recíprocos procederes de unos hombres con otros."

Quanto mas se internaban en aquella vasta campiña, mas admirado se mostraba Asem de no encontrar ni ciudades, ni edificios hermosos, ni casas cómodas, ni otro indicio alguno de la humana industria, ocurriendo á esta admiracion su conductor, le dixo, que los habitantes de este nuevo mundo sin vicios vivian contentos con la primitiva simplicidad: que cada uno de ellos tenia su choza, la qual aunque pequeña, pobre y sencilla, era suficiente para alojar su corta familia: que todos eran tan modestos, comedidos y de buen contentar, que ninguno queria malgastar el tiempo en construir habitaciones grandes y cómodas, que pudieran ingreirlos y envanecerlos, ó ocasionar envidias á los otros, lo qual seria tener vicios ó dar motivo á ellos; y en fin, que las chozas que fabrica-

ban se dirigian á obedecer á la irresistible ley de la necesidad, y no á querer hacer parada y muestra de una vana ostentacion de elegancia.

"Segun eso (dixo Asem) estos hombres no tienen arquitectos, ni escultores, ni pintores... al fin, se ahorran unos artes que no son absolutamente necesarios, y pudieran llamarse en algun modo inútiles... Presentadme, os ruego, á la sociedad de estos hombres arreglados á la simple razon. No hay en el mundo cosa mas deliciosa para mí que una plática agradable: nada que estime en mas que la sabiduría."

"Pero, ¡sabiduría! (interrumpió el Genio) ¿qué cosa puede haber mas inútil para este pais que la sabiduría? Ni tenemos, ni queremos tener cosas superfluas. La verdadera, y aun la única sabiduría terrena de los hombres es

el conocimiento de sus deberes para con los otros, y de los de estos para con ellos; ¿pero para qué sirve aquí semejante conocimiento?"

"Qualquiera individuo hace lo que á él le conviene, y dexa que los otros hagan libremente lo que les acomode; hombres sin vicios que los desigualen no tienen necesidad de conocer los deberes recíprocos: ni en rigor tienen tales recíprocos deberes, los quales son conseqüencia de las necesidades facticias: todos libres, todos iguales, todos solitarios, de nada necesitan sino de su soledad y de su mútua independencia: cada uno es para sí todo el universo: la comunicacion, la dependencia, los deberes, las necesidades artificiales son efecto de los vicios de los hombres terrenos y sociables: así esta sabiduría no es cosa de este pais."

"Aun ménos propia de este mundo es la sabiduría, si entendemos esta palabra en otro sentido mas lato; porque si intentamos explicar con ella una frívola curiosidad, ó especulaciones vagas, ó aquellas especies de placeres intelectuales, que deben su orígen á la vanidad ó al interés, son tan buenos los hombres de este nuevo mundo, que no pueden pararse á investigar y adquirir semejantes géneros de sabiduría."

Reparando entre tanto Asem por todas partes, vió en algunas tales cosas y tales acciones, que él sintió la vergüenza que no causaban á los que las executaban, y que yo tendria de referirlas: admiróse en gran manera, pero satisfizole el Genio con que la naturaleza no ha hecho cosa que en sí misma no sea hermosa, ni institucion que no sea bue-

na: hácelas feas ó malas, el abuso y la intencion y malicia de los corrompidos é inobedientes terrenos que convierten en vicios todas sus acciones: aquí no es así: no hay aquí vicio, y donde no hay vicio no puede haber pudor, que es una tácita confesion del vicio: ¿cómo han de tener rubor los que no conocen la causa de que el rubor proviene?

"Puede ser (dixo Asem) que todo eso sea exâcto y arreglado á la razon; pero entre tanto observo con admiracion que el gusto de una feroz y arisca soledad es aquí demasiado general. Ninguno se cura de asistir á los otros, ni de si los otros le observan á él: ya habeis dicho que cada uno es para sí todo el universo, y así lo dan á entender ellos mismos, pues veo que no hay familia, por corta que sea, que no esté separada de todas las otras,

y como concentrada en sí propia : ¿es posible que en un mundo tan completamente bueno no haya union ni sociedad alguna?"

"Verdad es, (respondió el Genio) no hay aquí sociedad, no hay union; pero este no es un defecto, porque así debe ser. La sociedad es hija y conseqüencia de la amistad; pero donde el pueblo, exênto de todo vicio, es tan humano que no puede inspirar temor alguno : donde todos y cada uno tienen un mérito igual; ninguno debe, ni puede atraerse una amistad particular, que seria un fenómeno caprichoso é irracional : ¿qué racional amistad puede haber donde es repugnante la enemistad? Se aman de tal manera todos en general, que ninguno ama personalmente á otro determinado; acaso si se juntasen en sociedad, buscando la amistad, se perderia la uni-

versal benevolencia."

"Sea enhorabuena (replicó el misántropo), pero ¿cómo he de pasar la vida en medio de una gente, que no me presenta ni bellas artes, ni sabiduría, ni pudor, ni amistad: si á lo ménos, ya que no pudiera ser otra cosa, tuviese yo un buen compañero con quien platicar, que me comunicase sus pensamientos, y á quien participara yo los mios.... ¿Y para qué sirven esas pláticas? La vanidad, la lisonja y la curiosidad son vicios del otro mundo, y como tales no tienen entrada en este; por otra parte la instruccion, aunque no toque en estos vicios, para nada puede ser aquí de provecho."

Quando así hablaban llegáron á sus oidos los gritos, lamentaciones y alaridos de un desventurado, que tendido junto al camino deploraba ruidosa y amar-

gamente su extrema miseria y escaséz: corrió Asem hácia él, y le encontró entregado á las crueles angustias de la hambre.

"Esto es muy de maravillar (exclamó el hijo de Adam) ¿es posible que unos hombres que estan absolutamente exêntos de vicios, pueden ver y oir lamentarse á un infeliz congojado, sin moverse á darle socorro? ¿No tiene este hombre hermanos? ¿no tiene muger? ¿no tiene padres? ¿no tiene hijos? Tengo todo lo que dices, (respondió el moribundo) pero no lo extrañes, si no me socorren, porque así debe ser, y si me socorriesen, cometerian la mas viciosa y enorme injusticia. — ¡Qué ideas son las de estas gentes! ¿injusticia llamas el socorrer al necesitado? — Sí, hombre forastero y corrompido, la llamo injusticia, y no merece otro nombre. Si unos entes que absolutamente no tienen mas,

que lo que han menester para sí, se privasen, para dármela á mí, de la mas pequeña parte de lo que tienen, cometerian una grave iniquidad. ¿Cómo habian de subsistir sin lo que á mí me diesen? — Deberian en tal caso grangear algo mas de lo preciso. — Eso fuera vicio, avaricia, perjuicio de tercero, amor á la superfluidad, hurtar al comun para darme á mí. — ¡Santo Dios! ¡qué ideas! y por no dar en ese terror pánico de vicio ¡caerán en el endurecimiento de corazon! — ¿Qué endurecimiento, hombre blando y para poco? ¿Qué tienen los demas con que grite yo ó cante? ¿con que esté robusto ó me devoren los ratones? Yo no soy ellos, y su única obligacion es cuidar de sí."

"Abandono, (interrumpió el descontento Asem) abandono la opinion que seguia no ha mu-

cho... Todo es dudas, perplexidad y contradicciones... en este mundo sin vicios tampoco será virtud el no ser ingratos. — ¿Cómo? ¿si no hay quien reciba beneficios? ¿y cómo recibirlos, si hacerlos seria vicio é injusticia? ¡Qué mundo es este, donde todas las cosas van trastornadas!.. Puede ser sin embargo que domine aquí alguna otra buena calidad: acaso se apodera de los corazones el amor de la patria."

"¿Qué amor de la patria? (interrumpió el Genio) ¿quál patria han de amar donde no hay sociedad? ese amor es un vicio, es una preocupacion social. Sé mas consiguiente, hombre terreno. ¿Acaso estos terrones, estos árboles, estos arroyos son mas apreciables y amables que los de mas allá? — Pero la reverencia á las leyes baxo que vivimos... — ¿Y qué leyes crees tú que haya don-

de no hay vicios que las exîjan, ni union que las establezca? el motivo que empeña á querer mas nuestro pais que el de los otros, es el mismo que nos hace preferir nuestros intereses á los de los extraños: la patria de cada uno es el rincon donde él mismo está, y tan extrangero es para él el que mora á su lado, como el que habita á mil parasanjas de su choza. Nada está mas léjos del vicio que una benevolencia sin excepciones: amar mas á mi pais seria un vicio, porque seria amar ménos al otro, y esto es contrario á la igualdad de la benevolencia universal."

"¡Qué benevolencia universal! (exclamó con dolor el triste Asem) ¡qué benevolencia universal es la que consiste en no amar ni favorecer á ninguno! ¿Qué extravagante mundo es este en que me hallo? La templanza, si aca-

so la hay, es su única virtud; la grandeza de alma, la liberalidad, la conmiseracion, la amistad, la sabiduría, el pudor, las conversaciones instructivas, el amor de la patria, la sociedad: todas estas son aquí virtudes desconocidas, ó tenidas por vicios y superfluidades: aquí no hay artes, aquí no hay leyes: ¿qué hay aquí bueno? Veo claramente que el que se limita á no tener vicios, está muy léjos de ser virtuoso: veo que buscar por verdadera mejoría un mundo sin vicios, es una quimera si ha de ser habitado por hombres que en sí mismos tienen la corrupcion y la inconseqüencia."

"Llévame, ó buen Genio, llévame á mi antiguo mundo, al mundo que mi necedad impaciente menospreciaba: un mundo que ha moderado, arreglado y equilibrado el eterno legislador Alah, vale mucho mas que el mundo

que imaginó el profeta, que el que yo pensaba admirar, y que quantos pueden inventar los famosos charlatanes, que llaman filósofos. Desengañado ya seré capaz de tolerar la ingratitud, el odio y el desden de los otros hombres, sin ser yo desdeñoso, desamorado, ni ingrato. Mi altanería era digna del trato que recibí: acusando á la providencia, demostraba mi ignorancia; si yo consiguiere libertarme de vicios, tendré compasion de los que fueren arrastrados á ellos.

Al decir tales palabras dándole un soplo el Genio celestial le puso á la orilla de la laguna donde le habia recibido, y quando Asem intentaba sentarse para descansar de tan continua y fatigosa admiracion, desapareció el sublime conductor como un humo entre gran multitud de tremendos truenos.

Despertó entónces el tétrico musulman, y con extremo pasmo se halló recostado en la endedura de una peña, donde habia estado dormido, sin que toda la pasada vision hubiese sido mas que un ensueño. Sin embargo las reflexîones que le habia sugerido su fantasía, conserváron su fuerza y su convencimiento. Determinó pues volver á la sociedad, y restituirse al amor de los hombres, tolerando sus flaquezas, sus vicios y sus defectos.

Caminó al Segestan, donde habia nacido, y aplicándose como pudo al comercio, aprovechó las reflexîones que habia hecho en la soledad: consiguió poco á poco un bien estar: adquirió nuevos amigos y se reconcilió con los antiguos: vivió en fin muchos años con la comodidad y dulzura, que no pudiera conseguir en el soñado *mundo sin vicios.*

EL JUEZ ASTUTO,

ANECDOTA ARABIGO-ESPAÑOLA.

Un mercader de la floreciente Xátiva forzado por las conveniencias de su tráfico á una larga ausencia en el distante pais de Algarbe, confió secretamente, y sin testigos una bolsa de dos mil maravedís de oro á un austéro dervis ó santon, que tenia por amigo y por hombre de bien, rogándole que se la guardase bien guardada, no mas que hasta que volviese de aquel viage. El santon ofreció hacerlo así, con las expresiones mas enérgicas y positivas; pero habiendo vuelto al cabo de un año el mercador, y querido recoger su depósito, el pícaro del santon negó con descaro haberle recibido.

Enfurecido y enojado el mercader á vista de tal perfidia, recurrió sin detencion al cadí ó alcalde, que era hombre de talento, prudencia y disimulo, y le contó con mucho fuego todo el caso.— Habeis tenido (respondió con sosiego y gran flema el juez) habeis tenido demasiada buena fe y muy poca prudencia y precaucion. No debiais haberos confiado tan francamente de un hombre, cuya fidelidad teniais poco experimentada: la austeridad no pasa muchas veces de la piel, y el vestido es muy á menudo una engañifa mas. Dificil será obligar á ese bribon á que restituya un depósito, que néciamente le entregasteis sin recibo ni testigo alguno: muy dificil empresa será; sin embargo veré lo que puedo hacer á favor de vuestra justicia:::: volved á verle; reconvenidle sobre el

asunto amistosamente::: sobre todo, cuidado con que no entienda, que yo estoy enterado del caso; y volved á verme mañana á la misma hora.

Obedeció el mercader, pero en lugar de que recobrase su dinero, solamente recibió injurias y durezas de parte del santo depositario. Durante la contextacion llegó un esclavo del cadí, y con mucha atencion y respeto rogó al dervis que hiciese á su señor el favor de ir á verle, porque le necesitaba para un negocio de quantía, y no podia venir á su casa.

Dirigióse allá nuestro venerable santon sin demora alguna, y fué recibido en la mejor y mas retirada pieza de la casa, y tratado por el juez con mucha cordialidad, y con el acatamiento que suele reservarse para las personas de la mas alta distincion, y que se tratan con el mas come-

dido respeto y miramiento.

Habláron de diferentes asuntos, entre los quales, á medida que se proporcionaba, mezclaba el cadí grandes elogios de la sabiduría, prudencia y honrado porte, que segun informes y voz pública hacian estimable al austéro dervis: quando ya habia ganado su confianza con esta lisongera plática, y por medio de varios rodeos muy estudiados, afectando que baxaba la voz, le dixo pausada y misteriosamente.

"Esta buena opinion que de vuestra probidad tienen todos y yo con ellos, ha sido el estímulo que me ha incitado á veros y á daros una prueba nada equívoca de mi sincera estimacion y de mi confianza. Un negocio de no menor importancia que sigilo, me hace ausentar y pasar al Africa por mucho tiempo. No me atrevo á fiarme de mis esclavos, y deseo

dexar asegurado mi tesoro en manos de un hombre de tanta honradez como la que os atribuye vuestra reputacion: si conociera otro que la tuviese mas general, ó hubiese llegado á mí la noticia de alguno que pusiese dudas en la vuestra, me abstendria de molestaros; pero solamente de vos he oido hablar á todos bien, y porque nadie habla de otro modo de vos, quisiera que fueseis depositario confidencial de mi dinero y de mis alhajas, si pudiéreis encargaros de ello sin perjuicio de vuestras santas ocupaciones. Considero que no teneis obligacion de perder tiempo y esmero en servirme con este cuidado, y el necesario sigilo; pero ademas de que de buenos es el favorecer á los que de ellos necesitan, á mi vuelta tendreis seis mil maravedís de oro para que podais ocurrir á vuestras acostumbradas obras de

piedad; y si dentro de un año no volviere, lo qual será señal de que el misericordioso Alah dispone que me quede en Africa; en este caso sereis legatario y como dueño de todo, porque esta es mi voluntad, y no dudo que lo emplearéis debidamente.

Aceptó el buen santon con las mas expresivas protextas la confianza que de él hacia el cadí, y este prosiguió. — Mañana en la noche os enviaré mi oro y mis alhajas mas preciosas; pero como este negocio exîge un absoluto secreto y disimulo, sin que sepan mis esclavos lo que llevan, irán persuadidos á que solo es un regalo que os hago, llevando en lo que puedan ver algunas frutas y galanterías: os lo prevengo, para que os espreseis con ellos como si en efecto fuera así.

El dervis con alegre y risueño rostro mostró la complacencia que

tenia en servir al cadí en semejante bagatela, y haciéndole mil expresivas reverencias le dió afectuosamente las gracias por su confianza, jurándole en los términos mas fuertes que guardaria y custodiaria el tesoro como las niñas de sus ojos, y como tenia de inalterable costumbre en quanto se fiaba de su probidad y religiosa honradez. Despues de esto se retiró tan contento como si ya tuviese el tesoro entre las manos, y como si ya hubiese desplumado y estafado al incauto cadí.

Apénas llegó el dia siguiente volvió el mercader á la casa de este, y le contó las conseqüencias de su anterior visita, con la obstinacion del santon. — Volved hoy á verle (le dixo el juez) y si persiste en su ceguedad y dureza, amenazadle sériamente con que venis al instante á darme la quexa, añadiendo que en compañía de

muchos y buenos testigos me avisareis otras maldades de la misma clase que le teneis averiguadas; espero que no será necesario que repitais, ni la amenaza ni las visitas.

Entre tanto el dervis se regocijaba á sus solas con la estafa, que daba por conseguida. — ¡Oh, quanto vale (decia) un buen exterior! ¡Quánto el esmero de conseguir buena opinion! Los hombres, que suelen llamar honrados y buenos, solo estan en el mundo para que se burlen de ellos los que tienen maña: un hombre de bien se engaña con un buen exterior, como un niño con un cascabel, ó con el relumbron de un oropél presentado á tiempo oportuno. Deslumbrado este buen cadí con mi externa austeridad ha perdido en un momento el trabajo, los ahorros y las injusticias de toda su vida; y mi dies-

tra habilidad llevará el premio que merece: el provecho personal es la primera obligacion del hombre diestro: si este se logra bien, poco importa que los medios sean los que fueren... A la verdad, la calidad de cadí pudiera... ¿Pero qué ha de poder? qualquiera astucia, un poco de firmeza bastará miéntras se conserve mi buena opinion... ¡Oh! esta la sabré conservar... no se me escapará este tesoro.... afirmando que los esclavos solo traxéron... no faltará que decir.... píllese todo, lo demas se pensará... este buen hombre debe de huir por alguna picardigüela, no volverá... y en caso que vuelva, en caso que no haya otro medio, por lo ménos no han de faltar los seis mil maravedís de oro, y lo que podamos..."

Aquí llegaba quando entró de nuevo el mercader repitiendo

su primera instancia, y á pocas palabras le amenazó con el cadí, y con que todo el mundo supiese sus iniquidades. Apénas usó de tal recurso, mudó el dervis de tono, y con una fingida sonrisa le entregó su bolsillo, sin faltarle un cequí, diciéndole con agrado.

"Huélgome de veros tan formalizado, que penseis en recursos que sobre desdecir de vuestro buen corazon, no ménos que de mi austéra exâctitud, son enteramente supérfluos é inútiles. Vuestro dinero ha estado siempre muy asegurado en las manos de un hombre como yo: hele negado solamente por una especie de bufonada, de chasco, ó de susto que he querido daros para ver como le sosteniais, y para que os sirviese de leccion y escarmiento... es menester, amigo, tener mucha precaucion en tales

materias. No todos son como yo, ni siempre se recobra lo que se entrega sin recibo ni testigos: vivid en adelante con mas cuidado, y estad, como debeis, agradecido á mi fidelidad y á mi consejo.»

El mercader, con oidos de tal como suele decirse, hizo muy poco caso del sermon, del consejo, y de la supuesta bufonada ó chasco: guardó su dinero, creyendo firmemente la verdad de la primera intencion de robarle, y volvió en casa del cadí para enterarle en lo sucedido, y darle gracias por el prudente modo con que le habia hecho justicia.

Llegada la noche estaba el dervis esperando la venida del depósito, y tenia muy estudiado el modo con que recibiria á los esclavos del cadí, para que nunca dudasen que era un regalo de frutas lo que habian traido; pero

ni depósito, ni regalo, ni esclavos, nada pareció: pasó por tanto una noche muy desazonada.

"A la mañana fué muy temprano á ver al cadí. — Vengo (le dixo) con cuidado y temor de que acaso esteis indispuesto, como anoche no fuéron vuestros esclavos... — No fuéron (respondió con mucha entereza el cadí), no fuéron anoche, ni jamas irán: sé por persona de muy conocida probidad que sois un pícaro bribon y estafador: ya lo sabia quando os llamé, y os castigué solamente con engañaros para que restituyeseis al mercader la bolsa de dos mil maravedís; muy diverso castigo tendreis si vuelvo á tener de vos semejantes quexas: la justicia entónces os clavará en un palo."

El santon, sin responder palabra alguna se retiró haciendo una profunda reverencia al *astuto juez.*

EL PARAISO DE SHEDAD,

CUENTO ÁRABE.

Mucho ántes de aquellos tiempos en que se dice que el profeta de Medina iluminó el oriente, é hizo que descendiese del séptimo cielo el venerado libro de la ley llamado Alcorán; dominaba en el pais de Yémen un intruso usurpador llamado Shedad, que apoderado de un señorío absoluto, del qual abusaba sin moderacion alguna; no era un monarca, ni aun un déspota, sino verdaderamente un tirano tan voluptuoso, como cruel, impío y extravagante: aun era mas, era un monstruo, que con todos los vicios de un irracional, pretendia ser tenido por un Dios; era un *Calígula* oriental, ó un *Neron*

árabe, que no contento con ser el oprobrio de la naturaleza humana, aspiraba á divinizar este oprobrio.

Si no hubiera intentado que tan repugnante divinidad fuese venerada mas que en su alcázar y entre sus favorecidos, aseguran las historias de aquellos tiempos, y aun las posteriores, que no habria tenido dificultad alguna que superar; porque los cortesanos de su edad hubieran adorado sin escrúpulo alguno, no solamente á Shedad, sino á su camello, á su enano, á su mono y á su papagayo; pero él pretendia que todos sus vasallos ó esclavos reconociesen su divinidad, y que la creyesen sinceramente y de buena fe; y esta empresa era algo mas árdua.

Para poderla llevar al cabo imaginó un medio, que á su parecer era infalible. En el valle

de Iran, que es el mas delicioso parage del pais de Yémen, mandó construir una altísima y prodigiosamente extendida muralla circular, adornada en toda su faz interior de hermosos pinos y cipreses, que podian pasar por corona y abrazadera del mas grande y magnífico jardin, que pudiera imaginarse, y que por lo mismo merecia el nombre de paraiso.

No se encontraba allí otra cosa sino prados á perder de vista, hermoseados por las preciosas flores que ofrece la primavera, vergeles sin límite, que presentaban las riquezas del otoño, y cristalinos arroyuelos, que pacífica y silenciosamente se deslizaban sobre una limpísima arena semejante al oro, ó corriendo sobre un lecho de piedrecillas, que parecian perlas, acompañaban con su mormullo el gorgeo de las avecillas.

Por una parte se subia á un amplio estanque ó laguna de agua limpia y clara, donde cruzaban y jugueteaban sin cesar innumerables peces de todas especies, tamaños y colores; por otra se descendia á un delicioso valle, cuya frescura perpetuaba un abundante manantial, que á manera de una rambla se precipitaba de un gran peñasco, formando una ruidosa y brillante cascada.

Encontrábase mas allá un largo y cómodo paseo, que se prolongaba por entre bosquecillos aromáticos y siempre verdes, dónde el nardo, el bálsamo y el aloes crecian á los pies de las palmas y los cedros. Por todas partes mostraba sus gracias la naturaleza, y el tímido arte que se habia empleado en su ornato apénas se dexaba percibir.

En el centro de este encan-

tado desierto se elevaba con muy suave subida una montañuela redonda, que allanándose de repente por todas partes, formaba en la cima una muy igual y espaciosa llanura, donde Shedad hizo edificar un soberbio alcázar, el qual amuebló con tanta suntuosidad como elegancia: la pompa del luxo estaba allí unida á las mas menudas y extremadas comodidades.

Habia en el alcázar un buen número de todos los artistas del placer; cocineros, músicos, baylarines, bufones, enanos y hasta poetas, aunque Shedad hacia poco aprecio de esos últimos; lo que en mas estimacion tenia que todo el resto, era un copioso enjambre de jovencillas, que habia esparcido por todo el alcázar y el jardin, bellas como las celestiales *huris*, y aunque probablemente algo ménos puras, mas vi-

vas, mas despiertas y mas zalameras y agasajadoras.

Quando todo estaba pronto para la execucion de su designio, publicó Shedad sin detenerse un extravagante edicto, digno de la fatuidad del antiguo emperador Cayo: hízole fixar á la puerta de todos los templos y en los demas parages públicos, concebido en los términos siguientes:

"Shedad, Dios de Yémen, á sus fieles adoradores salud y bienaventuranza. Deseando aventajarnos en liberaldad y beneficencia á todos los dioses de otros paises, los quales solamente prometen la felicidad despues de la muerte: os hacemos saber que en la llanura de Iran hemos criado un paraiso terrenal, en el qual gozareis todos los deleytes y placeres de la vida presente. Admitirémos en él quando convenga y sea de nuestro divi-

no agrado: á qualquiera de vosotros, que no deteniéndose en virtudes supérfluas, haya creido sinceramente en nos, y sin reserva alguna se haya sometido á nuestra celestial voluntad. Desde ahora nombramos para él, sin mas dilacion ni prueba, á nuestros bienaventurados siervos, cuyos nombres van anotados en la lista que acompaña al presente edicto: Pueblos de Yémen, esforzaos á seguir el exemplo que estos os dexan, y mereced la corona que ellos han obtenido."

Estos bienaventurados siervos de Shedad eran algunos de sus mas descarados aduladores: tal qual de los que habian sido ministros de sus desórdenes y de sus violencias: varias despreciables mugercillas, que habian satisfecho sus deseos: y otras mas artificiosas, que retrasando y regateando su satisfaccion, habian

dado vivas esperanzas de complacerle; de esta última clase fuéron las mas bien atendidas en la promocion.

Apénas fué publicado el edicto, cumplió Shedad, como era de esperar, su palabra á los nuevos beatos: condúxolos con solemnidad al paraiso de Iran, depositándolos en el alcázar, y exhortándolos á que disfrutasen en paz de la bienaventuranza que les habia preparado, y que él mismo cuidaria de perfeccionar por medio de sus freqüentes visitas. El propio cerró al salir la puerta de la sagrada muralla, y dió órden á los soldados que la guardaban por de fuera, para que al pie de ella sacrificasen á qualquiera que intentase acercarse ó introducirse.

Entre tanto los noveles poseedores de tanta bienandanza, se entregáron sin reparo al rapto

en que los habia puesto la simple vista de su nueva habitacion, entónces fué la primera vez que en toda su vida habian mirado con estimacion al tirano de Yémen; pero entónces pasáron hasta admirarle, y aun tuviéron tentaciones de amarle, bien que no fuéron muchos los que en ellas consintiéron: creyéron tambien, como él habia esperado, que el que era autor de tantas maravillas, y que tan gratuitamente las repartia, no podia ser ménos que una divinidad; pero su fe duró tan poco como su bienaventuranza, la qual fué de muy corta permanencia.

Placeres agolpados unos sobre otros, todos sensuales, variados en la apariencia, pero que en el fondo eran siempre unos mismos, y sobre todo inmoderados, continuos, fáciles y sin mezcla alguna de oposicion, resistencia ó

trabajo, fuéron dentro de poco ocupaciones insípidas, y paráron en ser tenidos como odiosas y molestas cargas personales. A fuerza de gozar tantos deleytes, dexáron de sentir lo mismo que gozaban: al contrario, comenzáron á conocer que la displicencia y el hastío no respetaban el paraiso de Shedad, y que segun los indicios ántes de mucho tampoco le respetarian los achaques y las enfermedades.

Aun no se quedáron en esto las cosas. Aquellos recientes bienaventurados se habian tratado y conocido superficialmente en el mundo, y no se habian querido muy bien; pero al verse ahora mas de cerca y de continuo, se conociéron mas á fondo por lo que valian, se aborreciéron mútuamente y se detestáron; por no verse y por no tratarse perderian de buena voluntad aque-

lla, y aun otra mejor bienaventuranza: acabóse la plática y la sociedad que pudiera entretenerlos.

Encerrados en sus viviendas ó dispersos por los terreros y azotéas del alcázar, y lanzando tristes y apagadas miradas á los jardines, no veian en ellos otra cosa que el foso, y cerca de su eterna cárcel: de mejor gana fixaban la vista en el mar roxo, y en una larga cadena de rocas que divisaban á lo léjos. ¿Quánto darian entónces por poder pasearse libremente entre aquellas espantosas breñas, ó navegar en aquel inquieto mar tan desacreditado por sus naufragios?

En tal estado se hallaban los bienaventurados de Iram, quando el espontáneo dios de Yémen los honró con su primera visita, deseoso de añadir el supremo bien de su divinal presencia á las in-

explicables delicias, con que segun él creia, estaban como embriagados.

Júzguese ¡quál seria su sorpresa y su indignacion quando vió que la mas profunda tristeza revosaba en los semblantes de todos, y en lugar de himnos y cánticos solo escuchó quexas y murmuraciones! Disimuló sin embargo y se contuvo como mejor pudo: mezcló las caricias con las reprehensiones, y á fuerza de reñir alternativamente y agasajar á sus santos, les hizo prometer que se esforzarian para acostumbrarse al paraiso, y tolerar con paciencia la bienaventuranza.

Pero esta promesa, que mal de su grado le hiciéron, no era suficiente para asegurarle; mas confianza tuvo en la órden que al salir dexó á los guardias de la puerta exterior, por la qual mandó que sin misericordia, ni de-

mora matasen, no á los profanos que se aproxîmasen al delicioso paraiso, sino á los santos mismos que intentasen desertar y escaparse de él.

No obstante todas estas precauciones, al llegar á su capital el voluntario dios de Yémen sentia muy vivas y muy fundadas inquietudes, y en esto no le engañaba su amor propio: conoció muy bien que su paraiso, y por consiguiente su divinidad, estaban muy cerca de caer en un descrédito, de que con dificultad podrian salir jamas, y para evitar tan fatal golpe recurrió al único expediente que le restaba.

Anunció por segundo edicto, que habiendo visto la ingratitud de su pueblo, y lo poco que se esmeraba en merecer el paraiso que tan gratuitamente habia criado para favorecerle; iba á criar un infierno para vivos, el qual

siendo sensible y para ántes de morir, estaba seguro de que los impíos y los incrédulos se mofasen de él, ni le pusiesen en duda.

Como el atormentar á los hombres es mucho mas fácil que hacerlos felices en esta vida, es de creer que este segundo proyecto hubiera tenido mejor efecto que el antecedente; pero no le dexáron tiempo á Shedad para executarle. Extravagancia tan cruel sacó de su quicio la paciencia de los poderosos, y asustó á todo el pueblo que conocia lo que en tal designio podia temerse de un hombre tal como el dios de Yémen.

Se juntáron, se armáron, se conjuráron: fué al fin lanzado del trono que tenia usurpado, y habiéndole puesto preso deliberáron largo tiempo sobre el castigo que le darian; pero no encontráron otro mas proporcionado que encerrarle en su delicioso

jardin de Iram, con todos los malvados de que él mismo le habia poblado, tapiando para siempre la puerta de tan infernal paraiso.

Allí despedazado por los remordimientos, y oprimido por los ultrages se convenceria sin duda el contrahecho dios de Yémen, de que la soberbia y vanidad de los hombres no es mas que una absoluta locura, que los placeres de esta vida á nadie pueden hacer verdaderamente feliz; y sobre todo, que hay un Dios verdadero y supremo, que confunde los proyectos de la impiedad, el qual solamente es capaz de darnos una sólida bienaventuranza, adonde no se puede llegar sino por el camino de la virtud.

EL SANTON HASAN,

SUEÑO.

Hasan, venerable dervis de la enriscada Alhama, estaba en todo el reyno de Granada tenido por el mas santo de los santones, el mas sabio de los dervises, y el mas cuerdo de todos los hombres, que desde su niñez se habian consagrado al servicio del profeta de Medina. Tenia este hombre distinguido un solo hijo, y su mayor deleyte consistia en trabajar continuamente para ilustrar su alma, y á moldar sus inclinaciones al buen obrar.

Dotado el hijo por la naturaleza de un talento extraordinario, eran igualmente nunca vistos los progresos que baxo la direccion de tan buen maestro hacia en todas las ciencias; pero las funda-

das esperanzas que el padre habia concebido y cultivado en tantos años, se desvaneciéron en un momento quando estaban para realizarse.

Acababa Hasan de recibir el templado baño de las aguas que tan famoso hacian el nombre de aquella ciudad, durante el qual en nada habia pensado sino en aquel hijo, que era el único apoyo y esperanza de su cercana vejez, y se habia retirado á su morada á disfrutar las deliciosas influencias de tal baño, quando de repente tuvo la amarga noticia de que toda su felicidad se habia desvanecido, desapareciendo absolutamente su querido hijo.

El primer pensamiento de tan afligido padre fué que los javalíes, los osos, los lobos ú otras fieras de aquellas montañas le habrian despedazado y quizá deborado: despues imaginaba que los fero-

ces moradores de las ásperas sierras de Gausin le habrian quizá robado para prohijarle: estos hombres feroces que siempre ocupados en la guerra, por excusarse el trabajo de educar sus hijos quando pequeños, solian, ó matarlos ó abandonarlos en pueblos grandes del pais llano, y armados de quando en quando hacian irrupciones aun en terrenos bastante remotos para robar jóvenes de uno y otro sexô, que tocasen ya en la edad de poder servirlos y sucederles como hijos.

Pero fuese el que fuese el destino de tan amado hijo, lo mas importante era que se habia perdido, sin que se encontrase noticia ni indicio alguno de su paradero, y Hasan no hallaba como consolarse de su pérdida: lo qual fué en tanto grado que dentro de poco se abandonó á todos los temibles efectos de la me-

lancolía y la desesperacion.

Emprehendió un viage á la santa ciudad de Córdoba, porque ya que no podia entónces prolongar su peregrinacion hasta la remota Meca, queria rendir sus adoraciones y sus ruegos al gran profeta en aquel famoso santuario de Andalucía.

Caminaba con la imaginacion llena y tristemente ocupada de su amado hijo, quando de improviso sintió que le rodeaba una densa nube, y un brillante y repentino resplandor como de un relámpago le privó de la vista. Fué arrebatado sobre las alas de los vientos hasta la cima de una elevada eminencia, que dominaba la mas extensa y amena perspectiva de Sierra Morena, donde era fama antigua que los espíritus celestiales habian en otro tiempo conversado familiarmente con algunos mortales favorecidos.

En esta situacion, que presentaba mil variadas escenas, que á qualquiera encantarian, y que ofrecia, digámoslo así, una creacion como nueva, una voz mas suave que la de las sagradas *huris* mandó al admirado Hasan, que recobrase la vista; recobróla sin detencion, y vió á su mano siniestra una pasmosa multitud de inmortales servidores del profeta, y á la derecha un angelical Genio, cuya presencia á un propio tiempo anunciaba magestad, gracia y dulzura.

"Hasan (le dixo el celestial mensagero) el santo profeta á quien jamas han recurrido en vano sus fieles servidores, me envia para que te instruya y te consuele. Observa lo que descubres, y los vivientes se presentarán á tus ojos. Considera como quisieres las causas, y las secretas conseqüencias de los pesares, y de los contenta-

mientos de los hombres; vé como se engañan, y como cambian las ideas y los nombres de las cosas: nada estará oculto á tu vista en este momento.

Lo primero que se presentó á los ojos del atónito santon fué su propio hijo, el qual se hallaba en la colocacion mas propia para satisfacer los deseos mundanos de un padre ambicioso. Sentado sobre un alto trono en medio de un magestuoso alcázar, y rodeado de innumerables esclavos, que con sus ademanes indicaban querer adivinar sus deseos para satisfacerlos con prontitud, parecia estar en la mas venturosa situacion.

El explendor, la magnificencia y el luxo de los musulmanes se dexaba ver en todo lo que con él conexîon tenia: músicas deliciosas deleytaban sin cesar sus oidos; no saboreaba su paladar sino los mas exquisitos manjares:

danzas y juegos de toda especie estaban siempre preparados para obedecer á su voz: los hombres mas sabios y mas grandes por todos rumbos freqüentaban su corte, y su *harem* contenia las mugeres mas agraciadas del universo, y al mismo tiempo las mas hermosas.

Tan inesperado espectáculo de grandezas y placeres impidió al principio que el padre observase lo que indicaba el semblante de su hijo; pero dentro de poco la misma inquietud del amor paternal hizo que le reparase con mas atencion, y concibió extraños temores.

"Prosigue tu observacion (le dixo el ministro celeste) acompáñale en el ocio de su retiro: aquellos que con mas desatino amaban la obstentacion, y mas se dexan deslumbrar por ella, aunque parece que aprecian los falsos aplau-

sos, y estos vanos entretenimientos propios solamente para los insensatos; luego que se desvanece ó se retira la multitud, no dexan de quitarse la máscara de la grandeza con que estan disfrazados: te enterarás de todo, y verás quan poca parte le toca al corazon en el contentamiento de los sentidos."

Mudóse la escena como quien descorre un telon de teatro, y todo aquel delicioso aparato adquirió una forma muy diferente: se presentáron nuevos actores: abriéronse otras puertas, y dexaron ver las interioridades de aquella deslumbradora suntuosidad.

En una pieza retirada y sola se dexaba ver el hijo de Hasan en aquel estado de hastío y debilidad que jamas dexan de producir los vicios, los desarreglos y las pasiones sin freno: rodeábanle

personas lánguidas, y como apesadumbradas que al parecer acibaraban los placeres que deseaba gozar sin conseguirlo.

Despues que la fortuna le habia franqueado tan pródigamente sus mas apetecidos favores, ya no le ofrecia sino lo que ordinariamente se sigue al uso irracional é inmoderado de los bienes, de las proporciones y de los contentos.

Miraba con susto la grande altura á que habia sido elevado, quasi sin advertirlo; al subir todo le habia parecido florido, todo era admirable para él: en nada veia sino aspectos risueños, solamente sonidos melodiosos escuchaba; pero la salud y la tranquilidad le habian abandonado mucho ántes de que sus deseos fuesen completamente satisfechos.

No le restaba otro recurso que

andar vagueando sin esperanza en el intrincado laberinto del hastío, ó sumergirse en el abismo del hastío y del olvido, que parecia abrirse con estruendo debaxo de sus pies, los quales con estrépito le precipitaban hácia su fin. Hallándose su espíritu en tan doloroso estado era imposible contar los desasosiegos á que se entregaba.

La sospecha, tirano desapiadado de los corazones que la ambicion debora, apartaba de su lado sus antiguos amigos: la desconfianza le suspendia en una agitacion continua, los objetos que le movian le hacian temblar, y quanto inflamaba sus deseos parecia desvanecerse como una ligera ampolla de ayre entre las olas del viento.

Su imaginacion fastidiada de los excesos á que se habia abandonado, y en que no habia cono-

cido moderacion alguna le retrataba el por venir con un aspecto espantoso, que no le permita gozar descanso alguno. La memoria, que está siempre pronta á representarnos aquello que mas nos ha de afligir, le recordaba los placeres de que habia gozado, y solamente se los recordaba para aguzar el de verlos perdidos.

El ingenio que tantos atractivos tiene para el sabio, y que es el mejor consolador de los desventurados, era entónces su mayor enemigo. La baxa y zelosa envidia, aunque elevado sobre todos los hombres, le hacia que mirase comorivales de su felicidad hasta los mas despreciables de sus esclavos, para los quales el sueño, los alimentos y las diversiones conservaban todos sus atractivos.

Todas estas interiores é invisibles pasiones las observaba Hasan

como si fuesen exteriores y de bulto por efecto del fatal privilegio, que se le habia concedido, y no pudiendo ya tolerar mas.— Espíritu increado (dixo postrándose contra la tierra) y tú, el mas santo de sus profetas, haced, os suplico, que desaparezca de la vista de vuestro siervo este aflictivo y atormentador espectáculo, y separadle para siempre de su angustiada memoria.

"Para que conocer pueda que mis humildes servicios no os han sido desagradables, dignaos de tratar á mi hijo, como que lo es vuestro; permitid que el destino le vuelva á mis ojos tal como yo deseo que sea: que le dé todas las perfecciones de alma y cuerpo, que pueden servirle de adorno, y hacer estimable su conducta; y en fin, que de tal modo le coloque que no pueda emplear estas mis-

mas perfecciones, sino en alivio, consuelo y beneficio de sus semejantes.

"Pero pues el exceso de la buena fortuna le hace mas infeliz que al afanado jornalero, que vive de su penoso trabajo, mi mas ardiente deseo, es que por vuestra inagotable clemencia le liberteis al instante del brillante estado que tantos suspiros le cuesta y tanto pesar me ocasio na."

"No te pertenece (replicó el celeste ministro) no te pertenece, miserable mortal, no te pertenece á tí arreglar las disposiciones de la providencia, ni ser juez de tu juez siempre eterno. Tus ruegos han sido escuchados y otorgados: lo que has visto ha sido permitido por la divina Justicia para que puedas por medio de tu zelo y de tu eloqüencia refrenar la locura

de los insensatos padres, que poco contentos con dirigir hácia la fortuna todos los deseos de los inexpertos corazones de sus hijos procuran tambien deslumbrar su tierna imaginacion con el brillante y engañoso relumbron del luxo y la magnificencia."

Dichas estas palabras desapareció de repente el espíritu celestial, y con él todo el aparato que él mismo habia ocasionado, ó por mejor decir, desapareció el ensueño, pues durante toda esta vision habia estado Hasan entregado al sueño, y al despertar se halló en su cama con su hijo, que en otra inmediata dormia con todo sosiego, sin haber faltado jamas de su casa: el delicioso recreo del baño habia atraido el sueño y la ambicion del paterno amor excitó las demas ideas.

Este oportuno ensueño sirvió de freno al dervis de Alhama, para que considerando con reflexîon madura la naturaleza de las terrenas felicidades, moderase los extravagantes deseos á que le incitaba el amor de su hijo.

VIDA

DE D. ALFONSO PEREZ DE GUZMAN,

EL BUENO,

PRIMER SEÑOR

DE SAN LUCAR DE BARRAMEDA:

HISTORIA VERDADERA.

Don Alfonso Perez de Guzman nació en Sevilla, el dia 24 de Enero del año 1256. Fué hijo natural de Don Pedro Nuñez de Guzman (1), descendiente de la

(1) Don Pedro Nuñez de Guzman era hijo segundo de Don Guillen de Guzman, Señor de la torre de Guzman, y de Doña Elvira Ruiz, hija de Ruí Diaz, Señor de los Cameros. Fué privado del Santo Rey Don Fernando III,

ilustrísima familia de Guzman ó Gut-man, rama de los antiguos soberanos de Bretaña, y de una señora principal, cuyo nombre no se sabe. Reconocióle su padre desde luego, y le proporcionó una educacion correspondiente á

con quien asistió á las guerras que sostuvo, y á las conquistas que hizo: en la de Sevilla fué uno de los mas esforzados y distinguidos Caballeros, por cuya causa le dió muchas heredades dicho Monarca; y no obstante que era hijo segundo, le nombró *Rico-ome* y Adelantado mayor de Castilla. Con estas calidades confirmó muchos privilegios en tiempo del mencionado Rey y de su hijo Don Alfonso el Sabio. Casó con Doña Urraca Alfonso, hermana natural de San Fernando, de la qual no tuvo sucesion; pero durante este matrimonio, tuvo fuera de él á Don Alfonso Perez de Guzman. En segundas nupcias casó con Doña Teresa Ruiz de Brizuela (ó Urizuela), de la qual tuvo á Don Alvar Perez de Guzman.

su esfera, y al favor que disfrutaba en la corte del Rey D. Alfonso el Sabio; pero no ha llegado á nosotros noticia alguna cierta de los hechos de su juventud hasta la edad de veinte y tres años.

Entónces Ibn-Jusef, Rey de Fez y de Marruecos, vino á España con un buen pie de exército, y desembarcando en Algeciras, comenzó á hacer correrías por Andalucía. Entre los cuerpos de tropas que se levantáron contra él, no fué el postrero el que de sus parientes, amigos y criados, formó el mancebo Don Alfonso Perez: este cuerpo, unido con otros, que caminaban al mismo fin, llegó á Jaen, llevando por general á Don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya.

Habia el Rey moro preso y dado muerte al Arzobispo de Toledo Don Sancho, hijo del Rey

Don Jayme de Aragon, que le habia salido al encuentro, y peleado cerca de Martos. Supiéronlo en tiempo los nobles españoles, que mandaba el señor de Vizcaya, y persiguiéron á los enemigos, con los quales tuviéron una reñida refriega, que duró hasta que vino á separarlos la noche. El campo quedó por los christianos, los quales recobráron tambien la cruz del difunto Arzobispo, que habia quedado en poder de los enemigos (1).

En esta faccion esclareció mucho el valor y destreza de armas D. Alfonso, que entre otros hizo esclavo en ella un moro principal de la casa del Rey de

(1) Esta accion la cuentan varios historiadores de modos muy diversos: el referido es el mas conforme á documentos manuscritos muy antiguos, y poco diferente de como lo refiere Garibay lib. 13. cap. 13.

Fez, nombrado Ibn-Homat, al qual trató muy bien, y que en adelante le fué de muy notable provecho.

Retiróse Ibn-Jusef á su puerto despues de esta derrota, y el Rey Don Alfonso, que se preparaba para ir á recibir la corona del Imperio, deseaba dexar quieta y pacífica su casa; y para conseguirlo envió de Embaxador háeia Ibn-Jusef á Don Alfonso Perez, que fué muy bien recibido y tratado en Algecira.

Concertó allí las paces con el Rey de Fez; y este Soberano, que conocia y apreciaba el valor y nobleza del Embaxador, le hizo tan ventajosos ofrecimientos para si algun dia queria pasar á su servicio, que no dexó de inclinarse á tal partido, al qual le determinó y obligó poco despues una no esperada casualidad.

Vuelto á la corte Don Al-

fonso Perez, y habiendo dado cuenta al Rey del feliz éxito de su embaxada, mandó el Rey Don Alfonso que en señal de regocijo se celebrase un tornéo, en el qual se juntáron los mas distinguidos señores y caballeros de Castilla; pero entre todos se llevó las atenciones Don Alfonso Perez.

Díxose despues en la corte que Don Alfonso Perez, sin añadir mas distintivo, se habia señalado mas que todos; y como de aquel nombre habian entrado varios en las justas, tales como Don Alfonso Perez Ponce, Don Alfonso Perez Martinez, Don Alfonso Perez Herrandez, y otros; por tanto preguntó al Rey qual Don Alfonso Perez habia ganado la aclamacion pública, á lo qual Don Alvar Perez de Guzman, hermano y émulo de Don Alfonso, respondió: *Don Alfonso Perez de Guzman, mi hermano,*

es de ganancia (1). Como esta respuesta mal intencionada se decia delante del Rey, la Reyna y toda la corte pareció mal á muchos, y enojó sobre manera á Don Alfonso, que amenazó á D. Alvar, y atribuyó la culpa de usar dicho tan picante á quien le habia educado mal, porque en realidad la malignidad de semejantes expresiones mordaces suele contenerlas el comedimiento, que es efecto de buena educacion.

Habiase criado Don Alvar Perez en la casa del Rey Don Alfonso, el qual como oyese lo que decia Don Alfonso Perez, picado por ello, y no sin algun enojo, replicó que no habia dicho mal su hermano Don Alvar, porque

(1) Hijos de ganancia se llamaban en aquel tiempo los que eran habidos fuera de matrimonio legítimo, y especialmente los bastardos.

en Castilla era antigua costumbre llamar con aquel nombre *á los que no eran hijos de mugeres veladas*. "Tambien es antigua costumbre y ley de Castilla (repuso D. Alfonso Perez) que quando los Caballeros Hijos-Dalgo como yo, no son bien tratados por el Rey su señor (1), salgan de sus dominios á buscar quien fuera de ellos les dé mejor acogida, y que el Rey les otorgue los dias que el fuero de los Hijos-Dalgo les concede para salir del reyno."

Pesábale al Rey la ida de Don Alfonso, mas no podia negarle el fuero que pedia sin hacer un grande escándalo en Castilla: concedióselo, pues, y Don Alfonso vendió todos sus bienes,

(1) Este fuero le hizo el Rey Don Alfonso VI. á ruegos del famoso Rui Diaz de Vivar, llamado el Cid.

con cuyo valor, y hasta treinta caballeros que quisiéron seguir su buena ó mala fortuna: se pasó á servir á Ibn-Jusef, enviando delante, como mensagero y poder habiente suyo, á su ayo Alfonso Fernandez Ceboliilla, de quien tenia entera confianza.

El Rey de Fez y de Marruecos tuvo á grande fortuna y contentamiento la venida de Don Alfonso Perez, y mandó que de Algecira saliesen á recibirle todos los christianos que estaban á su sueldo: hízole muchas honras, y le nombró Guarda-Mayor de su casa y persona, y Capitan General de los christianos. Admitió Don Alfonso todas estas mercedes, y por su parte se obligó á servirle contra todos sus enemigos, ménos contra Don Alfonso, Rey de Castilla, ó contra otro qualquiera christiano.

Poco despues pasáron todos al

Africa, donde á muy breve tiempo comenzó Don Alfonso Perez á ser de notable provecho á su nuevo Señor. Una porcion de los mas feroces africanos tomó las armas contra Ibn-Jusef, para libertarse de pagarle las contribuciones que le debian. El Rey, que deseaba castigarlos, encomendó esta empresa á Don Alfonso Perez, el qual salió á ella con mil y seiscientos christianos bien armados y buen número de moros.

Quando encontró los rebeldes, que eran hasta veinte mil, esforzó con razones á los suyos, y se aventuró á dar una batalla, que no obstante la muy notable diferencia del número de combatientes, comenzó muy desde luego á declararse á su favor, y finalizó con desbaratar enteramente á sus enemigos, y perseguirlos hasta sus propios aduares y tiendas. El dia siguiente viniéron á

tratar con Don Alfonso, y le hiciéron grandes presentes; mas este general no dió oidos á convenio ninguno hasta que hubiesen pagado enteramente los tributos que debian.

Concluido todo tan en breve y con tan feliz éxîto, que Ibn-Jusef no pudo dexar de maravillarse, se confirmó en la buena opinion que de él habia formado, con lo qual se hizo cada vez mayor el amor que le tenia, y que prosiguió mostrándole despues, no ménos que la confianza con que miraba todas sus empresas, y sus proyectos y designios.

Entre tanto en Castilla se habia alzado contra su padre Don Alfonso el Príncipe Don Sancho; y viendo el Rey que los Grandes, Prelados y demas vasallos le desamparaban, y que no le favorecian, ni su nieto el Rey de Portugal, ni el Rey de Na-

varra, determinó valerse de Ibn-Jusef, enviándole mensageros que le hablasen, de acuerdo y con la proteccion de Don Alfonso Perez, al qual escribió en este tenor:

"Primo, la mi coita es tan grande, que como cayó en tan alto logar ferió cuemo si diera de lueñe, é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él se sabrá la mi desdicha, et el mi grand afincamiento; ca el mi fijo sin razon me face tenor, con ayuda de los mis amigos é mis Perlados, los quales en logar de meter paz, non á escuras et encobiertas, si non claro, metieron asaz de mal. Non fallo en la mi tierra abrigo, nin fallo amparo, nin valedor; non se lo meresciendo á ellos, sinon todo bien, ca yo se les habia fecho; y pues en la mi tierra me fallesce quien me habie de ser-

vir et ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí, pues los de Castilla me fallescieron, nadie me terná á mal que busque los de Benamarin. Si los mios fixos son mis enemigos, non será ende mal que tome yo á mis enemigos por fixos: enemigos en la ley, non por ende en la voluntad, que non lo es el buen Rey Aben-Jusef, ca yo le amo et precio mucho, et él non me despreciará, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé quanto sodes suyo, quanto vos ama, é con quanta razon, é quanto por vuestro consejo fará. Acatá á quien sodes, é del linage donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien; é si vos non le ficiere, vuestro bien facer vos lo galardonará, ca el que face bien nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Don Alfonso, faced al tanto con el vues-

tro Señor, é mi amigo, que sobre la mi corona, con piedras ricas que ende son, me preste lo que por bien toviere, é si la su ayuda pudiéredes allegar, non me lo estorbedes: que lo que de vuestro Señor á mí viniere, será por vuestra mano, é la de Dios será con rusco. Fecha en la mi *sola* cibdad de Sevilla, año del Señor de 1282, et el primero de mis coitas. — El Rey."

Recibida esta carta hizo Don Alfonso Perez quanto pudo á favor del Rey de Castilla, presentando sus mensageros al de Fez, y esforzando su pretension de tal modo, que este Príncipe le mandó que se preparase para ir á Sevilla á llevar al Rey una gran cantidad de dinero, y que volviese presto para conducirle auxîlios de tropas.

Vino Don Alfonso, y fué recibido del Rey de Castilla como

merecia su servicio, y como era correspondiente en tales circunstancias. Creyó el Rey que seria conveniente fomentar el apego que Don Alfonso mostraba á sus intereses, y con esta mira le aconsejó que pensase en casarse, proponiéndole para muger á Doña María Alfonso Coronel, de edad de quince años, rica, hermosa y doncella muy principal, hija de Hernando Gonzalez Coronel, y de Doña Sancha Iñiguez de Aguilar.

Aceptó D. Alfonso Perez una proposicion tan ventajosa, y se casó con esta Señora, que le traxo en dote la villa de Bolaños, en tierra de Campos, varios pueblos en los reynos de Galicia y Leon, el lugar de Bollullos, y muchas heredades, rentas, tierras, cortijos y casas en Portugal, Xerez y Sevilla, y algunas

otras partes (1). El Rey, por el servicio grande que estaba recibiendo, le hizo merced de algunas heredades en Sevilla y de la villa de Alcalá Sidonia, que hoy se dice de los Ganzules ó Gazules.

Este casamiento se celebró el año 1282, y Don Alfonso Perez, despues de haber vivido quince dias con su esposa, partió inmediatamente para Africa, dexándola preñada de Don Pedro Alfonso Perez de Guzman.

Desde allí volvió á España poco despues, en compañía del Rey de Fez y Marruecos, que traia un considerable socorro al Rey Don Alfonso. Desembarcá-

(1) Consta todo de varios privilegios de aquella ilustre casa, y por el testamento de Don Alfonso Perez de Guzman.

ron en Algecira, y por consejo de Don Alfonso Perez se fuéron acercando á Sevilla por las tierras del Rey de Granada, que favorecia al infante Don Sancho.

Diéronse en esta guerra varias batallas, en las quales acreditó cada vez mas su esfuerzo, prudencia y destreza de armas nuestro Don Alfonso, y que tuviéron el buen éxîto que cuenta la historia general: finalizó esta guerra quasi dos años despues, quando Ibn-Jusef se retiró otra vez á Algecira.

De allí á poco murió el Rey Don Alfonso el Sabio en Abril de 1284. Ibn-Jusef se volvió á Fez, llevando consigo á Don Alfonso Perez y su muger, que por su virtud y hermosura fué amada y reverenciada de todas las moras mas principales y esclarecidas.

Tuvo en este tiempo el Rey

de Fez muchas disensiones y guerras con otros africanos, á todas las quales envió á Don Alfonso Perez, que los venció y sujetó, ganando en ello muchas riquezas, tanto en especie de dinero, como en joyas de gran valor, que el mismo Rey le regaló.

Ibn-Yacob, heredero presuntivo del reyno, á instigaciones de un Príncipe de la sangre Real, que se nombraba Amir, comenzó á perseguir á Don Alfonso, y este que conocia muy bien la instabilidad de la fortuna, pensó cuerdamente en prevenirse con tiempo, y poner en salvamento los grandes tesoros que tenia, que podrian ser la ocasion y causa de su perdicion.

Concertóse el modo entre él y Doña María su muger, la qual comenzó la obra, fingiendo grandes zelos de su marido, y con esto halló motivos para suponer

varias desazones y reyertas, hasta que suplicó al Rey que la mandase traer á España, donde pudiese vivir sola y en paz, amenazando que se quitaria la vida si no se la concedia este consuelo.

Concedió Ibn-Jusef lo que demandaba, y Don Alfonso Perez la hizo entregar en presencia del Rey y de la Reyna lo que dixo ser su dote, de lo qual recibió cédula de ella, y otra del Rey para que sus cofres no fuesen detenidos ni registrados en ninguno de sus puertos.

Introduxo despues en los tales cofres todo su caudal, á excepcion de lo que juzgó que podria necesitar; y de acuerdo con Ibn-Jusef la envió con los dos hijos que habia tenido en Africa (1), Don Juan Alfonso de

(1) Don Pedro Alfonso de Guzman y Doña Isabel de Guzman, los quales

Guzman y Doña Leonor de Guzman, acompañándolos á todos Alfonso Fernandez Cebollilla y Gonzalo Gallego, personas de toda su satisfaccion, que iban encargados de ponerla en casa de su madre.

Miéntras este feliz viage que se efectuó en 1288, tuvo Ibn-Jusef nueva guerra que sostener con el Soberano de Tremecen, contra el qual envió á Don Alfonso Perez á la frente de un poderoso exército. El éxito correspondió tambien en esta ocasion á las esperanzas, y Don Alfonso Perez ganó en ella no ménos muchos bienes que muchas honras.

tuvo antes que Doña María pasase al Africa: los habia dexado en España en poder de su abuela Doña Sancha Iñiguez. Doña María Coronél al volver de Africa vino preñada, y á los seis meses parió á Doña Beatriz de Guzman; despues no tuvo mas hijos.

Queria Don Alfonso asegurar tambien estas cantidades nuevamente adquiridas, y con este ánimo pidió licencia al Rey para enviar á su criado Alfonso Fernandez Cebollilla á saber de su muger y á llevarla un regalo de frutas del pais: conseguida la licencia puso con las frutas los dineros y joyas que pretendia poner en salvo.

Entre tanto todos los christianos que estaban al servicio del Rey de Fez, y mas que todos Don Alfonso Perez, eran perseguidos por las tramas de Amir, y por la mala voluntad de Ibn-Jacob; no obstante todo esto el afecto del Rey hacia que pasasen con mejor comodidad que la que se podia esperar en tales circunstancias; mas este consuelo no fué muy duradero, y tuvo fin con la muerte de Ibn-Jusef, el qual dexó por sucesor á Ibn-Jacob, con

quien solamente privaba su primo Amir; declarado enemigo de Don Alfonso Perez, y de los demas christianos.

Poco despues comenzó á causar gravísimos daños una monstruosa serpiente que deboraba las gentes y los rebaños. Amir, que no perdia ocasion ni oportunidad en que pudiese de qualquier modo hacer mal á Don Alfonso Perez, aconsejó al Rey que le mandase salir á darla muerte, creyendo que, ó se negaria y acabaria así de malquistarme, ó si salia perderia la vida en esta empresa. Gonzalo Gallegos, que estaba presente, replicó en favor de su amo á la propuesta de Amir, y lo hizo de modo que no pareció mal al Rey, y no quiso por tanto mandar lo que su primo le aconsejaba.

Habiéndolo sabido todo Don

Alfonso, deseoso de ganar con beneficios la voluntad de los moros fingió estar indispuesto en su casa, y salió con Gonzalo Gallegos al sitio donde aseguraban estar la serpiente (1). Halló dos hombres que venian huyendo de ella, y obligándolos á que le enseñasen y guiasen á donde estaba; tuvo la buena fortuna de meterla por la boca la lanza, y quitarla la vida en presencia, no solamente de su criado, sino tambien de los dos hombres referidos que viéron el caso desde un cerro. Cortó despues la lengua á la sierpe, y volviéndose á la ciudad con los tres testigos, tuvo encerrados en su casa á los dos hombres, á fin de que á nadie dixesen

(1) Este hecho (si acaso no es una hablilla y mera fábula) le refieren extensamente algunos papeles antiguos, y sobre él hay algunos versos quasi contemporáneos.

lo que habian visto, hasta que á él le pareciese buena oportunidad.

Un moro de distincion pasó casualmente por donde estaba la sierpe muerta: quiso ganar las albricias, y cortándola la cabeza la presentó en la corte del Rey. Don Alfonso hizo que reparasen que aquella cabeza no tenia lengua; mostró la que él habia cortado, y haciendo venir los testigos de tal hazaña, añadió una relacion enérgica de todos sus servicios, de haber sujetado los rebeldes alárabes, conquistado el Reyno de Benamarin, y hecho entregar la ciudad de Gourmanza, con otros no ménos considerables. Este recurso le grangeó en algun modo la estimacion del Rey, y los christianos quedáron por entónces en mejores circunstancias.

Tan venturosa mutacion fué poco duradera, porque las hon-

ras y alabanzas con que todos distinguian á Don Alfonso encendian cada vez mas la oculta hoguera del odio de Amir, el qual no se contentaba ya con ménos que con su muerte. No dexaba pasar ocasion en que pudiese exercer secreta y disimuladamente su rencor, aunque en público se mostraba su amigo, siguiendo con afectacion la corriente de los que le aplaudian.

Una vez, entre las muchas que procuró aprovecharse de la oportunidad, logró persuadir absolutamente á Ibn-Yacob, que de suyo no era muy aficionado á Don Alfonso, á que se buscasen medios para quitarle la vida con disimulo, sin que se alborotasen los christianos ni sus apasionados, de los quales habia grande número entre los soldados: Amir quedó encargado en buscar y proporcionar este medio.

Alzáronse poco despues los alárabes, negándose á pagar los tributos: propuso entónces Amir que se enviase á Don Alfonso á cobrar estos tributos con sola su gente christiana, y órden sino le pagaban de esperar hasta que se le enviase suficiente exército; y que secretamente se avisaria á Zaide Daráz, adalid de los alárabes, que acometiese á los christianos que eran pocos, con seguridad de que si los mataba, se les perdonaban á él y á los suyos los tributos que debian.

Añadió Amir á esto, que despues de executado el proyecto completamente, desaprobaria él en público el procedimiento de los alárabes, y que el Rey le enviaria á él con tropas suficientes para que cobrase los tributos dobles, y ademas los gastos de una y otra expedicion, con lo

qual quedaba el Real erario mejorado, contentos todos y disimulada la trama.

Tratóse esto, se aprobó y se determinó así en un consejo extraordinario y secretó, al qual asistió Ibn-Homad, que como he dicho habia sido prisionero de Don Alfonso, y habiendo sido muy bien tratado por él, no le miraba con los ojos tan enconados como los demas. Ibn-Homad no pudo tolerar que se efectuase tan torpe conspiracion, y que un héroe pereciese incautamente enredado en tan indigna como injusta trama; y resuelto á evitarlo, baxo las protextas y juramentos correspondientes, avisó á Don Alfonso de lo que contra él se trazaba, y salvó de este modo á quien tan caballerosamente habia obrado con él.

Pasados pocos dias hizo el Rey á Don Alfonso el encargo que

se tenia dispuesto, ofreciéndole que sino querian pagar los alárarabes sin guerra, le enviaria sin detencion diez mil moros para que los forzase y castigase á su satisfaccion. Don Alfonso dió al Rey gracias por la confianza que de él hacia, y la nueva ocasion que le proporcionaba de acreditar su deseo de servirle; añadiendo que para evitar gastos, y que no pereciese moro alguno, le diese Ibn-Yacob bien armados todos los christianos que habia en Fez, esclavos y libres, y asegurado que con ellos solos, ora fuese en paz, ora en guerra, cobraria los tributos. Parecióle al Rey buena ocasion esta para deshacerse de todos los christianos, y le concedió su demanda: así se halló Don Alfonso con un cuerpo de mas de mil christianos, todos muy bien armados, y todos á su devocion.

Entretanto trazaba Guzman

el modo de salvarse con todos ellos. A fin de conseguirlo envió á Gonzalo Gallegos con una carta para el Almirante Juan Martinez de Castilla, que guardaba las costas con una esquadra, encargándole que en dia determinado se hallase en una cala que hay entre Alcandizaguir y Tánger, para que con mil christianos se pudiese él pasar á España, ofreciéndole mil doblas para estimularle á la execucion. Gonzalo Gallegos cumplió puntualmente su encargo, y el Almirante le respondió aparejándose para ir á esperar á Don Alfonso, á quien Gonzalo llevó inmediatamente esta respuesta.

No se descuidó entre tanto Don Alfonso en poner los medios convenientes para que se interceptase el mensagero que Amir enviaba á Zaide Daráz, y luego

que lo consiguió, hizo escribir otra carta, en la qual se le prevenia muy encarecidamente que apénas llegase á sus tierras Don Alfonso le pagase los tributos, porque si no lo hacia así llevaba órden de matarlos á todos, y un exército muy poderoso para executarlo: puso á esta carta el sello que quitó de la otra, y la envió con un moro de su satisfaccion.

Zaide Daráz y los suyos que fuéron sorprehendidos con este aviso, y que conocian el carácter y calidades de Don Alfonso, se creyéron perdidos: y sabiendo que este general tocaba ya en sus tierras se diéron prisa á dirigirle ancianos alfaquíes y otros mensageros encargados de entregarle los tributos que se les pedian, y grandes presentes para él y sus soldados; rogándole que se alejase de sus tierras, y los mirase con pie-

dad. Don Alfonso los recibió y trató con agrado, y despues de recibir lo que traian proporcionó que ellos mismos esparciesen la voz de que para alejarse de sus posesiones, y limpiar y guardar las costas segun órden que suponia tener, tomaba el camino de Tánger.

Apénas se fuéron los moros, juntó Don Alfonso los christianos, les descubrió la conjuracion, y les mostró la carta de Amir, informándoles de lo que tenia dispuesto para salvarlos. Diéronle las gracias debidas, y tomáron todos el camino de Tánger, siendo en todas partes abundantemente provistos, de resultas del aviso que habia hecho esparcir. Quandó llegó al sitio señalado, encontró al Almirante, y embarcándose todos, llegáron á Sevilla por Guadalquivir, aun ántes de que en Fez supiesen lo que pasaba.

El Rey Don Sancho le recibió con el agrado y estimacion que merecia un héroe de este carácter, y tratando entre los dos de varias cosas de Africa, le reduxo Don Alfonso á ir sobre Tarifa, que era del Rey de Fez, y que por estar enfrente de Tánger servia mucho á los moros para desembarcar en España.

Mandó el Rey que para esta empresa se juntasen sus gentes en Sevilla, y entretanto que se juntaban pasó á verse con Don Dionis, Rey de Portugal, á quien pidió algun' socorro de dineros, que se negó á darle este Príncipe con excusas tan sólidas, que Don Sancho no halló como replicar ó insistir. Vióle de resultas congojado Don Alfonso Perez, y le alentó, dándole quarenta mil doblas para los gastos de una empresa tan útil: esta generosidad agradó á Don Sancho sobre ma-

nera, y fué causa de que en esta guerra no hiciese cosa alguna sin el consejo de Don Alfonso.

Don Dionis, que trató en esta ocasion á Guzman, se le aficionó de tal manera, que le pidió que quando tuviese proporcion le enviase su primogénito Don Pedro Alfonso Perez de Guzman, deudo suyo, que entónces tenia ménos de diez años, y que por ser hijo de Don Alfonso, queria tenerle cerca de su persona, y educarle como pariente suyo.

Los moros defendiéron valerosamente á Tarifa, que tanto les importaba; mas despues de dos meses y medio de sitio se ganó la plaza el dia 21 de Septiembre de 1292. El órden de Calatrava ayudó mucho en esta empresa, y por esta razon nombró el Rey Alcayde de Tarifa al Maestre de dicho Orden; mas él no creyó que podria mante-

ner mucho tiempo la plaza, y suplicó á S. M. que le relevase de la Alcaydía. Admitióle el Rey el desistimiento, y nombró Alcayde á Don Alfonso Perez, que le dió muchas gracias por esta confianza, admitió el encargo, y puso en Tarifa su casa, llevando á ella su muger y familia.

Entretanto el Infante D. Juan, hermano del Rey, tenia algunas desavenencias con su hermano, y determinó pasarse á Portugal miéntras se componian sus cosas. Aprovechándose de esta ocasion Don Alfonso, envió con él su hijo Don Pedro para que sirviese al Rey Dionis. Mas el Rey Don Sancho, quando supo la determinacion de su hermano, escribió al Rey de Portugal, que despues de haber este procurado alborotar y revolver á Castilla, receloso quizá del castigo que merecia, se intentaba pasar

á Reyno extraño, sin pedirle licencia, ni el fuero de los Hijos-Dalgo; por lo qual le suplicaba que no le admitiese en sus dominios.

En vista de tal súplica hizo el Rey Don Dionis que notificasen al Infante que sin demora saliera de Portugal. El Infante, que estaba ya cerca de Lisboa quando recibió la notificacion, fletó un barco; y ora fuese su intencion pasarse al Africa, ora le llevase á sus costas el temporal, llegó á un puerto del Rey de Fez, teniendo consigo á Don Pedro Alfonso de Guzman, que no habia tenido ocasion de entregar en Portugal.

Los mensageros que envió Don Juan á Ibn-Jacob, fuéron muy bien recibidos, y tratado él con mucho aprecio, ya por ser caballero tan principal, ya porque era enemigo de Don Sancho. Dis-

pusiéron venir sobre Tarifa, é Ibn-Jacob ofreció cinco mil hombres al Infante, que habia de tomarla para sí; cuya proposicion le dió notable placer; por juzgarse de este modo con un pie seguro para hacer á su hermano la guerra; mas aunque en lo público venia el Infante como General de aquel exército, su verdadero xefe en lo oculto era Amir, de acuerdo con otros dos esforzados adalides moros; y el designio que habia concertado secretamente para esta campaña, era que luego que se tomase Tarifa, prendiese Amir al Infante y á Don Alfonso Perez, y los remitiese á Fez para que pagasen con sus vidas, aquel su necia credulidad, y este el odio que Ibn-Jacob tenia contra él tanto tiempo habia.

Las galeras de España no estaban á la sazon por aquellos ma-

res, y como el pasage es tan corto, viniéron los moros sin estorbo alguno, y pusiéron cerco á Tarifa. Tenia Don Alfonso espías en Africa, y por su medio sabia qué gente se embarcaba, sus bastimentos y sus circunstancias; y con arreglo á los informes habia fortificado la plaza, y hecho en tiempo sus prevenciones.

Muy agenos de esto estaban los moros, y no habiendo hallado impedimento para su pasage, ni para poner el sitio, miraban como conseguida su empresa, y para abreviarla enviáron mensageros á Don Alfonso, ofreciéndole cien mil doblas porque les entregase la plaza: Guzman trató con desprecio la propuesta, diciendo que no necesitaba tales dineros, ni para ser rico él, ni para dexar ricos á sus hijos.

Quando los moros recibiéron esta respuesta, acometiéron á Ta-

rifa con mucho rencor, teson y furia; pero ni excedian á los castellanos que la guardaban en valor y osadía, ni les igualaban en órden, arte y destreza. Esta desigualdad hizo que se frustrasen los esfuerzos y empeños de los africanos, no ménos en este, que en los demas acometimientos que repitiéron con igual obstinacion.

Estaba Don Alfonso muy bien informado por sus espías de que les iban faltando ya los bastimentos; y ellos no ignoraban que en Tarifa se habian recibido considerables socorros, que la tenian en estado de hacer muy larga su resistencia, y mas dificultosa la empresa de tomarla: de este modo se aumentaba la firmeza dentro de la plaza, y en el campo de los sitiadores descaecian grandemente las primeras esperanzas. En tal situacion enviáron una embaxada á D. Alfonso, por

medio de la qual le prometian levantar el sitio, y dexar libre la Villa, con tal que les entregase parte de los tesoros que habia traido de la Africa. A esto respondió Guzman, que los varones esforzados jamas acostumbraban comprar ni vender la victoria, ni la libertad por dineros.

Tanta constancia puso á los africanos en determinacion de volverse á su pais, sin proseguir en un intento que consideraban no poder tener ya buen éxîto; mas el Infante Don Juan concibió un medio que jamas se creeria haber cabido en la cabeza de un christiano, de un español, y de un caballero tal como él era si los seguros testimonios que del hecho tenemos no quitasen toda duda, y sino se supiese de quantas iniquidades es capaz un rebelde declarado, obstinado y enfurecido. Conocia bien que era

en vano esperar partido alguno de Guzman, ni por fuerza, ni por astucia, ni por dineros, y quiso valerse de otras armas mucho mas poderosas y eficaces.

Despues de haberlo concertado con Amir y con los demas xefes, hizo por medio de una señal de tregua y llamada que saliese Don Alfonso á la muralla para tratar de acomodamiento. Allí reiteró Amir al Alcayde sus pretensiones de que le entregase á Tarifa, poniéndole delante lo mucho que habia ganado en Africa, las honras que habia recibido, como le habia amparado el Rey de Fez quando el mal tratamiento del de Castilla le obligó á que abandonase su patria; y que por fin, aquella misma plaza que pedian habia sido primero, por derecho de herencia innegable, de este mismo Rey de Fez, que ahora la demandaba.

Don Alfonso respondió á este discurso, que ni quando habia servido á Ibn-Jusef y á Ibn-Jacob, habia entregado á los christianos las plazas de los moros, ni ahora que servia al Rey de Castilla, entregaria á los moros las fortalezas de los christianos; y que el derecho de herencia de Ibn-Jacob habia cesado en quanto á Tarifa el dia que sus oficiales la entregáron al Rey Don Sancho, su conquistador; por lo demas quanto habia grangeado en Africa lo habia pagado con su zelo, con su gratitud y con su sangre; pero ninguna gratitud podia obligarle á que faltase á su deber y á su juramento. Sobre esta demanda tuviéron varias contextaciones, cuyo término fué retar y desafiar Don Alfonso al general Amir; pero este, que tenia mas astucias que valor, no fué osado para admitir el desafio.

Quando en tal estado se hallaban las negociaciones, hizo el Infante que traxesen y presentasen á Don Pedro, que siendo á la sazon de poco mas de diez años, apénas conoció á su padre, comenzó á gritarle que le metiese en la plaza, y le sacase de entre los moros. Esto decia aprisionado y con las manos atadas atrás, como le habian traido; y el corazon de su heroyco padre, que al fin no era de mármol, no dexó de enternecerse al verle en tal situacion. Los enemigos, que juzgaban ser este el momento de flaqueza que se habian lisongeado lograr, concibiéron nuevas esperanzas de tan inaudito recurso. Don Juan dixo entónces á Don Alfonso que en todo aquel dia le entregase la plaza, de la qual le habia hecho merced Ibn-Jacob; y que si así no lo hiciese, quitaria la vida á su hijo

Don Pedro sin piedad alguna.

Hizo un nuevo esfuerzo Don Alfonso para vencer los tiernos impulsos de la naturaleza, y respondió sécamente que no podia entregar la plaza, que era del Rey Don Sancho, al qual habia hecho pleyto homenage de guardarla bien y lealmente; pero que daria por su hijo tanta plata como pesase. No se concertáron, y despues de consultar los moros unos con otros, le volviéron á instar sobre la propia proposicion.

Don Alfonso entónces, mas cobrado en su inimitable constancia y mas fortalecido por la consideracion de su deber contra las halagüeñas instigaciones de la naturaleza, les respondió: "No engendré yo hijo alguno para que pudiese en ninguna ocasion ni manera ser contra su religion, su patria y el Rey su señor; solamente engen-

dré mis hijos para que fuesen contra hombres como Don Juan, y contra los que no sean amigos y sequaces de mi religion, de mi Rey y de mi patria. Si á mi hijo matáredes, dareisle un gran pesar, porque es muy niño para conocer lo que con esa muerte gana; pero á mí me dareis gloria y honor tan perdurable como la inmortal infamia que á vosotros se os seguirá de vuestra iniqua accion. Engañados estais, si por tan ruin término pensais reducir á Don Alfonso Perez, y si podeis imaginar que sean vuestras amenazas capaces de atolondrar ó hacer titubear á mi constancia. Bastante soy yo para desengañaros, si acaso creeis ofender con vuestro engaño á mi firmeza y á mi honor: atended hombres sin fe; ahí os arrojo mi daga: dadle si quisiéredes la muerte con ella, y quedad muy ciertos que si otros

cinco hijos tuviera en vuestro poder, los dexaria perecer todos primero que entregaros una sola almena de Tarifa.

Al decir esto les arrojó desde la muralla la daga que tenia en la cinta (1), y se retiró á su habitacion, donde con entera serenidad se puso á comer con Doña María su muger, la qual nada sabia del suceso.

Don Juan, á quien picó en extremo esta heroyca resolucion,

(1) Si no se tuviera tan conocido el carácter de Don Alfonso Perez, ó si fuera esta la única accion grande que de él sabemos pudiera sospecharse que el motivo para dexar perecer su hijo por no entregar á Tarifa, fuese acaso temor de que al tomarla le apresasen á él por traicion, y le quitasen la vida, pues tan ofendidos estaban desde que se vino de Africa; pero ademas de que no podian faltarle otros medios para asegurarse, el contexto de todas las acciones de su vida desvanece qualquiera sospecha.

que le dexaba desayrado y sin recurso, alzó del suelo la daga de Don Alfonso, é hizo que con ella degollasen al inocente y tierno Don Pedro, que con su muerte hizo inmortal el nombre de los Guzmanes.

Los soldados, que desde la muralla viéron asesinar al hijo de su Alcayde, alzáron grandes y lastimeros alaridos; y oyéndolos Don Alfonso, que comenzaba á comer se alteró, y tomando las armas, salió á preguntar qué sucedia: respondiéronle que haber degollado á su hijo; y aquel inmortal héroe dixo sin imutarse: "Por Dios que me alterasteis: pensé que entraba el enemigo en Tarifa:" y sin hacer mudanza alguna en el rostro, se volvió á sentar á la mesa, y prosiguió la comida.

Doña María quando supo el caso tuvo una pesadumbre inexplicable; pero su pena y la de

Don Alfonso, que aunque mas contenida no era ménos acerba, se mitigó en parte quando poco despues viérón levantar el cerco. Los moros, perdidas las esperanzas de apoderarse de Tarifa, se volviéron tumultuariamente al Africa, y Don Juan se pasó al servicio del Rey de Granada, donde algunos años despues, segun varios cuentan, murió desgraciadamente.

El cuerpo de Don Pedro Alfonso Perez de Guzman recogido del campo moro, fué depositado en la Iglesia de Tarifa, hasta que habiendo su padre Don Alfonso mandado edificar en Sevilla la vieja el Monasterio de *San Isidoro, del campo de Tálica* (ó de Talca) se trasladó á él, donde está enterrado.

Así que supo el Rey Don Sancho la constante defensa de Tarifa, y la heroyca determinacion de

Don Alfonso Perez, le escribió su famosa carta en estos términos:

"Primo, sabido hemos lo que por nos servir habedes fecho, defendiendo nos la villa de los moros, habiendo vos tenido cercado seis meses, y puesto vos en estrecho afincamiento: principalmente sopimos, et habemos tenido en mucho que hayades dado la vuestra sangre, et ofrescido el vuestro fijo primogénito por el mi servicio, et el de Dios delante, é por la vuestra hondra. En lo uno imitades á nuestro padre Abraham, que por servir á Dios le daba el su fijo en sacrificio, et en lo que hicistes semejades la sangre de donde venides; por lo qual merecedes ser llamado *el bueno*, é yo ansi vos lo llamo, é vos ansi vos lo llamáredes *Don Alfonso Perez de Guzman, el Bueno*, de aquí adelante: ca justo es que el que la

bondad fizo tenga nombre de *Bueno*, é non finge sin galardon su buen fecho. A los que mal facen los tollen la heredad é facienda: vos que tan grande exemplo de lealtad habedes mostrado et habes dado á los mis caballeros et á los de todo el mundo, razon es que con mas merced quede memoria de las buenas obras é fazañas vuestras. E vemdnos luego á ver, que si malo non estobiera et en tanto afincamiento, nadie nos tolleria que non vos fuera á ver et á socorrer, mas faced con migo lo que yo non puedo facer con vos, que es venir vos á mí, ca yo quiero facer en vos mercedes, que sean semejantes á vuestros servicios. Et á la vuestra buena muger nos recomendamos la mia é yo: é Dios sea con vos. De Alcalá de Henares á XVI. de Enero, era de M.CCC.XXX.III. (esto es, año 1295)

Al recibo de esta carta comenzó Don Alfonso á recoger el fruto de su heroicidad en el sumo gozo que le causó esta satisfaccion. Puestas en buen órden las cosas de Tarifa, se puso en camino para ir á ver al Rey, el qual le recibió con las mas notables distinciones y muestras de aprecio, haciéndole muchas mercedes; entre las quales las principales fuéron: toda la tierra que hay desde el Puerto de Santa María, partiendo con tierra de Xerez, hasta el rio Guadalquivir, en cuyo terreno fundó Don Alfonso á *Rota*, *Regla y Tierrabueña*, que corruptamente llaman *Trebugena*: las rentas del cargo y descargo de las naves que entraban y salian en el puerto de San Lucar, y el mismo pueblo, que entónces no era mas que unas casas pajizas que llegaban en lo que ahora es barrio alto, al sitio donde está al pre-

sente el palacio; porque toda la parte de la ciudad que llaman barrio baxo, aunque acaso mayor que la otra, era entónces mar y playa: dióle tambien el Rey las Almadravas y pesca de atunes con el pueblo de Conil, donde moraban los pescadores.

Besó la mano al Rey nuestro, Don Alfonso por tales mercedes, y le pidió licencia para fundar una ciudad en San Lucar y para vivir en ella: concedióselo el Rey y Don Alfonso cercó el terreno que juzgó conveniente, y en la puerta que llaman de Xerez puso el *Armiño*, armas de los antiguos Duques de Bretaña, de donde procedia, y dos calderas jaqueladas de amarillo sin orla alguna, que eran sus armas. Concedióle ademas Don Sancho el título de Señor de San Lucar, y dos ferias cada año en este pueblo, las quales fuéron causa de que

se aumentase con mucha brevedad.

Estas gracias se concediéron en Alcalá de Henares á los principios del mes de Abril de 1295: luego pasó el Rey á Toledo, donde falleció á 25 del propio mes y año. Sucedióle su hijo Don Fernando IV, y por ser de solos nueve años, quedó por tutora suya la Reyna Doña María, la qual mandó á Don Alfonso partir al Andalucía para defenderla de los moros.

A poco de estar Guzman en Sevilla comenzó á mover guerra el Rey de Granada; pero Don Alfonso tomó tan bien sus medidas que no solo le apartó de las tierras del Rey de Castilla, mas se entró él por las suyas, y acrecentó el patrimonio del Rey Don Fernando.

Entretanto concertó y efectuó Don Alfonso el casamiento de su

hija Doña Isabel de Guzman con Don Hernan Perez Ponce de Leon, y la dió en dote las villas de Chipiona y mitad de Ayamonte, y segun la expresion de un manuscrito del siglo XVI *cien mil maravedís (que valen agora un quento de maravedís)* que Don Alfonso tenia sobre la villa de Marchena, á lo qual añadió una suma de dinero en especie, con que acabó Don Hernan Perez de Leon de comprar al Rey esta villa. Estos bienes y los que despues les dexó por mejorar en su testamento Doña María Coronél fuéron los principios de la ilustrísima casa de los Duques de Arcos.

Al mismo tiempo casó Don Alfonso á su hijo y heredero Don Juan Alfonso Perez de Guzman con Doña Beatriz Ponce de Leon, hermana de Don Hernan, cuya dote no se sabe con certeza, mas es de creer que seria grande, sien-

do de tan alta y poderosa familia, hija, segun algunos del Rey Don Alfonso, y dama de la Reyna Doña María.

Otra hija le quedaba á Don Alfonso Perez, que era Doña Leonor de Guzman: esta casó con Don Luis de la Cerda, hijo de Don Fernando de la Cerda, que tuvo algun tiempo título de Rey de Castilla, en competencia con el Rey Don Sancho, y nieto de Don Alfonso el Sabio. Llevó en dote Doña Leonor la villa de Huelva, la dehesa de Villalana, y sin contar otras heredades el puerto de Santa María, la mitad de contado, y la otra mitad despues de la muerte de su madre.

No se atreviéron los moros de Africa á pasar á España, miéntras Don Alfonso estuvo guardando el Andalucía; mas las guerras con el Rey de Granada fuéron mas duraderas que otras; y aunque

en ellas correspondió siempre el efecto á las esperanzas, valor y experiencia de Don Alfonso, no ocurrió cosa alguna muy notable hasta el año 1309, en el qual vino en persona el Rey Don Fernando sobre Algecira, y envió desde allí á Don Alfonso Perez para que sitiase á Gibraltar que habia mas de 500 años que estaba en poder de los moros, y que era muy dificil de tomar por su natural situacion.

Cercáronla los españoles por mar y por tierra, y desembarcando lográron tomar un monte que no estaba defendido, y se cree ser el antiguo Calpe, sobre el qual hizo fabricar Don Alfonso con indecible presteza un fuerte (1) para defenderse y ofender á los

(1) Conservóse este fuerte mucho tiempo con el nombre de *la torre de Don Alfonso Perez.*

enemigos. En este fuerte colocó dos máquinas, especie de catapultas, que lanzaban tantas y tales piedras sobre Gibraltar, que á poco mas de un mes de haberse puesto tal batería, capitularon los moros que entregarian la plaza, con tal que les permitiese volver libres al Africa. Pasó el Rey á tomar posesion de Gibraltar, y dexándola fortalecida de muros y guarnecida de gente, se volvió á su campo, llevando consigo á Don Alfonso.

Para que los nuevos pobladores de Gibraltar estuviesen seguros, y pudiesen hacer su sementera y cosecha, y no ménos para que el paso quedase libre, era necesario sujetar los moros que habitaban en los pueblos de la áspera sierra de Gausin: tambien esta empresa se la encomendó el Rey á Don Alfonso Perez, el qual partió inmediatamente del Real

con la gente que le pareció bastante.

La aspereza de la sierra hacia inútiles los caballos, y daba lugar para que los moros, que eran buenos ballesteros, causasen mucho daño desde las alturas. Acometióles sin embargo D. Alfonso con los suyos, y los derrotó y puso en fuga; mas su propia valentía natural fué perniciosa para él en esta última ocasion. El caballo que llevaba era tan bueno y de tanto ardor, que en el seguimiento de los enemigos se adelantó mucho; y viéndole solo los moros le dirigiéron tantos tiros, que lográron herirle mortalmente.

De estas heridas falleció, despues de haber recibido los santos Sacramentos el Viérnes 19 de Septiembre de 1309, siendo de edad de cincuenta y tres años. Lleváron su cadáver al campo de

Algecira, y desde allí fué pasado con magnífico aparato y acompañamiento á Medina Sidonia y á San Lucar, de donde se conduxo á Sevilla por el rio.

En esta ciudad saliéron á recibirle los dos Cabildos, todos los Caballeros Hijos-Dalgo, y con arreglo á lo que se acostumbraba entónces Doña María Coronel, su viuda, vestida de gerga, acompañada de sus hijas, de su nuera, y de todas las señoras del pueblo. Depositóse en la Iglesia Catedral, y al otro dia fué llevado al monasterio de religiosos de San Gerónimo, nombrado de San Isidoro, que él mismo habia fundado sobre las ruinas de la antigua *Itálica*, donde como queda dicho estaba ya enterrado su hijo primogénito Don Pedro.

Allí le colocáron en su enterramiento, que es el crucero, junto á las gradas del altar ma-

yor, y en él se fixó este epitafio: *Aquí yace Don Alfonso Perez de Guzman, el Bueno, que Dios perdone. Fué bienaventurado, el que previno servir á Dios é á los Reyes. El fué con el muy noble Rey Don Fernando á la cerca de Algecira: él, estando el Rey en esta cerca, fué á ganar á Gibraltar, é despues que la ganó, entró en cabalgada en la tierra de Gausin, é tuvo gran facienda, é mataronlo Viernes* 19 *de Septiembre, era de* 1347 (1).

Fué Don Alfonso Perez de Guzman, el Bueno, de estatura mas que mediana y de rostro magestuoso, pero agradable. Una exâcta probidad, y un irreprehensible esmero en el cumplimiento de su obligacion, eran las principales partes que constituian su carácter: á ellas sabia unir

(1) Esto es, año de 1309.

una extrema dulzura y una prudente severidad, que se han visto juntas en muy pocos, y que eran iguales á su destreza de armas, en cuya calidad no le compitió héroe alguno de su tiempo (1).

(1) Entre los muchos dramas con que se ha procurado pintar á este héroe en su mas famosa accion, hay una tragedia inédita con el título *los Guzmanes*, cuyo autor, que es el de esta vida, altera un poco la historia, dando alguna mas edad á Don Pedro para hacer mas patética y trágica la hipótesis dramática: acaso se publicará esta tragedia en esta coleccion.

LOS DOS DESESPERADOS (1),

ANECDOTA.

Se hallan tan cercanos los linderos de la buena y la mala fortuna, que quando imaginamos que somos los mas desventurados de los hombres, estamos quizá ya en el término de nuestras desgracias: la constancia es el verdadero re-

(1) Esta anécdota se refiere como hecho verdadero en el tomo 1. de la obra inglesa intitulada *Lady's Magazine* año 1770. pág. 12. baxo el título *Happiness the effect of misfortune*, esto es, *La dicha efecto de la desdicha.* No sé que se haya traducido del original inglés á otro idioma ninguno, pero ciertamente merecia haberlo sido; y ora sea caso sucedido en realidad, ora solo ideado, pinta con tal gracia el carácter que suele atribuirse á los ingleses, que me ha parecido digna de trasladarla á nuestra lengua; pero al traducirla de su original, no he querido

medio de las penas; la desesperacion las agrava, y no solamente las hace intolerables, pero suele imposibilitar absolutamente su remedio.

El Lord D.** habia nacido con inclinaciones honestas generosas y tiernas; salia al paso á las necesidades de los demas hombres, y era bastante que sospechase que alguno padecia angustias ó escaseces, para que desease suavizarlas y procurase socorrerlas. Este

atenerme á una puntualidad gramatical y pedantesca traduccion, que la hiciese molesta: explicándome con libertad, nada quito que sea substancial á la expresion, y la procuro poner corriente y agradable. Hace bastantes años que esta misma anécdota con su propio plan, y aun con algunas de sus expresiones, pero con tal qual mas accion fué traducida á comedia castellana con el título *nuevo Heautontimorúmenos*, (*ó el atormentador de sí mismo*). Si tuviere proporcion la publicaré en esta coleccion.

modo de emplear su opulenta fortuna le habia grangeado la estimacion universal; pero al hacer felices á los otros, no lograba él serlo.

En medio de la opulencia y de la grandeza percibia dentro de su corazon un abismo y espantoso vacío, tal que solamente el amor y la amistad podrian llenarle; pero ámbos le habian vendido: su dama fué desleal y falsa; y un miserable desventurado, al qual habia sacado de la escasez y de la miseria, creyéndole digno de mejor suerte, y que en él se grangeaba un buen amigo; no le pagó con otra cosa que con la mayor ingratitud: este malaventurado, ó por mejor decir, este monstruo, le injurió al fin en un negocio de importancia, y para asegurarse mejor el buen éxîto, no tuvo reparo en obscurecer con calumnias el noble carácter de su bienhechor.

Oprimido por un golpe que tan léjos estaba de esperar, y entregado á la melancolía á que era naturalmente propenso, y que se habia aguzado, si es lícito decirlo así, con semejante perfidia; salió de su casa el Lord D.** por una puerta excusada, despues de estar demediada la noche: paseó con precipitacion y sin objeto fixo las calles de Lóndres; y la soledad silenciosa, igualmente que la obscuridad nocturna acrecentaban la interior tiniebla que le ofuscaba: é incapaz de tolerar por mas tiempo la grave carga de tan congojosa vida, miraba la muerte como un seguro refugio, y como su único consuelo.

Tán horrible idea suspendió por pocos minutos las congojas que le desasosegaban, y seducido por esta engañosa serenidad, comparaba la situacion de su alma á la de un esclavo que desea con an-

sia romper ó desatar sus cadenas, y espera con quietud la llegada de aquel dia que imagina que ha de poner fin á sus pesares, aunque sea por medio del naufragio. Fixa en un instante su determinacion, y descubriendo una calle que se dirige al Támesis, toma aquel camino contentísimo, por parecerle que ya está mas ligero y ménos angustiado.

La misma desesperacion habia hecho que tomase el propio camino un comerciante de aquella ciudad, llamado Kingston: el Lord, y el mercader se encuentran y tropieza uno con otro. No ménos la obscuridad de la noche, que la distraccion, que naciendo de estar agonizando la reflexîon, ponia en claro sus pensamientos, les habia impedido que se viesen uno á otro; cada qual empujó con rabia y con impaciencia al que se le oponia.— ¿*No veis por donde vais*? dixo el

uno: *no Señor*, respondió el otro sécamente: y el primero como sorprendido y con flema, repuso: *pues yo... tampoco*; y ámbos siguiéron adelante.

Embebidos en su tétrico delirio quisieran no separarse de él, y detestan el estorbo que respectivamente se ocasionan: presto advierten que siguen un propio camino, y la presencia del uno ofende al otro, temiendo cada qual un testigo ó un impedimento de sus intenciones, cada uno se esforzaba por evitar la concurrencia del otro. Una propia idea inspiraba á entrámbos unos mismos pensamientos; y apretando el paso para desembarazarse el uno del otro, siguen unas propias calles, dan unos mismos rodeos; y al fin, vuelven á tropezar uno con otro, admirados y llenos de mútua rabia, porque no lograban verse libres.

No podia Milord concebir por qué aquel advenedizo se obstinaba en seguirle, y Kingston por su parte, reparando el relumbron con que brillaba el vestido bordado de su señoría, no imaginaba que este señor pudiese hallarse dominado de un designio igual al suyo: júzganse alternativamente espías: el uno cree que el otro le sigue por disposicion de su vil amigo ó de su dama desleal; y el otro temia hallar allí alguno de sus acreedores: ámbos se hablaban con sequedad, y ámbos se respondian con acritud.

Llegan por fin al puente de Lóndres: Milord corre inmediatamente hácia el petril, y parece que escoge el sitio por donde se ha de arrojar al Támesis, pero no juzgándole bastante alto y profundo, pasa mas adelante. Kingston, que habia hecho el propio reparo, le observa muy

de cerca : llegan al medio del puente, y cada uno hace el mayor esfuerzo por libertarse de su perseguidor ; pero al fin , deseando con ansia verse cada qual solo , se exâsperan ámbos , viendo cada uno que el otro le observa muy parado : mútuamente se acusan de mala crianza y desatencion , y ninguno cree que puede dexar sin castigo la de su observador.

Milord fué el primero que con voz alterada , dixo : "¿Qué es lo que buscais? — ¿Y qué buscais vos?... Yo no he de pasar de aquí. — Ni yo tampoco... ¿Quál es vuestro designio? — ¿Y quál es el vuestro? (replicó con todo el furor de la desesperacion el mercader) ¿acaso no mas que servir de estorbo? Cada pregunta que me haceis , cada paso que dais me priva de un momento precioso, ofende mi libertad, pro-

longa mis angustias, prolonga mi vida... Vos al fin... al fin no he venido aquí para dar á nadie mis quexas, sino para quitarme á mí la vida.

Al decir estas palabras hizo un grande movimiento para arrojarse al rio; pero aunque Milord estaba ideando como executar lo mismo, se asió de él fuertemente, y estorbó que lo executase. Bregaba Kingston, y forcejeaba sin provecho por desasirse de sus brazos; y ya amenazando enfurecido, ya suplicando quasi con lágrimas, instaba para que le dexase en libertad; pero Milord, sin hacer caso ni de sus amenazas, ni de sus ruegos, movido de una secreta curiosidad que le intigaba á querer averiguar la causa de su determinacion, le preguntó qué motivos tenia para querer quitarse la vida, jurando por la fe de leal caballero inglés,

que le dexaria en plena libertad para matarse si las causas que tenia fuesen suficientes, y no ocultándole su firme resolucion de hacer despues lo mismo. Cansado Kingston de los inútiles esfuerzos que habia hecho para desasirse, y hallando grande esperanza de conseguir su deseo en la condicional seguridad que le ofrecia Milord, dexó ya de quexarse de su amistosa violencia, y para justificar su determinacion, le hizo la siguiente relacion de sus motivos.

"Desde la mas alta cumbre de felicidad he caido de repente precipitado al miserable abismo en que me veis, y la memoria de mi pasada dicha acrecenta la cruel dureza de mi presente infortunio. Algunas no esperadas quiebras de casas muy bien acreditadas han puesto mis negocios en tanto desórden, que me han

privado hasta de la esperanza de poder corregirle, dexándome absolutamente incapaz de hacer mis pagamentos y cumplir con mis estipulaciones. Hasta aquí he sido mirado con aprecio y estimacion por toda la gente de comercio: mi integridad, mi honradez, mi inteligencia, mi fidelidad, mi puntualidad, fuéron universalmente estimadas, y yo era nombrado y señalado como un modelo para los demas comerciantes. Mañana quedará mi reputacion perdida para siempre: otros infelices arrastrados á participar de mi infortunio, serán arruinados por efecto de mi desgracia; y mirándome todos como causa de sus desventuras, vendré á ser objeto de la exêcracion, el escarnio y el menosprecio público... ¡Ay Milord! un hombre de bien puede consolarse, puede tolerar la miseria y la infelicidad; ¿pero

cómo tolerará el ser escarnecido y menospreciado? Tolerarlo seria merecerlo."

"Tengo una esposa, que amo tiernamente, y que ha sido hasta aquí el gozo y el consuelo de mi vida: ella y una amada hija, único fruto de nuestro matrimonio, quedan desde ahora en poder de la mas horrorosa miseria: ¿cómo podré yo sacarlas de ella arrastrado á una cárcel, encerrado, y como sepultado en un asqueroso calabozo? habré de llorar estérilmente sus desventuras, y la imposibilidad de libertarlas de ellas completará mi propia ruina.... ¡Ay tierna esposa! ¡Ay malaventurada hija! ¿con qué ojos podré yo ver derramarse aquellas preciosas lágrimas que mis manos no podrán enxugar? ¡Ay Milord! me separé de ellas dexándolas sumergidas en la mas profunda aflicción... mezclando mis lágrimas

con las suyas, temblaba ser forzado á separarme de ellas... y en sus propios brazos formé el proyecto de poner fin á mi intolerable vida, y... me separé de ellas con violencia, baxo el pretexto de ir á tentar nuevos recursos.... ¡Ah, qué recursos! sus sollozos, sus tristes suspiros resonaban en mis oidos aun despues de haberme separado mucho de ellas. No saben... ¡Oh! no saben que aquellos abrazos fuéron los postreros... ¡los postreros que recibirán de mí! no volverán jamas á verme. Procuré inspirarlas la esperanza que yo no tenia: estarán quizá ahora entregadas é ella, y gozarán de una ilusoria tranquilidad... tranquilidad, que se desvanecerá muy en breve. Ahora mismo me figuro qual será su angustia y su terror quando reparen haberse pasado la hora de que yo vuelva... ¿qué será de ellas quando escu-

chen... ¡Ah, Milord! permitid que me liberte de tales reflexiones que me despedazan el corazon."

Esta relacion llenó de terror, espanto, compasion y ternura el alma de Lord D.** Estrechó á Kingston entre sus brazos, diciéndole animado con los mas afectuosos movimientos de humanidad. — No, no morireis, conservareis la vida para consolar una esposa que amais, y para preservar á una hija, que no tiene otro amparo. Doy al cielo las gracias por haberme encontrado con vos, y porque así puedo hacer que abandoneis ese fatal y funesto designio, que no se adapta á vuestra situacion. Las pérdidas de la hacienda no son irreparables: vuestras miserias tendrán pronto y fácil remedio, no son como las mias que no tienen ninguno. Aunque habia venido aquí para qui-

tarme la vida , quiero diferirlo por un momento , que bastará para restablecer vuestra tranquilidad : llevaré así al sepulcro el suave consuelo de haber hecho un venturoso mas... vos sereis el postrero : conservad en la memoria la idea de mi conmiseracion y mi negro destino. Venid , seguidme : vuestra esposa y vuestra hija estan sumergidas en un abismo de pesares , es tiempo de agotar y hacer que se enxugue el manantial de sus llantos : venid , y recibireis lo suficiente para satisfacer á vuestros acreedores , y acudir á vuestras obligaciones. No perdamos tiempo tan precioso para mí : la noche corre á pasos largos hácia su término : ántes que amanezca es necesario poner fin á tus miserias y á mi vida.

Kingston , dividido entre la admiracion y el contento , sin sa-

ber distinguir si soñaba ó estaba despierto, temia que qualquiera accidente le desengañase. Miraba fixamente y con perplexidad á Milord, sin atreverse á determinar cosa alguna, agitado alternativamente por la esperanza y la desesperacion. Instábale Milord porque le siguiese, y aun tiraba de él para arrastrarle como por fuerza consigo. Llevóle hasta su casa: hízole entrar en su escritorio, y abriendo una gabeta puso en sus manos un buen número de billetes de banco de considerable valor.

No pudiendo ya Kingston dudar de su buena ventura, se confundió su espíritu en tanto grado que le dexó mudo, pero su silencio era expresivo y eloqüente. Sentíase su corazon descargado de un intolerable peso, y habiendo estado contraido y como aniquilado por el pesar, parecia

que se ensanchaba y recibia nuevo vigor, respirando su gozo, su gratitud y la de su familia. Fixó los ojos en los beneficios de Milord, acrecentóse su admiracion en el mas alto grado, y pretendió restituirle muchos billetes: una sola parte era suficiente para restaurar todos sus negocios.

El generoso Lord insistió en que guardase el todo, reservando lo que entónces sobrase para recurso en caso de sobrevenirle alguna otra desgracia. "Puede la fortuna (le dixo) perseguiros otra vez, y entónces ya no podré yo socorreros: ni hay como hacer mejor uso de mis tesoros, ni ellos se agotan con eso, ni importaria aunque se agotasen, pues dentro de poco para nada podrán servirme."

Esta última reflexîon afligió sobre manera la tierna gratitud de Kingston, y comenzó á rogar

ahincadamente al cielo, que restableciendo el sosiego en un alma tan generosa, estorbase los efectos de su desesperacion, y la hiciese saborear la dulce felicidad que hacia gozar á los demas: angustiado por la lúgubre idea del designio de Milord, recogió todo su esfuerzo, y le suplicó con vigor que renunciase á tal proyecto.

"Tanta virtud, (decia) tanta conmiseracion, tanta beneficencia, ¿han de haber venido á este mundo para ser su mejor ornato un solo momento?" Instábale que, ó volviese á recoger sus dádivas, ó se resolviese á conservar la vida; porque estaba resuelto á morir él, si moria tan admirable bienhechor. Milord proponia á su alma la memoria de sus obligaciones y la idea de su familia, de cuyos reatos estaba él mismo exênto: Kingston lloraba, y pos-

trado á sus pies, estrechaba sus rodillas.

Miéntras esta patética contextacion desapareció la noche, y presentándose el sol sobre el horizonte, sus rayos llenáron al Lord de pesadumbre, haciéndole que se doliese por haber faltado la obscuridad. Acusaba á Kingston de que le habia hecho perder el mas crítico y oportuno momento.... ¡O benéfica noche (decia) que ibas á cubrir con tu tenebroso manto las iniquas ingratitudes de los mortales! ya desaparecis-te... un dia mas... un dia... una eternidad de las propias congojas... Vos, Kingston, vos me habeis usurpado el momento mas oportuno... — ¿Es posible?... (exclamó este mirándole de un modo extraordinario), yo hubiera gritado... pero lograreis ese momento oportuno: ya no me opongo á vuestra resolucion; mas án-

tes que la efectueis, concededme un nuevo favor, que será para mí mas apreciable que el goce de todos vuestros tesoros. Un dia os pido, Milord, un solo dia; concedédmele, y será el mas delicioso de toda mi vida: permitidme que presente á mi familia su bienhechor: venid y recibid los sinceros agradecimientos de los que todo os lo deben: gozad con migo un momento esta vida, que habeis conservado para mí, y para todos los mios; sed testigo de mi bienaventuranza, y perfeccionadla con vuestra presencia. Vea mi esposa, vea mi hija, vean al que ha conservado la familia y el padre: venid, Milord; el reconocido júbilo de tres corazones, que vuestras larguezas han hecho venturosos, será un espectáculo muy digno de vuestros ojos."

No pudo el Lord D.** resis-

tir á sus ruegos, la demanda de Kingston le acaloraba insensiblemente, tenia tentaciones de reconciliarse con el género humano, y celebraba haber encontrado al fin un alma capaz de agradecimiento, doliéndose de haberla encontrado tan al fin: precipitándose hácia las puertas de su sepulcro, se regocijaba con haber de conocer una familia virtuosa ántes de que descendiese á él. Siguió los pasos de Kingston; pero le intimó un inviolable secreto sobre la irrevocable determinacion en que se hallaba.

La esposa de Kingston Mistriss, Betty y Nancy, su hija habian entretanto pasado la noche entre oraciones y lágrimas: esta virtuosa pareja no habia cesado de implorar el favor del cielo para con la familia y con el padre: rogábale que les diese fuerzas para tolerar sus infortunios, no llo-

raba, no suspiraba por otro remedio, ni aun se atrevia á esperar que le pudiese haber. En tal estado de pesar y de terror, sin recibir mas que los débiles y escasos consuelos de la razon, ven que amanece sin que haya parecido Kingston, y el horror de su situacion se acrecienta con nuevos sustos. Pendientes de los oidos, atendian y escuchaban entregadas al llanto.... Kingston y el Lord D.** se presentan á sus ojos; pero sus ojos no ven sino á Kingston, distraidas por la pesadumbre que no las permitia ver nada extraño: solo anelaban por oir y saber qual era el semblante del destino de Kingston.

Dexándose caer este entre sus brazos: "alegraos (les dixo) alegraos, todas nuestras pérdidas estan remediadas: dad al cielo las gracias, y venerad conmigo de rodillas este ángel tutelar, que

á todos tres nos ha hecho venturosos." Arrojáronse todos á los pies de su bienhechor, no obstante que él se empeñaba en estorbarlo: alarga las manos para levantarlos; mas ellos asidos de ellas, las aprietan contra sus labios, y las riegan con sus lágrimas, con tanta ternura que los ojos de Milord no pudiéron dexar de desatar un dulce torrente de abundante llanto. Nada se oia entónces si no suspiros confusos, acentos no articulados, sollozos é imperfectas palabras, sin coherencia; pero que todas llevaban, sin embargo al corazon la idea del reconocimiento que quisieran expresar — "os debo toda mi familia — ¡benéfico Milord! — Habeis restaurado á mi padre — mi esposo..... ¡Ay Milord!..... generoso Milord."

Conoció entónces el Lord D.** por primera vez el verda-

dero valor de la vida: jamas habia experimentado ni sospechado que pudiese haber momento tan tierno y tan delicioso, y se congratulaba de haber vivido hasta gozar de este placer, que era tan nuevo y extraño para él. Vuelto sobre sí mismo con íntima y secreta satisfaccion conoce que un hombre de bien es bienaventurado al esmerarse en hacer á otros venturosos, y queda suficientemente galardonado de sus beneficios con el solo placer de hacerlos.

Salió Kingston de su primer pasmo y loable atolondramiento, y camina alegre á donde le llaman sus indispensables obligaciones. Por todas partes declara la feliz mutacion de su fortuna: publica ante todo el mundo los beneficios que ha recibido y su cordial gratitud: todos lo celebran, exclaman y se regocijan con él.

Apresurándose, no obstante, por volver á la presencia de Milord, abrebia el establecimiento de sus negocios: la impaciencia le molestaba con desasosiegos, de los quales se redimió muy presto en el seno de su familia.

Estaban todos juntos en derredor de Lord D.**, el qual imaginaba haber sido trasladado á otro mundo, cuyos habitantes le parecian espíritus celestiales; y no se cansaba de admirar á Kingston y á su esposa; pero su hija atraia sus ojos de un modo muy particular, y apénas los fixó en ella, creyó imposible separar de allí sus miradas: las lágrimas que Nancy habia derramado habian hecho mas patéticos sus atractivos, y mas apropósito para poner el corazon en movimiento: las afectuosas y cariñosas expresiones de su gratitud excitaban en el alma de Milord una deliciosa an-

gustia: todo le hablaba, todo le movia á su favor.

No hay cosa que pueda excitar en un corazon noble sensaciones mas deleytables que la presencia de la virtud, avivada por la interposicion de las gracias: las horas se pasaban con increible rapidez, y el dia entero le pareció á Milord un minuto; su propia vida hubiera dado por poderle prolongar. Angustióse su corazon, quando á su pensamiento se le volvió á presentar el fatal momento de su determinacion, y sus ojos, en que habia resplandecido la quietud y la calma, se cubriéron repentinamente de mustia obscuridad.

Kingston, que no cesaba de observarle, conoció en su repentina mutacion el efecto de las melancólicas ideas, que robaban el sosiego á su bienhechor, no se olvidaba de que únicamente ha-

bia pedido y obtenido la dilacion de un solo dia, y aproximándose ya la noche apresuradamente, le reducia al infeliz momento de haberle de perder para siempre. "¡No os he de ver ya mas! (le dixo lanzando un profundo suspiro) y las lágrimas comenzáron á derramarse copiosamente de sus ojos, con tanta fuerza, que no pudo dexar de observarlas su hija Miss Nancy."

Sus miradas llenas de tierna turbacion se dirigiéron inmediatamente hácia Milord, y apénas se recobró algo del violento choque, que sus pasiones habian ocasionado, mirando á todos lados, y no encontrando sino motivos de terror, estaba mostrando quanta necesidad de consuelo tenia su delicadeza. Desasosegado Milord, determinado y temeroso de su propia ternura y flaqueza, se resolvió á recobrar su libertad despidiéndose en este mo-

mento confuso y agitado; pero ella percibiendo quan agitado estaba por la violencia, que asimismo se hacia, exclamó sin poder contenerse.

"¡Mi padre llora amargamente!... ¡Milord se muestra oprimido de íntima turbulencia!... y se despide enternecido!... Hablad decídmelo: ¿qué puede significar la grave desazon que en los dos estoy observando?"

"Significa, ¡Ay hija!... (interrumpió angustiado Kingston) es tanto lo que significa, que no puedo ya tolerarlo: el funesto secreto se escapa de mis labios... No, Milord, no puedo callar mas tiempo. — ¡Betty! ¡Nancy! si supierais... Me visteis la noche pasada, agoviado con el peso de mis desventuras, y reducido á la mas horrenda miseria; pero ignorais el extremo á que me reduxo mi pesadumbre... la negra desespera-

cion me arrastró hácia el Támesis: caminaba... ¡Ay Betty! ¡ay Nancy!

Las dos se extremeciéron, temblando por un peligro que ya no exîstia : dexáronse caer en los brazos de Kingston , y estrechándole afectuosamente en los suyos parecia que se esforzaban para estorbar el horroroso designio que ya habia cesado.

" No teneis que derramar llantos por mí , (prosiguió) no , derramadlos por Milord... me arrancó á mí de las puertas del abismo, pero está determinado á precipitarse en él : se despide de nosotros , y se despide para siempre... ¡Ah! solo se despide de nosotros para ir á entregarse en los brazos de la muerte... Milord.... ó bienhechor mio , la santa providencia os manda que sigais mi exemplo : usó de vuestra benéfica persona para que fuéseis un instrumento suyo para preservar

mi vida, sin duda porque yo tuviese ahora el mismo empleo con vos.. Betty, Nancy, unios á mí, júntense vuestras persuasiones á las mias... ¡Oh, Milord, Milord! atended á unos corazones que rebosan reconocimiento y gratitud; en nombre de vuestros propios beneficios os rogamos que querais vivir. No puede haber mayor felicidad que la que os debemos; pero la renunciamos, quedamos privados de ella si persistís en la horrenda resolucion de destruiros. Acordaos, Milord, acordaos que aun son muchos los beneficios que podeis hacer: aun restan otros muchos desventurados, que claman por vuestro socorro... los entes mas dignos de consideracion, todos los desafortunados os ruegan por mi boca que vivais... ¡Quereis abandonarlos! ¡quereis empañar el lustre de vuestra tierna conmiseracion!"

Estas palabras se pronunciaban con energía, y acompañadas de ardientes lágrimas. Mistries Kingston expresaba en su rostro y su gesto quanto su marido proferia; y Nancy, medio desmayada, le rogaba aun con mas expresiva ternura.

"Si habiais resuelto, decia, quitaros la vida, ¿para qué habeis venido á nuestra casa con tan horrible determinacion? ¡Ah, Milord, no viniérais, hubierais-nos privado de veros!... hubiera yo lamentado la pérdida de nuestro bienhechor, pero la lamentaria á lo ménos... le habria á lo ménos perdido sin conocerle."

Milord entretanto observaba el mas profundo silencio: su íntima pesadumbre perdia poco á poco toda su energía, y ya no se acordaba de la ingratitud del género humano: la imagen de la virtud estaba presente delante de

sus ojos, y la mas suave sensacion ocupaba el lugar que abandonaba la melancolía.

"Aseguraos, (les dixo) tranquilizaos, y estad ciertos de que viviré; es ya obligacion mia, pues me habeis obligado á que mire la vida con amor. ¡O Kingston! yo os restituí á vos mismo, pero vos me habeis restituido al imperio de la razon: me habeis hecho conocer que la amistad de un hombre de bien contrapesa y aun es mas poderosa que el odio de mil malvados. Percibo ya que el cielo ténia determinado que nos redimiésemos y salvásemos mútuamente uno á otro: ábrese delante de mis ojos un nuevo campo, y vuestra aprobacion es quien puede romper sus barreras. Kingston, señora, amigable y celestial familia, adoptadme por vuestro hijo; y vos, Nancy, amable Nancy, dechado de la inocencia

y la perfeccion, favorecedme con vuestro consentimiento.

No pudo decir mas: sus ojos fixos en Nancy parecia que explicaban lo que callaba él, y buscaban en los de la doncella su apetecido retorno y correspondencia: ella baxó temblando los suyos, y nada dixo: tambien Kingston quedó con el pasmo sin poder hablar: todos se miraban afectuosamente y todos callaban: al fin, el mercader rompió el silencio, diciendo:

"¿Me atreveré á creerlo? ¿es posible que Nancy pueda contribuir á vuestra felicidad? ¿y que yo sea tan bienaventurado que encuentre un hijo en mi bienhechor? Este honor no me deslumbra, ni me engrie como engreiría y deslumbraría á tantos otros de mis iguales... Si la belleza puede ponerse en contrapeso de la brillantéz de un alto nacimiento,

si la virtud es bastante para compensar el valor de la opulencia; conozco que os doy un premio real, conozco quales son vuestras ventajas, Milord. Elevad enhorabuena mi hija hasta vuestra esfera, pero no creais que os la entrega la ambicion, recibidla de las manos de la gratitud."

"Nancy se aventaja, (dixo Milord lleno de gozo) se aventaja á quanto soy y á quanto he hecho por vosotros. Nancy, apreciable Nancy, consentid vos en ser mi esposa, dignaos confirmar mi felicidad."

Alzó Nancy los ojos inflamados con el suave fuego del amor, y dirigiéndolos hácia los del Lord D.** como para que interpretasen su respuesta, se dexó caer en el seno de su madre para recatar su gozo, su confusion y su rubor.

Celebrado sin dilacion el ma-

trimonio, Kingston se retiró del comercio; y viviendo juntos el suegro y el yerno, forman una sola familia, notable por sus reiterados actos de beneficencia, y jamas hacen beneficio alguno que no se congratulen uno con otro de su propia preservacion y exístencia, y sin que dén sumisas gracias al cielo por haberlos libertado y hecho dos hombres venturosos de los que eran dos infelices y miserables desesperados.

EL EGIPCIO GENEROSO,

ANECDOTA.

Habiendo una noche consumido un incendio imprevisto la principal mezquita del Cayro, no dexáron los musulmanes de atribuir esta casual desgracia á proyecto premeditado por el odio de los christianos; y sin detenerse en averiguar si una sospecha de tanta gravedad era ó no fundada, muchos mancebos atolondrados que la creyéron segura, se dirigiéron sin demora al barrio de los christianos, y pusiéron fuego en él por via de represalía, venganza ó desquite.

Exceso tamaño y tan perjudicial atolondramiento era acreedor á un gran castigo: prendió el gobierno á los reos, y creyó que todos merecian la muerte;

pero como su número era muy grande no pudo resolverse á sacrificar tantos mancebos, capaces de ser útiles, que aunque habian cometido un gran crímen, habian sido arrastrados á él, mas bien por fogosidad, que por malicia.

Pusiéronse en una caxa tantas cédulas como reos habia, y solo un corto número tenia escrita la pena de muerte: todas las demas solamente condenaban el que las sacase á recibir un determinado, y no excesivo número de palos ó azotes.

Quando todos habian sacado las cédulas de su condena de la fatal caxa, uno de los que habian de morir, prorrumpió en dolorídas exclamaciones y alharidos: "¡Desventurado de mí! ¿de qué me sirve la constancia, si la reflexîon me rasga las entrañas? podria tolerar con firmeza la muer-

te que he merecido, ¿pero cómo toleraré sus conseqüencias? mis ancianos padres, reducidos á la mayor miseria y agoviados con el peso de los años, ¿cómo podrán vivir en faltando yo, que los sostengo con mi sudor? En vez de uno morirémos tres, y los dos no han sido cómplices de mi delito."

"Lástima es esa, (dixo enternecido uno de los reos que estaba junto á él) lástima es muy digna de compasion; pero el destino es ciego y no entiende de razones. Ved aquí yo, que ni tengo padre, ni madre, ni sirvo en este mundo mas que para estar en él, he sacado esta cédula que no me condena mas que á pocos azotes, habiendo cometido el mismo delito que tú: corrijamos el error del destino, cambiemos, toma tú mi cédula, y dame la tuya."

Tan admirable sacrificio pasmó á todos los circunstantes por sí mismo y por el modo y sus motivos; y corriendo con presteza de boca en boca, llegó muy presto á los oidos del Gobernador, el qual, conmovido al enterarse bien del caso, absolvió completamente á entrambos reos, como lo merecian el amor filial del uno y la tierna generosidad del otro.

BLIOMBERIS,

HISTORIA

DE CABALLERIA ANDANTE.

Siempre me han agradado las novelas que recuerdan con gracejo los cuentos de la caballería andante: el valor, el ingenio y las gracias, juntas con el donoso atolondramiento que suele observarse en algunos militares de corta edad, las hace tan semejantes en cierto modo al carácter de las mas amables personas de nuestro tiempo, que parece que estas bagatelas se han inventado para ellos; sin embargo, estos mismos no pueden leer sin fastidio unos libros, que hubieran satisfecho completamente á sus abuelos.

Creo haber descubierto la verdadera causa porque hoy no se aprecian los libros de caballería, aunque esten bien escritos y adornados con todas las riquezas de la imaginacion: la imitacion es el alma de todas las obras de invencion: si los modelos son diversos de las imitaciones; es decir, si se proponen cosas que no se parecen á sus originales: sino exîsten tales originales, ó si los que exîsten son absolutamente diversos en lo mas substancial, no pueden agradar estas invenciones llamadas copias, porque son mas bien banboches que retratos: de aquí me parece que nace el no agradar hoy los libros de caballería.

Ciertamente nuestros oficialitos no cederán los títulos de valientes y enamorados á los antiguos paladines de nuestras doncellas, y no doncellas, son segura-

mente tan bellas, tan graciosas y tan amorosas como las de antaño; pero aquella escrupulosa fidelidad, aquella constancia perdurable, de que á cada página hablan las novelas caballerescas, hacen su lectura insípida por falta de modelos reales. Se pueden perdonar los gigantes, partidos en dos de una sola cuchillada; ¿pero quién podrá tolerar que nos quieran hacer tragar que hubo amantes fieles? Si acaso los hubo alguna vez, estan tan léjos de nosotros y de nuestras costumbres, que con tales ficciones nada se pinta semejante á los originales que vemos: por tanto se desprecian y arrojan unos libros que no parecen hechos para nosotros.

Sin embargo, aunque me exponga á que me mofen, quiero por esta vez seguir lo que me agrada y contar la añeja historia de un caballero de la tabla redon-

da: aquí se hallarán como en todas sus crónicas, batallas, amoríos y aventuras: no pretendo enseñar nada nuevo: en punto de mentiras todo está dicho; pero aun es posible variar el modo de referir las mismas mentiras.

Reynaba en Francia Faramundo, que habia sujetado con las armas todos sus paises comarcanos. La hermosa Rosimunda era su compañera en el trono, y la estimaba mas que su misma gloria militar. Despues de quarenta años de victorias habia llegado á conocer el Monarca francés que no son las conquistas el santuario donde se halla la felicidad; y por tanto, quieto y sosegado en Tournai, que era su capital, no se ocupaba sino en hacer venturosos á sus pueblos, á su esposa y á sus hijos.

El príncipe Clodion, su hijo, aun no bien habia cumplido diez y seis años, y ya era señalado por

muy notables hazañas; como que acostumbrado desde su niñez al manejo de las armas, habia aprendido á combatir al lado de Faramundo. El nombre de su padre, la vasta extension del pais en que habia de reynar algun dia su valentía, su gallarda presencia, y sobre la continua adulacion de los cortesanos, habian inspirado á este mancebo una excesiva y extrema vanidad: tan venturoso en amores como Faramundo en las armas, habia vencido tantas hermosas doncellas, como ciudades habia conquistado su padre; y muy satisfecho de su buena figura, de su riqueza, de su gloria y de su alto nacimiento, era el príncipe mas hermoso de todo el pais, y el mas presumido y mas atolondrado de los caballeros de su tiempo.

Su hermana, la bellísima Felicia, no tenia quince años, y era

ya mas hermosa que su misma madre; pero esta era la menor de sus buenas partes: parecia que menospreciaba los dotes que habia recibido de la naturaleza para adquirir por sí misma otros aun mas dignos de estimacion: cultivaba su ingenio por gusto, y no con deseo de parecer instruida: suave y modesta jamas se acordaba de que era princesa, sino quando el serlo podia contribuir para hacer bien: aun estaba en la edad que puede contarse como parte de la niñez, y ya era el refugio de los infelices, el ídolo de su padre, la delicia de los que trataban con ella, y el objeto del respeto, y del amor de todos los caballeros.

La pequeña Bretaña, que estaba dividida en muchos reynos, era tributaria de Faramundo: el reyno de Gannes era gobernado por el Rey Boort, ó por mejor

decir, por sus cortesanos; y como los príncipes débiles quasi siempre son crueles, Boort se habia acreditado de tal, quitando la vida á su hija Arlinda, por haberla dado á Bliomberis. Enamorada esta princesa, no habia sabido resistir al amor de Palamedes, uno de los mas famosos caballeros de su tiempo: su flaqueza la costó la vida, porque el implacable Boort la hizo arrojar en un pozo; sin embargo de que consintió en que se criase el hijo de tan desventurada madre.

Bliomberis, privado de su madre desde que nació, y desconocido de su padre, á quien jamas habia visto; se crió en la corte del Rey Boort: su educacion sin embargo no fué muy esmerada: el pais de Gannes era medio bárbaro: en todo el reyno eran muy pocos los sabios que se hacian famosos por saber leer; y á Bliom-

beris apénas le habian enseñado esta gran habilidad. Habia llegado ya á los diez y siete años sin saber otra cosa que disparar flechas, exercicio en que era muy diestro; porque le habia aprendido por sí propio: era bien formado, de una fisonomía mas bien agradable que hermosa: su ayre era noble y franco, su corazon tierno, como que era hijo del amor, y su talento tanto mas exâcto quanto nadie se habia esmerado en hacerle tal.

Muy presto supo Bliomberis la desventura de su madre, y el nombre de Palamedes, su padre, nombre famoso que hacia temblar á toda la corte del Rey de Gannes. El temor de que este héroe volviese allí era la única causa del miramiento con que su hijo era tratado; mas este mismo miramiento era importuno para Bliomberis, que estaba fastidiado de vi-

vir con los barones Ganneses, que para nada eran buenos, ni aun para lidiar: las baronesas procuraban distraerle; pero lo procuraban en vano, habia conocido muy presto que aunque sabian de amores, ignoraban su lenguage, y su corazon menospreciaba todo amor que no sabe hablar su idioma.

Huyendo de tanto fastidio se retiró á la soledad: habitaba solamente en los bosques, donde exercitaba su destreza en los ciervos y en las aves: la caza le hizo enemigo de los hombres, y esta enemistad un sabio; no tenia mas que diez y ocho años, pero sus reflexiones y la felicidad de no haber sido adulado jamas valian para él mas que treinta años de experiencia.

El Rey Boort tenia un hijo que no se parecia á su padre: Lionel habia merecido por sus hazañas ser admitido en la tabla redonda:

á su vuelta de Inglaterra se indignó del tributo que Faramundo exígia, y consultando mas bien su valentía, que la prudencia, empeñó á su inhábil padre á que declarase la guerra al monarca francés.

Faramundo no creyó que era necesaria su persona para sujetar á su obediencia un pueblo tantas veces vencido; y queriendo dar á su hijo el gusto de determinar por sí solo esta guerra, le nombró por su general.

Contentísimo Clodion abrazó á su padre, jurándole que ántes de un mes haria su entrada en Tournai en un carro, del qual tirarian Boort y su hijo: repartió entre sus cortesanos el reyno que iba á conquistar: pasó cinco ó seis veces revista á su exército; y caminando á marchas forzadas, en ménos de quince dias llegó á las fronteras del pais de Gannes.

Esperábale Lionel y sobre la marcha se trabó la batalla, que fué larga y sangrienta: Clodion hizo prodigios de valor, pero su fogosidad y su misma valentía le arrojaban acometer graves desaciertos. Bliomberis no se apartaba del lado de Lionel: era la primera batalla que veia; pero ni un solo instante perdió aquella flema y sangre fria, que caracteriza el verdadero valor. Sin embargo sus esfuerzos y los de Lionel no hubieran sido capaces de arrancar la victoria á las aguerridas tropas de Faramundo. Ya Clodion, abandonándose á la impetuosidad de su carácter habia roto el centro del exército contrario. Lionel acude á oponerse á este príncipe, y trabando con él un combate cuerpo á cuerpo, dexa sus gentes sin general que les mande.

El teniente de Clodion, sol-

dado veterano, encanecido en las batallas, se aprovecha de momento tan oportuno: junta diferentes cuerpos, hace la señal para un acometimiento general, y bien seguro del éxîto de su disposicion, camina con un ayre victorioso. Lionel estaba ocupado con Clodion y los Ganneses, que no tenian quien los dirigiese, se cuentan por perdidos, y comienzan á desordenarse.

Bliomberis, el jóven Bliomberis, conoce el peligro y le estorva: dexa su espada, y tomando el arco, aquel arma que en sus manos era siempre mortal, escoge su mejor flecha, apunta al general francés, y le atraviesa por aquella pequeña parte que dexa desarmada la coraza. Cae el antiguo guerrero, se detienen sus tropas y se agabillan al derredor de él. Mas pronto que un rayo Bliomberis, se pone á la frente

de sus esquadrones, se arroja con ímpetu sobre los franceses, los rompe, los dispersa, y llena el campo de muertos, heridos y fugitivos.

Abandonado Clodion de los suyos, tiembla de vergüenza y de rabia, tira un golpe tremendo á Lionel, y atrevesando el exército victorioso, huye, pero huye como héroe, por el lado opuesto á su exército derrotado.

Bliomberis no se dexó deslumbrar por la victoria, ni quiso empeñarse en perseguir á los vencidos: ocupado en contener sus tropas, y en impedir el desórden, que tantas veces transforma en derrotar las victorias, hizo ver en este dia famoso que al valor de soldado sabia unir los talentos de general. Dentro de poco volvió á parecer Lionel, y completó la gloria de tan venturosa faccion.

No se ocupó entónces Bliomberis en otra cosa que en impedir la carnicería: hizo que se respetasen los prisioneros, y los trató con dulzura y nobleza: y como el silvido de las flechas, y estruendo de las armas no le habian asustado durante el combate, así los laureles que habia grangeado, los gritos de la victoria y las aclamaciones de los soldados, tampoco le hiciéron que saliese ni un instante de aquella serena tranquilidad que ofrece la interior satisfaccion: nada era importante para él, sino la felicidad de haber servido bien á su pais.

Entretanto el fogoso Clodion, no pudiendo tolerar la vergüenza de haber sido derrotado la primera vez que habia mandado un exército; corria por los campos dudoso, y sin saber que hacerse. Su vanidad habia recibido un desayre intolerable; y no se

atrevia á presentarse en Tournai, despues de haber distribuido el pais enemigo, y de haber mandado fabricar el carro triunfal de que habia ofrecido que tirarian Boort y Lionel: resuelto á no presentarse á su padre hasta que hubiese hecho olvidar su bochorno á fuerza de victorias, se embarcó para Inglaterra, dándose prisa á buscar aventuras y laureles.

Miéntras él iba á presentar su atolondramiento y su valentía á la corte de Artus, Faramundo fué informado de su derrota; y como no estaba acostumbrado á semejantes noticias, se preparó al momento para la venganza, armándose con aquella espada que habia quitado la vida y el reyno á tantos reyes; y juntando sus invencibles veteranos, se puso con ellos en marcha contra la pequeña Bretaña.

Poseidos los franceses de la impaciencia con que deseaban vengar la mala suerte de sus hermanos, llevaban á fuego y á sangre los estados del Rey de Gannes. Lionel, embriagado con su reciente prosperidad, determinó acometer al enemigo. Bliomberis era de parecer de que se atrincherasen y le aguardasen con firmeza; pero se siguió el dictámen del General, y las tropas recibiéron la órden de prepararse para la batalla.

Esta no estuvo indecisa ni un momento: todos huian donde se dexaba ver Faramundo, y derrotados los Ganneses, arrastráron en su derrota á su General. Bliomberis, despues de haber obrado prodigios de valentía, hacia todos los esfuerzos posibles por libertar un cuerpo de tropas, que estaba á sus órdenes, pero el Rey vino á combatirle personal-

mente : apénas los soldados de Bliomberis percibiéron las flores de lis que Faramundo llevaba en el escudo, se apoderó de ellos un terror irresistible: se dispersáron, y Bliomberis quedó solo y rodeado de enemigos. "Ríndete, (le dixo Faramundo) yo soy quien te pide la espada." No quiso Bliomberis recurrir á bravatas inútiles, y entregando la espada al Monarca, le siguió á su campo.

Pocos dias bastáron á Faramundo para apoderarse de todo el pais de Gannes : hizo pagar los gastos de la guerra al Rey Boort, puso guarnicion en su capital, y se llevó en rehenes á Bliomberis. Despues de finalizada así su expedicion, mandó el Monarca que por toda la pequeña Bretaña se buscase á su hijo Clodion ; mas todas las investigaciones fuéron sin provecho: su padre afligido volvió á tomar el ca-

mino de Tournai, y Bliomberis tuvo que seguirle.

Al llegar á su corte Faramundo encontró el mayor gozo apoderado de todos los corazones por las nuevas de sus victorias, que le habian precedido. Rosimunda y Felicia le saliéron al encuentro en medio de un numeroso pueblo, que celebraba la vuelta de su amado Rey: esperaba la madre ver á su hijo, y los laureles de su esposo no fuéron bastantes para contener sus lágrimas quando supo que se ignoraba su paradero: Felicia tenia tanta parte en su dolor, que al besar las victoriosas manos de su padre las regaba con amargo llanto.

Bliomberis estuvo presente á esta tierna escena, y tuvo mucho pesar de haber sido primera causa de las lágrimas de Felicia. Su belleza le ocasionaba una sen-

sacion que era para él nueva y desconocida ; por mas que apartaba los ojos de ella , sus ojos, mal de su grado , se volvian hácia Felicia. El cauto , el prudente Bliomberis no sabia ya donde estaba, quando Faramundo le presentó á Rosimunda y á su hija, como un prisionero digno de respeto por su valentía : " tomando despues una espada , os servis de ella tan bien , (le dixo) que es forzoso volverosla: el interés del estado se opone á vuestra libertad ; pero nada os ha de retener aquí si no vuestra palabra." Dió Bliomberis las gracias al Rey, y se las dió turbado y como temblando porque Felicia le miraba.

Muy presto conoció el prisionero que á tan grande belleza unia esta princesa los atractivos del corazon mas recto , el alma mas tierna y el ingenio mas bien cultivado , descubrimiento

que le inflamó mucho mas; pero la primera vez que amamos tememos tanto, que nuestro amor parezca un crímen, y esperamos tan poco ser correspondidos, que el doloroso placer de arder y callar le tenemos por nuestra suprema ventura.

Bliomberis se entregaba temblando á este placer: ¡qué terrible habitacion era para él la corte de Faramundo! Un hombre nuevo, que sin haber salido jamas de Gannes habia pasado en medio de los bosques una parte de su vida, se veia ahora colocado en la corte mas brillante del universo, y osaba poner su amor en la hija del mas poderoso de los Monarcas, en la que desechaba con desdén los deseos de una multitud de príncipes. ¿Era posible que se lisongease de ser preferido á ellos; él, que era hijo desconocido de un sim-

ple caballero; él, que era causa infeliz de la muerte y del oprobrio de su madre; él, en fin, cuyos talentos, cuyos secretos, cuyos auxîlios para agradar estaban reducidos á saber amar.

Estas reflexîones eran de sumo peso, y debian apartar de tal amor á un amante juicioso, pero Bliomberis habia dexado de serlo. Hízose á sí mismo cargo de todas estas razones; y despues de haberse convencido que el camino en que iba á entrar era el de su perpetua infelicidad; despues que no le quedó duda de que la razon le mandaba ahogar para siempre su amor; tomó la resolucion final de entregarse á él mas y mas, y de pasar los dias y las noches en adquirir las prendas que le faltaban.

Desde este instante Bliomberis procuró con incesante estudio adquirir aquella palidéz, aquel

uso de mundo, que hace tolerables á los mayores necios: dentro de poco habia ya cobrado aquellas exterioridades tan vanas como celebradas: añadió á estas otras gracias mas sólidas: adornó su ingenio, y adquirió habilidades: su maestro era el amor, que es el preceptor que mas adelanta á sus discípulos: en ménos de un año Bliomberis era el caballero mas pulido y mas amable de toda la corte.

Felicia, que habia reparado en Bliomberis desde el primer dia que le vió, adivinó muy presto su secreto: la ménos *coqueta* de las mugeres, sabe si alguno está enamorado de ella bastante tiempo ántes que lo conozca el mismo enamorado. La pasion silvestre, digámoslo así, de este mancebo, habia lisonjeado á la princesa; pero luego que el silvestre amante se pulió á sí mis-

mo, luego que estuvo bien asegurada de que solo por ella era por quien Bliomberis se habia dedicado á tan gran trabajo; la tímida Felicia comenzó á preguntarse á sí misma, qué era lo que debia hacer: el resultado de esta consulta fué que podia sin escrúpulo ser reconocida á los esmeros de Bliomberis: este reconocimiento fué dentro de poco amistad, y la amistad ántes de tres meses era ya amor: la juiciosa princesa no estaba aun bien asegurada de que así fuese; pero la razon la aconsejaba que no diese oidos á las persuasiones de su corazon.

Quando una princesa se ve obligada á escoger entre lo que inspira su corazon y lo que su razon dicta, la eleccion suele ser tardía, pero jamas es dudosa. Felicia se dexó arrastrar del encanto con que la atraia su corazon:

recibió un billete de Bliomberis, y un billete de amor es un talisman ó un hechizo que destruye todas las resoluciones de la razon. Felicia respondió á Bliomberis, rogándole no que la volviese á escribir; y Bliomberis escribió segunda vez, suplicándola que le permitiese escribirla; y luego que se concedió este permiso, no fué ya necesario, porque desde entónces se habláron.

Vosotros los que habeis amado no habreis olvidado sin duda quan dulces son estos primeros momentos de una pasion correspondida: cada dia, cada hora tiene un nuevo interés: hoy le hace venturoso una simple mirada, mañana quiere mas, pretende y obtiene: al otro dia riñen los dos, y al reconciliarse se hallan mas adelantados que ántes de la riña. ¡Qué breves se pasan estos dias felices, que suelen lla-

marse tiempo de pretension y de penas! ¡O amor! si es permitido echarte ménos, no es tanto por tus últimos contentamientos, como por tus primeros favores.

Un dia que la hermosa Felicia habia ido á dar un paseo á un bosque cerca de la ciudad, hizo que su comitiva se quedase á la entrada de él, y se internó sola en lo mas intrincado de su espesura, pensando en Bliomberis: habia un año entero que se habian jurado un amor mútuo y eterno, y vivir y morir uno para otro: estaba Felicia volviendo á leer una carta en que Bliomberis repetia mil veces tan dulce juramento, y creia ver realmente á su amante; y oirle que pronunciaba las palabras que allí habia escrito, con cuya ilusion estaba tan suavemente embriagada, que sin reparar en ello daba mil besos á la carta: en esto estaba

quando vió de repente un feroz javalí, que viniéndose derecho hácia ella, se abalanzaba con furia... ¡Ah Bliomberis! ¿dónde te hallas?

No estaba muy léjos: habia ido ántes que Felicia, y oculto entre los árboles se gozaba en silencio con el dulcísimo deleyte de verla y oirla pensar en él. Ve el monstruo, y corre contra él sin demora: le espera el javalí, y le hace una herida que fué leve, porque en el mismo instante le atravesó el diestro Bliomberis. Temblaba Felicia, viendo que la sangre de entrambos matizaba la yerba; temblaba, y fixos los ojos en su amante palpitaba su corazon, y su rostro habia perdido toda la frescura de su color; pero un momento bastó para disipar su temor: Bliomberis se apartó, tomó una flecha y atravesó el corazon del enfurecido

animal, todo con tal prontitud, que apénas podian distinguirse los movimientos.

Corre Felicia á donde está su libertador, le hace sentar á su lado, y que descanse la cabeza sobre su pecho, poniéndose á curarle la herida. No era esta penetrante, y recogiendo las primeras yerbas vulnerarias que la ofrece el acaso, exprime sobre ella su xugo, y no se interrumpe su esmero, sino por las caricias que le inspira, ó el pasado peligro, ó el ardor del venturoso herido.

Apénas hubo acabado de poner el primer aparejo á la herida, teniéndole siempre entre sus brazos, le miraba de un modo que parecia preguntarle como podria pagarle tan gran servicio; mirábala tambien él y suspiraba: el acaso les instruyó aun mejor que su mismo deseo.

Pasó por enfrente de ellos una tortolilla volando á mas no poder; y procurando libertarse de un milano que la perseguia, hubiérala sin embargo deborado si el macho no se hubiese arrojado precipitadamente entre las garras del feroz perseguidor, que dexándola y volviéndose á él, hizo presa del infeliz esposo: Bliomberis en tanto habia preparado una flecha, la dispara, y cae atravesado el cruel salteador de los ayres, quedando indemne y libre el generoso esposo de la tortolilla.

Apénas se vió este libre, se puso sobre un arbolillo muy cerca de Bliomberis y de Felicia: su fiel compañera vuela y se coloca á su lado; arrulla, le acaricia, compone con su pico las plumas que habian desordenado las garras del milano; alisa las suyas propias; bate las alas al derre-

dor de su esposo, y correspondiéndola este con ternura dan ámbos pruebas manifiestas de que el amor tiene mayor vehemencia que el mas poderoso susto.

Bliomberis y Felicia, esposos no ménos tiernos que aquellas inocentes avecillas, se hallaban en sus mismas circunstancias: la soledad y el exemplo diéron eficacia al ardor del esposo, y al reconocimiento de la esposa..... Este bosque, esta misma calle, fué de allí adelante el lugar donde á menudo se veian estos afectuosos amantes, y el amor que los protegia, cuidó de que nadie sospechase su buena ventura. ¿Pero qué felicidad hay en esta vida que sea muy durable?

Dos años habian pasado sin hacer cada uno otra cosa que pensar en el otro: los meses se les deleznaban como los dias, y los dias les parecian instantes: el que

es amado envegece sin repararlo. Felicia habia cumplido ya diez y ocho años, y el Rey su padre la hizo saber que era ya forzoso que escogiese un esposo entre los muchos Príncipes que aspiraban á su mano.

¡Qué novedad para Felicia! caminó al bosque para consultar en su soledad la respuesta: no se dudará que allí la esperaba el que la habia de decir su dictámen. "Ya se acabó el tiempo de la felicidad, (le dixo Felicia) tú no puedes pretender en público mi mano; yo no debo resistir, ni puedo obedecer á mi padre. Partamos, pues, huyamos juntos; el amor cuidará de nosotros."

Bliomberis, regando con sus lágrimas el hermoso rostro de Felicia, la declaró que la fuga era imposible, pues él estaba prisionero baxo su palabra de honor; "pero si ganamos tiempo,

(añadió) espero hacerme digno de pretenderos. Soy hijo de Palamedes, y este nombre es respetado hasta de Faramundo: mi madre era hija de un Rey, mi padre desciende de los soberanos de Babilonia. Buscaré á mi padre, me reconocerá; él mismo os pedirá á Faramundo para mí, y si es necesario poseer un reyno para obtener á Felicia, nada es imposible al valor de Palamedes y al amor de Bliomberis."

Al pronunciar estas palabras centelleaba en sus ojos el fuego de la mas determinada valentía. La esperanza entra tan fácilmente en los corazones enamorados, que Felicia y Bliomberis se entregáron enteramente á ella, sin reparar en la extravagancia, y quasi imposibilidad de sus proyectos. Decidióse que la princesa haria que se juntasen todos los que pretendian su mano, y

les declararia que aquel que pasados dos años se presentase mas colmado de gloria, adquirida por él mismo en este término, ese seria el que ella escogiese.

Luego que Faramundo supo la resolucion de su hija, la aprobó de buena voluntad, como que tanto coincidia con sus propias ideas. Súpose en toda Francia el precio de la mano de Felicia, y todos los caballeros de sangre Real abandonáron la corte para prepararse á merecerla.

Bliomberis se aprovechó de esta ocasion para pedir su libertad, la qual le fué concedida sin reparo, habiendo sido Felicia la que se encargó de una comision tan triste para ella. ¡Quánto dolor costó á entrambos esta despedida! ¡con quánta angustia pronunciáron la palabra *á Dios*, tan terrible para los amantes! se miraban, callaban y lloraban: se

decian mútuamente que no llorasen, y un torrente de lágrimas les impedia que acabasen de decirlo. En vano expresaban que para no volverse á separar jamas, iban á separarse por poco tiempo. ¡Vana esperanza! dos años no son poco tiempo, sino para los que los pasan juntos: quando son el término de volverse á ver, parecen mas largos que toda una vida. Al fin, era forzoso separarse y se separáron: Bliomberis al partir se puso en fuga, sin atreverse á volver el rostro.

Obligada la Princesa á ocultar su dolor delante de las damas de su corte, se encierra en su gabinete, llora, se aflige, lee las cartas de su esposo, las vuelve á leer desde la primera, y vuelve á caer en la mas mustia aflicion. "Ya no me escribirá, (exclama) ¡quizá habrá sido hoy la postrera vez que le abrazo! esta idea pone

el colmo á su dolor; su imaginacion exâgera los peligros que amenazan á Bliomberis.... los que le hará á él buscar y aumentar el deseo de merecerla: como sino estuviera rodeada de bastantes males, se aflige con muchos otros que solo exîsten en su temor.

Inconsolable Bliomberis dexaba correr su caballo á la ventura. Este caballo le habia sido regalado por Felicia, que le habia hecho traer de la Iberia, y era muy digno de ser ofrecido á la osadía por las manos del amor. Negro como el azabache, hacia que luciese mas una estrella blanca, que tenia en medio de la frente; mas ligero que un ave galopeaba, sin dexar conocer su huella en la arena. Felicia habia usado de él algunas veces, y le habia puesto el nombre de Ebano. Ebano, quizá por efecto de la electricidad del amor, que todo

lo aproxîma á su objeto, conocia y amaba á Bliomberis.

Al atravesar este una gran floresta, creyendo que era demasiada la prisa que se daba para apartarse de su amada, se detuvo y se apeó; y dexando pacer libremente al leal Ebano, fué á sentarse al pie de un árbol, á la orilla de un arroyuelo, donde se puso á repasar en su memoria quanto le habia acontecido en los últimos años.

En asuntos de amor son las reflexîones muy inútiles: todo viene á parar en obrar como sino se hubiera reflexîonado; y así son por lo ménos tiempo perdido. Bliomberis gustaba de perderle: lloró, se consoló, esperó y perdió la esperanza.

Quando estaba embebecido en estas alternadas y contrarias pruebas de lo intenso de su amor, vió venir hácia él un caballero

que apénas reparó en él, echando pie á tierra, corre hácia Bliomberis y le abraza. Era el valiente Lionel: "en busca vuestra iba, le dixo, y á entregaros una carta de Palamedes.—¡O cielos! ¿Le habeis visto? (exclamó Bliomberis)" — Sí, volvió á Gannes, creyendo encontrar á su amada y leal Arlinda. Inconsolable por su pérdida desafió al Rey mi padre, y á la primera lanzada le quitó la vida: quise yo vengar su muerte, pero el terrible Palamedes me venció, y por ley del combate me ha mandado que venga en persona á entregaros este billete.

En él se escusaba Palamedes con su hijo de no haber podido en cerca de veinte años venir á buscar á su desventurada madre: quasi todo este tiempo le habia tenido encerrado en una prision el Rey de Aquitania: aseguraba á Bliomberis de su ternura, y le

mandaba que sin demora fuese á buscarle á la corte del Rey Artus. Bliomberis encendido de nuevo con el deseo de hallar á su padre, se despidió de Lionel: corrió al mas cercano puerto, y se embarcó para Inglaterra.

Llegando á aquel reyno, tomó el camino de la capital de Artus; y quando atrevesaba la famosa floresta de Brocelianda, percibió una dama, que á toda la carrera de su hacanea, huia de un caballero que la perseguia, y estaba ya para alcanzarla. Corre Bliomberis á él, y agarrando las riendas de su caballo: "Detente (le dixo), seas quien fueres, si eres caballero: el terror de esta cuitada doncella me hace conocer que tu violencia es la ocasion de su cuita. Donde quiera que yo me hallare, el ménos fuerte puede estar seguro de que tiene un defensor. — "¿Y quién te

mete á tí en mis cosas, replicó el feroz Brehus? yo castigaré tu osadía, y te enseñaré á no servir de estorvo á los caballeros que persiguen á las que huyen de ellos.

A estas palabras Brehus, poniendo en ristre su tremendo lanzon, arremetió con inmensa furia á Bliomberis, el qual logró evitar el bote, y alcanzando una cuchillada en la cabeza de Brehus, se la hizo doblar hasta el cuello de su caballo. Enfurecido por haber sido herido, sin lograr tocar siquiera á su contrario, arroja la lanza Brehus, y apretando con las dos manos un monstruoso sable, alzándose sobre los estrivos, vuelve contra Bliomberis, blasfemando los nombres de todos sus dioses. Entretanto Bliomberis, que solo invocaba en silencio á Felicia, reparando que por aquella violenta postura, quedaba su ene-

migo desarmado y descubierto por debaxo del brazo, huyendo diestramente del furioso sablazo, le introduxo su espada hasta la guarnicion. Brehus dando un grito tan terrible como un bramido, cae, se rebuelca y espira.

En este momento vió Bliomberis que á toda brida llegaba un caballero cubierto de brillantes armas y acompañado de la dama, á quien habia libertado. Venia este caballero con la lanza en ristre, y la visera calada; mas luego que vió tendido á Brehus, baxándose del caballo, vino á dar las gracias á Bliomberis. "El bárbaro á quien habeis quitado la vida (le dixo la señora), intentó hacerme violencia, porque me encontró léjos de mi caballero, que se habia detenido en el pilar de Merlin: luego que os ví comenzar el combate, corrí al pilar, y este corto tiempo os ha

bastado para libertar á la Inglaterra de un malandrin, indigno del nombre de caballero. Este que veis conmigo es Percevál de Gales, y yo Blancaflor, su muy amada, jamas olvidarémos los dos lo que debemos á vuestra bizarría."

Contentísimo Bliomberis de conocer un caballero tan ilustre como Percevál, le suplicó que le guiase á la corte de Artus. "No os dexaré jamas (le dixo este); habeis hoy adquirido derechos eternos sobre mi corazon." Los nuevos amigos se abrazáron, y volviéron á tomar el camino de Cramalot, capital del reyno de Artus.

Durante el camino, Bliomberis instruyó á Percevál del asunto de su viage, y le pidió noticias de Palamedes; pero el Galés no pudo satisfacerle: habia oido hablar mucho de aquel héroe,

mas nunca habia concurrido con él. Resolvió buscarle igualmente que Bliomberis, el qual le confió lo mucho que le importaba: por esto Percevál le amó con mas vehemencia, y le juró fraternidad de armas, ofreciéndole hacer el viage de Francia luego que pasasen los dos años para informar boca á boca á Faramundo de las expediciones, aventuras y hazañas de que hubiese sido testigo. Blancaflor, que tenia el corazon muy tierno, y anelaba por la buenaventura de todos los enamorados, deseaba ardientemente conocer á Felicia. "¡Que no esté aquí! (decia) ¡viajaríamos los quatro en compañía! ¡qué camino tan delicioso! para hacerle que se prolongase mas, correriamos de un cabo á otro del mundo.

Miéntras así se desahogaba la apasionada señora, viéron un caballero, que venia hácia ellos

con la brida baxa: sus armas, cubiertas de polvo, no relumbraban al sol, y su caballo fatigado, con los hijares despedazados por las espuelas, parecia que se iba á caer de cansancio; sin embargo el caballero le apresuraba cada vez mas. Quando emparejó con Bliomberis. "Despachate (le dixo), desmóntate, dame ese caballo, y toma el mio: tengo mucha prisa; no me hagas esperar mas." Bliomberis y Percevál se miráron sonriéndose, y el desconocido caballero, irritado de verlos reir, gritó con una voz de trueno: "si mis palabras no son bastantes para que obedezcais, mi lanza será sin duda mejor atendida: pensad en defenderos, y acometedme uno á uno, ó juntos los dos: para mí importa poco.

El altanero Percevál quiso sobre la marcha echar mano á la

espada, y castigar á tan temerario agresor, pero Bliomberis le hizo presente que la funcion era suya, pues con él habia hablado aquel mal parado caballero; y puesta en ristre la lanza, partió á galope, y con tal violencia dió el primer bote al incógnito, que le arrojó á él y á su caballo á mas de veinte pasos, rodando por la arena.

Nuestro héroe, tan humano como valiente, se arrojó al instante á socorrerle; pero la caida habia dexado tan aturdido al caballero, que se quedó sin movimiento.

Bliomberis le quitó el capacete para que respirara con desahogo; y sentándose sobre un cesped mullido, le franqueó quantos socorros pudo con tanto ardor, que aun él mismo se maravillaba: Blancaflor le ayudaba en los esmeros, con que atendia al caba-

llero vencido, y entretanto expresó Percevál que no podia perdonarle su orgullo, decia, que debia haber pagado aun mas caras sus extravagancias.

Bliomberis, arrastrado de una desconocida fuerza sobrenatural, buscaba medios para lograr que volviera en su acuerdo, quando por debaxo de la coraza le vió caer una carta cuyo sobrescrito decia: *Al Príncipe Clodion.*

Apénas leyó estas palabras, quando detestando su victoria no quiso apartarse del hermano de su señora, corre á buscar agua en su capacete; y ayudado despues por Percevál y por Blancaflor, consiguió por fin que el triste Clodion se restableciese en sus sentidos. Apénas hubo vuelto en sí, exclamó en tono dolorido: "¡Ah, esta desgracia hace que falte á la cita! — ¡Ay, Príncipe!

(exclamó Bliomberis) estais con el mejor de vuestros amigos, y yo pronto para hacer lo que mandareis, deseoso de reparar el perjuicio que os he ocasionado." Clodion le dió muchas gracias, y Blancaflor preguntó al príncipe francés qué motivo habia tenido para acometer á dos caballeros que no le provocaban.

Clódion, volviéndose hácia ella, olvidó todos sus dolores al mirarla, y la dixo: vos, señora, disculpareis mi imprudencia quando sepais que su causa fué el amor: dignaos de escuchar mi aventura, y tendreis lástima de mi infelicidad. Entónces el bello Clodion con una voz débil, y un tono algo confuso, comenzó así su relacion:

"Habrá quatro meses que me hallé en un tornéo, cuyo premio desdeñé, porque los concurrentes no me pareciéron dignos de

mi valor. Sentado entre las señoras, que miraban las justas, esperaba que alguno de los mantenedores quedase vencedor de todos los otros para ir á privarle con una lanzada de toda su gloria y de todas sus coronas; pero me estaba acechando el amor, y me venció sin combatir."

"Una doncella, llamada Celina, me forzó á fixar los ojos en su belleza luego que la hube mirado: me aproximé á ella, la hablé: su dulzura, su gracia, su modestia acabáron de perfeccionar la conquista que habia comenzado su hermosura. No me separé de ella los tres dias que duró el tornéo, y no tengo escrúpulo en deciros que desde el segundo tenia ella tanto contento como yo mismo."

"Instruyóme Celina de su nacimiento y de su suerte: soy (me

dixo) hija del duque de Suffolk, y quedé sin padres desde mi niñéz, heredera de todos sus bienes; pero la ley me ha dado por tutor un primo lejano, que está empeñado en ser mi esposo. Este hombre que aborrezco se llama Brunor, que es el caballero que veis en la arena. Este me lleva consigo contra mi voluntad, y desde mañana me volverá á llevar á un terrible castillo, donde estoy condenada á pasar mis desventurados dias con Brunor, y un amigo suyo, llamado Denain, que ni se aparta jamas de él, ni es mas amable que él mismo."

"Esta relacion bastaba para darme deseos de libertar á Celina de Brunor. Sobre la marcha medité un proyecto para tener entrada en el castillo de los dos amigos: me abalanzo al circo, y desafio al feroz Brunor. Apénas me sentí movido por el bote de

su lanza, pero me dexé caer del caballo, y fingí estar como desmayado por el grande golpe; y volviendo sin dificultad al uso de mis sentidos, le dixe con voz apagada: señor Caballero, necesito algunos auxílios, soy aquí forastero y á nadie conozco en este reyno: vuestro valor es para mí un seguro fiador de vuestra cortesía, y me dirijo á mi propio vencedor, suplicándole que cuide de mi vida."

"Envanecido Brunor con su victoria, y no ménos con mi confianza, me aseguró con dignidad; y consultando con su amigo Denain, conviniéron los dos en que no podian dexar de hacerme llevar á su castillo para que me restableciese allí de la caida."

Llegamos por fin al castillo, que á todos era inaccesible si no á Brunor y Denain: enviáron á llamar el mas sabio fisico del pais:

me examinó despacio, y despues de muchas reflexiones, concluyó que debia haber alguna fractura interna, y que la curacion seria larga; lo qual era puntualmente mi proyecto.

"La amable Celina, que habia de ser el médico de mis verdaderos males, venia de quando en quando á verme. Brunor jamas solia apartarse de ella; pero se apartó lo que fué suficiente para instruirla en que todo era una ficcion que el amor me habia inspirado: asustóse al principio Celina: dentro de poco se aseguró, me ayudó ella misma á mentir, y me recompensó de todas mis mentiras."

De este modo pasé mas de tres meses en el castillo de Brunor, siempre enfermo y siempre asistido de la bella Celina. ¡Ah, que fácilmente hace que falte la prudencia el hábito de la felicidad!

Una mañana, que estaba con mi preciosa señora, Denain, el fiel amigo de Brunor, quiso saber noticias del enfermo; y como me creia dormido, tomó precauciones para no interrumpirme el sueño. ¡Quál fué su maravilla quando me vió despierto y arrodillado delante de Celina, mas bien en ademan de dar gracias, que de pedir mercedes ó favores!

"Sea amistad por Brunor, sea despecho de haber sido engañado, se abalanzó á mí con la espada en la mano: saqué al punto la mia, y en mi propio quarto comenzamos un combate, tanto mas arriesgado, quanto la espada era mi única arma. Los amantes que son felices lo son en todo; derribé á Denain bañado en su sangre; corrí á él, y no le concedí la vida hasta haberle hecho jurar á fe de caballero, que guardaria para Brunor un absoluto se-

creto, y hallaria un pretexto para su herida: prometíle por mi parte que entónces mismo saldria del castillo, y le cumplí mi palabra. Despedíme de la bella Celina, y con permiso de Brunor me alejé de aquel Castillo con designio de volver á él luego que pudiese hacerlo sin riesgo."

"Varias aventuras me conduxéron á la corte del Rey de Camélide, donde me hallaba esta mañana quando el enano de la bella Celina vino á entregarme un billete de su señora, en que me hace saber que curado Denain de su herida ha de partir hoy con Brunor para ir á la corte del Rey Perles; y que durante su ausencia queda Celina dueña de sus acciones y del castillo."

"Salí al instante en demanda del castillo de Celina; pero distaba treinta leguas, y juzgando que mi caballo no era suficiente

para ellas, juré combatir con quantos caballeros encontrase para obligarlos á permutar conmigo sus caballos: habíame salido bien este proyecto, corriendo mis paradas ganadas con las armas: ya quatro leguas del castillo de Celina os encontré por mi desgracia."

Dió aquí Clodion un profundo suspiro, rematando con él la relacion de su aventura. Blancaflor no pudo dexar de reirse de ella; y Percevál, que en su juventud habia sido muy atolondrado, perdonó de buen corazon al Príncipe francés. Bliomberis, inconsolable por el perjuicio que le habia acarreado el ser ahora vencido por él, le dixo abrazándole con suma cordialidad: "Si os hallais en estado de continuar el viage, mi caballo podrá remediar los perjuicios que os he ocasionado: premetedme que dentro

de ocho dias me lo llevareis á la corte del Rey Artus, y sin detencion os le confiaré; sé muy á mi costa quan doloroso es vivir léjos de la persona que se ama."

Abrazó Clodion á su generoso vencedor: se informó de su nombre, y juró por la fe de caballero que ántes de ocho dias estaria Ebano en poder de Bliomberis. Levantándose entónces con dificultad, procuró montar, pero le tenia tan dolorosamente molido su caida, que no lo hubiera conseguido á no ayudarle el mismo Bliomberis: una vez á caballo, no obstante su molestia, picó quanto pudo el estropeado Príncipe, y el vigoroso Ebano le llevó mas ligero que el viento.

Contentísimo el valiente y enamorado Bliomberis por haber logrado hacer servicio al hermano de Felicia, aunque despues de haberle vencido y mal parado, hizo

levantar el rendido caballo que Clodion habia dexado, y haciendo juicio de que el pobre animal podria á paso llevarle hasta Cramalöt, que no estaba léjos; le montó, y suplicó á Blancaflor y á Percevál que se acomodasen á caminar despacio.

Apénas estaban una corta legua de la ciudad, quando encontráron un caballero que iba á pie, y así que percibió á Bliomberis, dirigiéndose á él, y echando mano á la espada: "¿Es este, (le dixo) es este el estado á que has reducido mi mal aventurado caballo? Apéate, si tienes algun honor, y veremos si la casualidad se explica ahora tan en favor tuyo como esta mañana." En vano intentaba Bliomberis, y se esforzaba para hacerle entender su equivocacion: en vano Percevál, que conocia al caballero peon, procuró contener su furor; nada

fué capaz de apaciguarle, y Bliomberis se vió forzado á empeñarse en una aventura y faccion de infantería, que fué de los mas terribles combates en que jamas se habia visto.

Era este caballero el esforzado Gauvain, uno de los héroes de la tabla redonda, á quien Clodion habia derribado aquella mañana, é irritado con su derrota combatía ahora con una rabia tal, que hubiera sido funesta á qualquiera otro que Bliomberis. Este hacia caer sobre su contrario golpes tan repetidos como en una granizada, y reparaba con destreza los que el otro reiteraba. Mas de una hora habia durado el combate, y las armas de los dos competidores estaban taraceadas de su sangre: sus fuerzas comenzaban ya á no corresponder á su corage, quando á un tiempo y á una voz se pidiéron mú-

tuamente algunos instantes de tregua y reposo para restaurar su vigor.

Sentados ámbos con tranquilidad sobre la blanda yerba que habian regado poco ántes con su sangre, se habláron los dos bizarros caballeros sin miedo, sin desconfianza, sin rencor, y con tanta dulzura y buena cortesía, como si no estuviesen haciendo tiempo para matarse un momento despues. Bliomberis, aprovechándose de este rato de sosegado armisticio, contó cuidadosa y fielmente á Gauvain la causa de su error; y este, á quien un gran número de heridas habia puesto en estado de comprehender mejor las razones de Bliomberis, le escuchó, le entendió y le pidió perdon de su equivocacion: abrazáronse los dos enemigos cordialmente, y sin duda hiciéron muy bien ámbos, porque

ya no existia la alhaja porque disputaban, habiéndose muerto miéntras la batalla el caballo de Gauvain. Este y Bliomberis prosiguiéron á pie su viage, y sin apartarse de Blancaflor y de su caballero, llegáron juntos á Cramalot.

Nuestro héroe fué presentado al grande Artus por su amigo Percevál, el qual como testigo de sus hazañas hizo que los caballeros de la tabla redonda le conociesen como un heroyco mancebo digno de ser algun dia compañero de todos ellos. Lancelot, Tristan, el Rey Carados, todos los caballeros de la corte de Inglaterra le acogiéron con amistad, y el Monarca le colmó de agasajos, pretendiendo, aunque en vano, hacerle detener allí algun tiempo.

El primer cuidado de Bliomberis habia sido inquirir noticias

de su padre, pero como los caballeros andantes no tenian paradero, ni destino fixo, nadie pudo satisfacer su deseo: solamente Gauvain tuvo que poderle decir, porque algunos dias ántes le habia encontrado en el camino de Orcania: hubiera Bliomberis partido al momento para Orcania; pero se vió forzado á esperar su caballo, su querido Ebano, y por tanto se arrepentia ya de haberle confiado al imprudente Clodion.

Tenia razon en arrepentirse: pasáron los ocho dias estipulados, y Clodion no pareció. Desasosegado Bliomberis queria marchar á pie al castillo de Brunor, pero el anhelo de ver á su padre le llamaba hácia Orcania. Perceval contó al Rey Artus sus desazones, y este Monarca, para satisfacer la impaciencia de un hijo tan tierno, le regaló uno de

sus mejores caballos ; y él , despues de dar al Rey las mas rendidas gracias , partió para Orcania , acompañado de Blancaflor y su amado Percevál.

Dos dias habian caminado, quando se halláron perdidos en medio de unas montañas, y siguiéron mucho tiempo sin encontrar á nadie, que pudiera ponerlos en el camino. De repente una muger desatentada vino á ponerse de rodillas delante de ellos. "¡Ah! valientes viageros, prez y flor de la caballería, venid y sacad á salvamento la mas cuitada y angustiada de todas las enamoradas: mi señora está para morir quemada, si vuestro valor no la liberta de tal peligro.

Impacientes los dos héroes, dan priesa á la dueña para que los guie: llegan á un castillo, cuyo puente estaba levantado: un espeso humo y un gran remolino

de llamas se dexaban ver por encima de las murallas. Percevál y Bliomberis temen haber llegado ya tarde: tocan con violencia la corneta; báxase el puente: nuestros paladines ven que se les presentan dos caballeros cubiertos, el uno de armas negras, y el otro de armas doradas.

"No vengais, ó valientes extrangeros (les dixo el caballero negro) no vengais á estorvar un justo suplicio; y dexadnos castigar en paz á dos delinqüentes. Podrá ser que lo sean (replicó el Galés), y en tal caso mi espada servirá de mal talante á mi corage; pero tambien puede ser que sean inocentes, y si lo son, castigaré á unos bárbaros sin piedad." No bien habia acabado Percevál su discurso quando ya tenia trabada la pelea con el caballero del negro jaez, y Bliomberis al verlo se abalanzó como un rayo

contra el paladin de oro.

A tocarse iban ya con las lanzas quando el caballo del competidor de Bliomberis, haciendo un escarces, impidió que su ginete tocase á nuestro héroe: en vano aquel enfurecido, le aplica repetidas veces el acicate: el caballo resiste; se pone en dos pies, da saltos de cabra, y arrojándo muy léjos á su ginete, se va saltando y relinchando hácia Bliomberis.

Admirado este, repara en el hermoso animal, que hace agraciadas corbetas al derredor del caballero; repite sus relinchos mirándole, y va á mojar sus pies con su espuma: da un gran grito el caballero, reconociendo su querido Ebano, se arroja á tierra, corre hácia su caballo, le acaricia, le besa; y reconocido Ebano parecia participante de su contento.

Aprovechando este momento

el caballero de las armas doradas, se levanta, saca la espada, y se acerca con cautela á herir á Bliomberis por detrás: percíbelo Ebano; aguarda que esté en buena proporcion, y disparándole un par de coces con toda su fuerza, le alcanza en el pecho, le derriba, le patéa; y no obstante los gritos de Bliomberis, no se quiere apartar de sobre su cuerpo.

Entretanto Percevál habia dado fin de su enemigo: Bliomberis vencedor, sin haber peleado, monta en su amado Ebano, y corre en compañía del valeroso Galés, á poner en libertad la desventurada víctima. ¡Qual fué su admiracion al reconocer á Clodion y á Celina, encadenados, y en estado de ser arrojados á la hoguera! Estos imprudentes amantes habian sido sorprehendidos por Brunor y Denain, los quales los habian condenado á tan

cruel suplicio; pero ya Denain habia perecido á manos de Percevál, y Brunor bien amasado por las del gracioso Ebano apénas podia respirar. Bliomberis hizo que le entrasen en el castillo; y puso á Celina en poder de Clodion, al qual mandó restituir sus armas, dándole ademas el caballo de Artus.

Clodion abrazando á sus bienhechores, les juró que no olvidaria jamas sus beneficios; y apresurándose á dexar un pais donde le habian acontecido tantos infortunios, se embarcó sin detencion, y llegó felizmente á Tournai, en compañía de Celina.

Bliomberis volvió á tomar el camino de Orcania, pero no encontró á Palamedes: parecia que su mala suerte se le escondia deliberadamente; y habiendo gastado diez y ocho meses, recorriendo en demanda suya toda la In-

glaterra, jamas pudo hallar otra cosa que noticias vagas. En estos viages desempeñó Bliomberis completamente muchas hazañas, dignas de eterna memoria: libertaba inocentes oprimidos por el poder é injustamente presos, mataba gigantes, tomaba castillos, desarzonaba, derribaba ó mataba famosos caballeros andantes, y defendia el honor de las doncellas.

Contentísimo Percevál de tener tan comedido, cortés y esforzado amigo, le amaba como al mas tierno hermano: Blancaflor hubiera dado quanto poseía, á excepcion de su caballero, por ver unidos á Felicia, y Bliomberis; y como sabia las condiciones estipuladas y publicadas para el casamiento de aquella, llevaba por escrito una memoria y registro puntual de todas las brillantes acciones de nuestro héroe, para poder dar cuenta de ellas á

Faramundo. Ya se leian en su lista quarenta y dos castillos tomados, veinte y tres gigantes muertos, once caballeros vencidos, y sesenta y tres doncellas defendidas, aun teniendo la modestia de no incluirse á sí misma en este número.

No era bastante tanta gloria para consolar á Bliomberis, y disminuir la pesadumbre que le causaba el no encontrar á su deseado padre; y poseido de tanta desazon, volvia á la corte de Artus, quando al atrevesar la floresta de Brocelianda, llegó al mismo pilar de Merlin, donde Blancaflor habia sido perseguida por Brehus.

Al lado del pilar mismo divisáron nuestros viageros un gran caballero, cubierto de armas negras, que estaba acostado al márgen de la fuente de Merlin, y profundamente dormido: el calor habia hecho que se quitase el

yelmo; y su semblante indicaba haber envegecido, mas bien á fuerza de pesadumbres que de años: tenia á su lado la lanza y el broquél, y sobre este pintada una corona de ciprés con este lema: *no quiero otra.* Percevál no conocia á este caballero, y deseando vivamente saber quien era, hizo ruido para que despertase. Abrió los ojos el respetable caballero del ciprés, y tomando prontamente sus armas, saltó sobre un soberbio caballo que tenia á su lado, y sin hablar ni una palabra á Percevál puso la lanza en accion, y partió á todo galope contra él: el altivo Galés le salió con violencia al encuentro, pero aunque tan tremendo fué el bote que dió al desconocido caballero de las armas negras, parecia que este no habia recibido golpe alguno, en lugar de que al experimentar el descomunal choque el

magnánimo Percevál, saltó fuera del arzon por primera vez en toda su vida.

Al punto Bliomberis tomó la defensa de su hermano de armas; y juzgando por lo que acababa de ver qual era la extraordinaria fuerza de su enemigo: se afirmó en los estrivos, apretó la lanza con toda su fuerza, y corrió á todo poder contra el desconocido. ¡Vanas precauciones! El paladin enlutado recibió el golpe en el escudo, y derribando al alentado Bliomberis, le dexa tendido junto á su compañero de armas.

Conseguidas tan fácilmente las dos victorias, el vencedor corrió á recoger los caballos que se habian escapado; los volvió á sus dueños; y saludando á Blancaflor con mucha gracia y cortesía, sin hablar una palabra, partió al momento á galope, y se desapareció como un relámpago.

Tendidos nuestros dos héroes, se miraban y no sabian que pensar ni qué decir. Blancaflor, que al principio habia temido que se hubiesen herido con la caida, perdió muy presto su inquietud, viéndolos montar á caballo mustios y sin hablarse; no pudo entónces contener su risa, y hubo de enojar con ella á su querido Percevál. Jamas este altivo caballero habia sido desarzonado, y esta era la vez primera que á Bliomberis le habia sucedido tal desgracia: creyéron, pues, que aquel habia sido algun follón, trasgo ó mal duende que habia tomado la figura de un andante caballero para vencerlos y acivarar la gloria de sus continuadas victorias; y lo que mas les hacia creer que así fuese, era que esta aventura les habia sucedido junto á la fuente de Merlin, lugar que en todo el orbe era célebre por sus encantamientos.

Algo consolados con esta idea nuestros derrivados paladines continuáron su camino hácia Cramalot, donde intentaba Percevál que su amigo y compañero fuese recibido Caballero de la tabla redonda.

La relacion que hizo al Rey Artus de las hazañas de Bliomberis, movió al Monarca á concederle lo que deseaba: solo de la faccion del Pilar de Merlin fué de la que no habló Percevál: así todos los caballeros de la corte de Inglaterra diéron su voto favorable al nuevo hermano que les presentaban: la bella Ginebra y la tierna Iscult eran tan amigas de Blancaflor que no podian negar el suyo al caballero que ella protegia y proclamaba por su libertador.

Fué, pues, admitido Bliomberis á la célebre tabla redonda por unanimidad de todos los vocales, y fué de este modo uno de aquellos caballeros que estaban gene-

ralmente reconocidos por los mas valientes y leales enamorados del mundo; pero tantas buenas venturas no le engreían, ni podian ser bastantes para que olvidase á su Felicia: en ella pensaba sin cesar y calculaba escrupulosamente el tiempo estipulado, y veia con extremecimiento que solo faltaba un mes para cumplirse los dos años.

Pocos dias ántes de su partida para Francia, estando el Rey Artus á la mesa con sus damas y sus paladines, viéron que entraba un caballero, cuyo porte inspiraba respeto. Su escudo sin divisa mostraba desde luego que no queria ser conocido: llevaba la visera baxa; y acercándose con entereza al Rey, le saludó con nobleza y gracia, y le dixo: "He atravesado los mares, poderoso Monarca, movido del eco de tu fama: el deseo de verte, y de ver á la hermosa Ginebra, me trae de muy leja-

nos paises, y no me pesa de tan largo camino; réstame solo un deseo, y es pelear á todo poder con el mas esforzado de todos tus caballeros."

Al oir estas palabras se levantáron á un tiempo Lancelot, Tristán, Percevál, Gauvain, Bliomberis, Arrodian; y mirando de través al temerario extrangero, pidiéron á porfia el honor de medir sus armas con las de tan arrogante caballero. Artus, celebrando el zelo y la impaciencia de sus paladines, se volvió hácia el incógnito, y le dixo: "No teneis mas que hacer señor caballero, sino elegir entre tantos uno con quien lidiar." Pidió el incógnito un yelmo, y poniendo en él los nombres de todos los competidores, despues de bien agitado el yelmo, sacó por su mano uno que fué el de Bliomberis.

Así que vió su nombre, miró

fixamente al paladin, y no mostró estar muy contento con la suerte, pero partió al momento á prepararse para el combate. Picado Bliomberis con el ademan de menosprecio que el extrangero habia hecho al leer su nombre, y envanecido al mismo tiempo, dígamoslo así, ó satisfecho de verse encargado de sostener el honor de la tabla redonda, abraza á su amigo Percevál, besa la mano al Monarca, y manda que le traigan su leal Ebano. Las damas y los caballeros acuden todos al lugar del combate; el propio Artus hace la seña, y se abren al punto las barreras.

De un lado se presenta el caballero incógnito, cuyas armas bronceadas hacen notable oposicion con su caballo mas blanco que la nieve: muéstrase del otro lado Bliomberis sobre su atezado Ebano, y un ayre de seguridad mezclada de modestia. Co-

ren los dos competidores uno contra otro, y sin que ninguno titubee, rompen ámbos las lanzas: las terribles espadas relumbran al momento en sus manos; mil furiosos golpes hacen saltar chispas de sus almetes y de sus escudos: ámbos se admiran de la resistencia de su contrario; ámbos añaden los ímpetus de la colera á los esfuerzos del valor. Deseosos de terminar la faccion, se abrazan por el medio del cuerpo, y se estrechan mútuamente con sus robustos brazos: sálense los caballos de debaxo de los ginetes, y caen ámbos al suelo, pero ámbos caen en pie y sin desasirse: pie con pie, pecho con pecho, hacen que rechinen las armaduras con los estrechones; miéntras mas se empújan uno á otro, parecen mútuamente mas firmes; y sus fuerzas son tan iguales que su incesante brega tiene las apariencias de un

calmado reposo, y la recíproca resistencia los hace en algun modo inmóbiles.

Estrechando Bliomberis á su contrario, distinguió las lises grabadas sobre su coraza, y esta contraseña fué suficiente para que reconociese al héroe con quien lidiaba. "Gran Faramundo, (le dixo al punto á voz baxa) me reconozco vencido en el momento que tengo la ventura de conoceros: me arrojaré á tierra, si así me lo mandais; pero dexadme á lo ménos la gloria de haber podido resistir algun tiempo al mayor héroe de la tierra: este será el dia mas venturoso de toda mi vida, y esta derrota la tendré por mas gloriosa para mí que todas mis victorias.

Faramundo le respondió, apretándole la mano; "Solo el secreto es lo que exîjo de tí; quiero ausentarme sin ser conocido; y satisfecho con haberme probado con

el mejor de los caballeros de Artus, no echaré jamas en olvido, ni vuestro valor, ni vuestra mucha cortesía: cambiémos de espadas." Abrazóle al mismo tiempo, y arrodillándose Bliomberis, recibió su espada, y le entregó la suya: montó de nuevo el incógnito en su caballo blanco; salió de la liza, y desapareció.

Grande fué la admiracion del Rey Artus, y de toda su corte, quando viéron el extraño término de un combate que habia hecho que temiesen la muerte de entrambos campeones. Bliomberis, cumpliendo su promesa, á nadie, sino al solo Percevál reveló quien era el personage con quien habia lidiado; pero todo el mundo lo adivinó; y el modesto Bliomberis no sabia como libertarse de los elogios de toda la corte.

Espiraban ya los dos años estipulados para la prueba de los

pretendientes de Felicia; y habiendo nuestro héroe perdido las esperanzas de encontrar á su padre, se despidió de Artus, y se puso en camino para disputar la mano de que pendia su felicidad. Percevál y Blancaflor no le desampararon; y pasando el mar se enderezáron los tres hácia Tournai.

Agitaban el corazon de Bliomberis mil movimientos inexplicables: acercándose con cada paso, y en cada momento á su amada Felicia, su imaginacion le oponia presente el instante en que habia de verla; y creyendo ya llegado este tiempo por una especie de dulcísimo delirio, no hacia otra cosa que rogar á Blancaflor y á Percevál que aligerasen el paso: los dos amantes respetaban su impaciente desasosiego; y Ebano que parecia adivinar los deseos de su amo, jamas habia caminado con mas velocidad.

Temia Bliomberis lo que mas deseaba, y que no podria contenerse quando viese á su amada; "si ella (decia) siente los mismos accidentes que yo, nos perdemos, y somos infaliblemente descubiertos." Percevál no encontraba como evitar este inconveniente, y quantos proyectos imaginaba eran imposibles ó peligrosos: Blancaflor acreditó que la imaginacion de una muger afectuosa es mas fértil, que el talento de todos los encantadores. "Escriba (dixo) Bliomberis á su amada: yo misma la llevaré la carta; y el amante irá á recibir la respuesta al bosque de las tórtolas." Aprobóse este dictámen: escribió Bliomberis, y Blancaflor con su caballero entráron en Tournai, miéntras Bliomberis se enderezaba al bosque.

¡Qué dulces lágrimas corrian de sus ojos á la vista de tan apetecido lugar! ¡deliciosa memoria

la de la herida que le hizo el javalí! Halla en uno y en mil árboles la palabra *siempre*, que el mismo habia gravado en ellos. Nada se ha mudado, (decia) todo está como lo dexé; ¿y Felicia?..... Te adora siempre, (exclamó, llegando quasi sin aliento, por lo que se habia apresurado, luego que Blancaflor la entregó la carta). Seria imposible referir dignamente lo que pasaba por aquellos corazones en tal momento: se contaban lo que sabian; se interrumpian; volvian á repetir lo que habian dicho, y sin acabar un discurso, comenzaban ciento: al fin Felicia tenia que volverse por no dar sospechas; y por lo mismo conviniéron en que Bliomberis no entraria hasta el dia siguiente: y hubo de pasar la noche entre dulcísimas memorias en el mismo sitio, donde matando al milano, habia libertado las tórtolas.

Entretanto por todas partes llegaban Caballeros á disputar la mano de Felicia, y en todo Tournai no se veia otra cosa que aventureros. Bliomberis se apeó en el palacio del Rey, y se le presentó con los demas Paladines, sin olvidarse de llevar al lado la brillante y preciosa espada que habia recibido de Faramundo; reconocióla este, y sin darlo á entender, colmó de agasajos á Bliomberis.

Presentóse él despues á la Reyna, que le recibió con notable agrado; y pasando con todos los señores de la corte al quarto de la Princesa, no pudo esta dexar de ponerse colorada, quando por disimular le dixo, que habia mucho tiempo que no se habia presentado, y no le habia visto.

Todo estaba ya aparejado para el tornéo, cuyo premio habia de ser la Princesa: estaba descu-

bierto un magnífico trono para Faramundo; y Rosimunda, Clodion y la bella Celina estaban á sus pies; y Felicia, adornada de todos los diamantes de la corona, y mas brillante por sí misma, que por sus ricos ornatos, al lado de la Reyna: todo el circo, formado de gradas cubiertas, de preciósos tapetes, estaba ocupado por las damas y caballeros; llenando lo baxo una inmensidad de pueblo: en medio se hallaban como unos treinta pretendientes de la mano de la Princesa.

Antes de comenzar el tornéo debia hacerse el escrupuloso exámen de las hazañas de todos; y solo se habia de permitir concurrir y combatir aquellos, cuyas acciones pareciesen mas ilustres. Tal era la buena fe de aquellos tiempos felices, que á nadie exîgia Faramundo mas fiador, ni mas pruebas que su pro-

pia relacion: la franqueza de los paladines era tal que no faltarian á la verdad, ni aun por obtener la princesa. Refirió cada uno al Rey con modestia y verdad todo lo mejor que habia hecho; y quando á Bliomberis le llegó su turno, sacando la espada, y presentándosela al Monarca. "Ved aquí, (le dixo) ó gran Rey, el único título que me hace digno de pretender la mano de la princesa: esta espada me fué dada por el mas esforzado caballero de todo el orbe, como una muestra de su estimacion. El resto de mis acciones no es nada en comparacion de la que me valió esta espada. — "Os entiendo, le respondió Faramundo, sonriéndose; combatid, venced y mi hija será vuestra. ¡Quál fué entónces el regocijo de Bliomberis! abrazó las rodillas del Rey, besó la ropa de Rosimunda, estrechó entre sus brazos á Clodion y á Per-

ceval; y animado con una tierna mirada de la Princesa; montó sobre el leal Ebano con un ayre que anunciaba ya su victoria.

De los treinta pretendientes solo once habian sido declarados dignos de entrar en competencia, y Bliomberis era el duodécimo: para ser declarado vencedor era necesario derribar á todos los once competidores, y mantener despues el campo todo el dia á quantos caballeros quisieran entrar en combate. Nada asustaba á tan valientes guerreros: ya todos sobre sus caballos, y embrazadas las lucidas lanzas, no se esperaba otra cosa que la señal.

Suenan las trompetas, parte Bliomberis como un rayo, y derriba del primer bote enmedio de la carrera al rival que le sale al encuentro: preséntase el segundo y el tercero, y tienen la misma

suerte : Bliomberis parecia al dios Marte , y el hermoso Ebano, mas soberbio y mas ardiente que jamas , arrojaba fuego por los ojos y por las narices , y relinchaba como de gozo á cada victoria. Felicia temblando seguia con los ojos á su amante , y estaba sin respirar hasta el momento en que el veia derribar á su contrario; respiraba entónces , y volvian á sonrojarse sus mexillas. Faramundo veia con placer que la victoria coronaba á Bliomberis : Clodion le aplaudia á mas no poder, y Percevál juraba que entraria en combate con el que desmontase á su hermano de armas ; y á despecho de quantos la rodeaban , y decian que guardase silencio , Blancaflor á cada victoria gritaba con todas sus fuerzas: "constancia , corage, Bliomberis; á otra , á otra."

Este esforzado caballero se

excedió en este dia asimismo; y sin que se rompiese la lanza venció y desmontó los once competidores: las aclamaciones públicas y generales le declaráron vencedor. Faramundo le toma por la mano y le conduce á Felicia, que se esforzaba en vano para disimular el regocijo de su corazon: Bliomberis está ya á sus pies, y va á recibir el premio de su esfuerzo... quando un incógnito caballero pide entrar en combate con el vencedor.

Irritado Bliomberis de ver suspendida su felicidad por un concurrente que no esperaba, se aparta de la princesa empuñando la lanza con furor. "Preséntese, (grita) preséntese ese nuevo rival." Preséntase en efecto..... ¿Pero cómo se quedaria Bliomberis al reconocer en el caballero de la corona de ciprés, que tan fácilmente habia triunfado de

él y de Percevál junto á la fuente de Merlin? Estuvo para abandonarle su esfuerzo, y un frio sudor corrió por todo su cuerpo.—"Vamos, (dixo) y aprendamos á morir en el mismo instante de la felicidad." Se adelanta el caballero de los Cipreses, saluda con gracia al Rey y á las Princesas; y paseando en derredor de la liza su caballo, llena de susto y de terror á Felicia.

Percevál, que le reconoce, salta al arena, y pretende combatir en lugar de su amigo: la venganza de injurias personales es lo que dice que le obliga á ello; pero los jueces del campo se oponen, y el altanero Galés se ve obligado á volverse á sentar, amenazando con los ojos al caballero del lúgubre jaez. Temblando la princesa no se atreve á ver este último combate; y el mas mustio y tétrico silencio se

apodera de todo el concurso, sin que se oiga mas que el bronco y triste sonido de la trompeta. Bliomberis mira á Felicia, se encomienda á ella de todo corazon, estrecha fuertemente los hijares de Ebano, y vuela contra su adversario.

El choque de dos nubes cargadas de truenos, y violentamente aventadas por ayres contrarios, no formaria un estruendo tan terrible. Caen los dos caballeros derribados sobre las gurupas de sus caballos, y los mismos caballos se derrengan y caen con ellos; pero desembarazándose ellos de los estrivos, se buscan espada en mano y travan un nuevo combate, que hace estremecer á los mas osados de los que le miraban... ¡Ah Felicia, qué lástima te tengo! las cuchilladas que dirigen contra tu amante, las re-

cibe tu corazon, pero tu corazon no tiene coraza: tan tierno corazon es despedazado por los golpes que Bliomberis recibe en sus armas. Furioso Percevál no puede ya contenerse, y quiere ir á ponerse en lugar de su amigo. Faramundo y Blancaflor apénas pueden detenerle, haciéndole observar que Bliomberis no habia tenido aun la menor desventaja.

Defiéndese este héroe con un valor igual al del caballero que le acomete. Ya la fatal corona de ciprés estaba quasi deshecha: cada cuchillada de Bliomberis hacia saltar alguna pieza de la armadura de su adversario, y cada golpe de este destruia una parte de la de aquel. Aun no corre la sangre, pero está para correr. Bliomberis, el esforzado Bliomberis comienza á titubear: rompe una cuchillada su yelmo, y dexa

descubierta la cabeza : cúbrela con el escudo ; pero dentro de poco, caida una rodilla á tierra, se defiende aun con intrepidéz. Felicia se desmaya, Blancaflor da horribles alharidos, y Percevál con la espada en la mano se abalanza entre los combatientes.

"Bárbaro, (le dice al incógnito) yo soy á quien debes dirigir tus golpes ; á mí, á mí, que soy tu enemigo, que te desafio, que te aborrezco ; á mí debes enderezar tu furor : yo te miraré como el mas vil y mas cobarde de los hombres, si prosigues aprovechándote de la ventaja que te ha concedido no tu valor, sino un acaso sobre Bliomberis..... Bliomberis, (gritó el incógnito) ¿es este Bliomberis? ¡es este el hijo de la hermosísima Arlinda!... ¡es este mi amado hijo, que yo iba á sacrificar!... Arroja la espa-

da, y quitándose el yelmo, alarga temblando los brazos á Bliomberis... Hijo mio muy querido, abraza á tu padre: abraza á Palamedes."

Bliomberis se arroja entre sus brazos, y Palamedes le estrecha contra su corazon, inundándole con sus lágrimas: ¡Ay hijo mio, (le dice sollozando) amado hijo mio! ¿tú eras á quien yo queria herir? tú, que por la casual falta del yelmo... ¡Ah! tú por quien únicamente tolero yo la vida... Guerreros ilustres, aquí teneis mi vencedor; le rindo los armas; este es mi hijo, que se aventaja á mí: el hijo de Palamedes es un héroe. — Escúchanse con admiracion estas palabras, y resuenan en todo el circo los aplausos y los vitoreos.

Presenta Palamedes su hijo al Rey Faramundo, y este quiso

que tan venturoso dia acabase por el matrimonio de Felicia y Bliomberis. Palamedes, Percevál y Blancaflor no quisiéron separarse de estos tiernos amantes; y su union, haciéndolos venturosos á ellos, fué causa de la felicidad para toda la corte de Faramundo.

FIN.

LS
T8287m

Trigueros, Cándido Maria
Mis pasatiempos, almace
agradables. vol.2.

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED